

LA PISTA DE ARENA ANDREA CAMILLERI



Un mundo de novela
www.miscolecciones.org



Entre incrédulo y horrorizado, el comisario Salvo Montalbano contempla desde su ventana una imagen de pesadilla: un caballo yace muerto sobre la arena. Una rápida inspección a pie de playa le permite constatar que se trata de un magnífico purasangre que ha sido sacrificado con crueldad y ensañamiento. Pese a no ser precisamente un defensor de los animales, el comisario siente la necesidad de llevar ante la justicia a quien haya sido capaz de perpetrar semejante acto. Así pues, con la ayuda de su amiga Ingrid, Montalbano se adentrará en un ambiente al que nos tiene poco acostumbrados: el de los círculos ecuestres, las carreras de caballos y las elegantes fiestas benéficas, un mundo poblado por hombres de negocios de altos vuelos, aristócratas y amazonas de rompe y rasga. Pero de ahí a las apuestas clandestinas y las carreras amañadas apenas media un paso, y Montalbano se colocará en el punto de mira de turbios personajes que lo amenazarán de todos los modos posibles. Incluso, poco faltará para que su casa acabe pasto de las llamas. ¿Qué otra cosa puede esperarse de la mafia?

En su máximo esplendor como detective y como seductor, Montalbano se niega en redondo a subsanar las primeras y evidentes huellas del paso del tiempo, como por ejemplo llevar gafas, que le ahorrarían avanzar a tropezones y cometer algún error. Y si bien su relación con Livia sigue atravesando horas bajas, su proverbial apetito y vitalismo socarrón se mantienen indemnes.

Andrea Camilleri

La pista de arena

Comisario Montalbano - 12

Título original: *La pista di sabbia*
Andrea Camilleri, 2007
Traducción: María Antonia Menini Pagès

Editor digital: Titivillus



Uno

Abrió los ojos y enseguida volvió a cerrarlos. Hacía un tiempo que le sobrevenía esa especie de rechazo del despertar, pero no era para prolongar algún sueño agradable —a esas alturas cada vez menos frecuentes—, no; eran pura y simplemente ganas de quedarse un poco más en el interior del pozo oscuro, profundo y caliente del sueño, escondido justo al fondo, donde era imposible que lo encontraran.

Pero sabía que estaba irremediablemente desvelado. Entonces, manteniendo los ojos cerrados, se puso a escuchar el rumor del mar.

Aquella mañana el rumor era muy suave, casi un susurro de hojas que se repetía invariablemente, señal de que la resaca, en su ir y venir, mantenía una respiración tranquila. Y por eso el día debía de ser bueno, sin pizca de viento.

Abrió los ojos y miró el reloj. Las siete. Se dispuso a levantarse y entonces recordó que había tenido un sueño, del cual sólo conservaba unas imágenes confusas e inconexas. Un estupendo pretexto para retrasar un poco el momento de levantarse. Volvió a tumbarse y cerró de nuevo los ojos, tratando de ordenar aquellos fotogramas desperdigados.

* * *

La persona que se encontraba a su lado en una especie de inmensa explanada cubierta de hierba era una mujer; ahora comprendía que era Livia aunque no lo era, pues tenía el rostro de Livia pero el cuerpo demasiado grande, deformado por un par de posaderas tan gigantescas que le costaba caminar.

Por su parte, él se sentía cansado, como después de un largo paseo, por más que no recordara cuánto rato llevaban caminando.

Entonces preguntaba:

—¿Falta mucho?

—¿Ya te has cansado? ¡Ni siquiera un niño se cansaría tan pronto! Ya casi estamos.

La voz no era la de Livia; carecía de gracia y sonaba demasiado estridente.

Recorrían unos cien pasos más y llegaban a una verja de hierro forjado, abierta. Más allá seguía la explanada de hierba.

¿Qué hacía allí aquella verja si, hasta donde alcanzaba la vista, no se veía ni una carretera ni una casa? Quería preguntárselo a la mujer, pero no lo hacía para no oír su voz.

Traspasar una verja que no servía para nada y no llevaba a ninguna parte le parecía tan ridículo que hizo ademán de rodearla.

—¡No! —gritaba la mujer—. ¿Qué haces? ¡No está permitido! ¡Los señores podrían enfadarse!

Su voz era tan aguda que poco faltaba para que le perforara los tímpanos a Montalbano. Pero ¿de qué señores estaba hablando? Sea como fuere, él obedecía.

Nada más cruzar la verja, el paisaje cambiaba y se convertía en un campo de carreras, en un hipódromo con su correspondiente pista. Pero no había ni un solo espectador y las tribunas estaban desiertas.

Entonces el comisario reparaba en que llevaba unas botas con espuelas en lugar de zapatos, e iba vestido exactamente igual que un jockey. Hasta sujetaba una fusta bajo el brazo. Madre santa, pero ¿qué querían de él? ¡Jamás en su vida había montado a caballo! O quizá sí; cuando tenía diez años, su tío lo había llevado a un campo donde...

—Móntame —decía la desangelada voz.

Él se volvía para mirarla.

Ya no era una mujer, sino casi un caballo. Se había puesto a cuatro patas, pero los cascos de las manos y los pies eran visiblemente falsos; estaban hechos de hueso, y los llevaba calzados como si fueran zapatillas.

Tenía silla de montar y riendas.

—Anda, móntame —repetía la mujer.

Él lo hizo y ella se lanzó al galope a la velocidad del rayo. *Catacloc, catacloc, catacloc...*

—¡Para! ¡Para!

Pero ella galopaba todavía más rápido.

En determinado momento, Montalbano se encontraba caído en el suelo, con el pie izquierdo atrapado en el estribo, mientras la yegua relinchaba... no: reía, reía y reía... Después la yegua se arrodillaba de golpe sobre las patas delanteras al tiempo que soltaba un relincho, y él, repentinamente liberado, escapaba.

No consiguió recordar nada más por mucho que lo intentó. Abrió los ojos, se levantó y se acercó a la ventana para subir la persiana.

Y lo primero que vio fue un caballo, tumbado inmóvil sobre la arena.

Se extrañó durante unos segundos. Pensó que seguía soñando. Después comprendió que el animal tirado en la playa era real. Pero ¿cómo era posible que aquel caballo hubiese ido a morir delante de su casa? Seguramente al caer habría soltado un débil relincho, suficiente para que él se inventara en su sueño la imagen de la mujer-yegua.

Se asomó para ver mejor. No había ni un alma; el pescador que todas las mañanas salía desde allí con su barquita ya era un punto negro en el horizonte. En la parte dura de la arena, la más cercana al mar, los cascos del caballo habían dejado una hilera de huellas que se perdían en la lejanía, de donde había llegado el animal.

Montalbano se puso a toda prisa los pantalones y la camisa, abrió la cristalera y bajó a la playa desde la galería.

Cuando estuvo cerca del caballo, se sintió asaltado por un arrebato de rabia irreprimible.

—¡Cabrones!

Estaba todo ensangrentado: le habían partido la cabeza con una barra de hierro, pero todo el cuerpo presentaba señales de un apaleamiento prolongado y feroz; aquí y allá se veían profundas heridas abiertas, trozos de carne colgando. Estaba claro que en determinado momento el caballo, martirizado como estaba, había conseguido escapar a pesar de todo y había galopado a la desesperada hasta no poder más.

Montalbano estaba tan furioso e indignado que, de haber tenido entre sus manos a uno de los que habían matado al animal, le habría proporcionado el mismo final. Se puso a seguir las huellas.

De vez en cuando se interrumpían y sobre la arena se veían señales de que la pobre bestia derrengada había doblado las patas delanteras.

Caminó casi tres cuartos de hora y finalmente llegó al lugar donde habían torturado al caballo.

Allí, la arena, a causa de los violentos pisoteos registrados, había formado una especie de pista de circo y estaba marcada por huellas de zapatos superpuestas y por el dibujo de las herraduras. Diseminadas alrededor había también una cuerda larga —la que habían utilizado para sujetar al animal— y tres barras de hierro manchadas de sangre seca. Montalbano empezó a diferenciar las pisadas, lo que no fue tarea fácil. Llegó a la conclusión de que quienes habían matado al caballo eran como máximo cuatro. Pero otros dos habían presenciado el espectáculo en el borde de la pista, fumando de vez en cuando algún cigarrillo.

Volvió sobre sus pasos, entró en casa y llamó a la comisaría.

—¿Diga? Es la...

—Catarella, soy Montalbano.

—¡Ah, *dottori*! ¿Es usía? ¿Qué pasa, *dottori*?

—¿Está el *dottor* Augello?

—Todavía no ha llegado.

—Si está Fazio, déjame hablar con él.

—Ahora enseguidita, *dottori*.

No pasó ni un minuto.

—Dígame, *dottore*.

—Oye, Fazio, ven ahora mismo a mi casa de Marinella, y, tráete a Gallo y Galluzzo, si están ahí.

—¿Ocurre algo?

—Sí.

Dejó abierta la puerta de la casa y dio un largo paseo por la orilla del mar. La bárbara matanza de aquella pobre bestia le había provocado una rabia sorda y violenta. Regresó junto al cadáver. Se sentó sobre la arena para verlo más de cerca. Con la barra de hierro le habían apaleado incluso el vientre,

quizá mientras el animal se encabritaba. Después advirtió que una de las herraduras estaba prácticamente desprendida del casco. Se tumbó boca abajo, alargó un brazo y la tocó. Sólo la sujetaba un clavo, hundido en la pezuña hasta la mitad.

Fazio, Gallo y Galluzzo llegaron en aquel momento, se asomaron a la galería, vieron al comisario y bajaron a la playa. Contemplaron el caballo y no hicieron preguntas.

Fazio se limitó a comentar:

—¡La de gente asquerosa que hay por el mundo!

—Gallo, ¿puedes traer el coche hasta aquí y después conducirlo por la orilla del mar?

Gallo esbozó una sonrisita de superioridad.

—Claro, lo que usted diga, *dottore*.

—Galluzzo, ve con él. Tenéis que seguir las huellas del caballo. Advertiréis con claridad dónde fue la matanza. Hay barras de hierro, colillas y quizá otras cosas. Recogedlo todo con cuidado; quiero que se saquen las huellas digitales, el ADN, todo lo que necesitamos para averiguar quiénes son estos canallas.

—¿Y qué hacemos después? ¿Los denunciarnos a la protectora de animales? —preguntó Fazio mientras los otros dos se retiraban.

—¿Por qué? ¿Acaso piensas que todo este asunto termina aquí?

—No, no es eso. Sólo era una broma.

—Pues a mí no me parece cosa de risa. ¿Por qué lo han hecho?

Fazio adoptó una expresión dubitativa.

—*Dottore*, puede ser una afrenta al propietario.

—Puede. ¿Y nada más?

—Bueno, hay una cosa más probable. Yo había oído decir...

—¿Qué?

—Que desde hace algún tiempo se celebran carreras clandestinas en Vigàta, señor.

—¿Y tú crees que la muerte del caballo puede ser la consecuencia de algo que ocurrió en ese ambiente?

—¿Qué otra cosa, si no? No tenemos más que esperar la consecuencia de la consecuencia, que se producirá con toda seguridad.

—Pero sería mejor que consiguiéramos evitar la consecuencia, ¿no?

—Pues sí, claro, pero será difícil.

—Bueno, pues empecemos por decir que, antes de matar al caballo, tienen que haberlo robado.

—¿Está de guasa, *dottore*? Nadie denunciará el robo de un caballo. Sería como decirnos: «Soy uno de los organizadores de las carreras clandestinas».

—¿Es un negocio importante?

—Se habla de millones y millones de euros en apuestas.

—¿Y quién está detrás?

—Circula el nombre de Michilino Prestia.

—¿Quién es?

—Un pobre imbécil de unos cincuenta años, *dottore*. Hasta el año pasado trabajaba como contable en una empresa del sector de la construcción.

—Pero esto no parece propio de un pobre contable imbécil.

—Por supuesto, *dottore*. De hecho, Prestia es un testaferro.

—¿De quién?

—No se sabe.

—Deberías averiguarlo.

—Lo intentaré.

Nada más entrar en la casa, Fazio se dirigió a la cocina para preparar café, y Montalbano llamó al ayuntamiento para avisar que en la playa de Marinella había un caballo muerto.

—¿Es suyo el caballo?

—No.

—Hablemos claro, distinguido señor.

—¿Por qué? ¿Cómo estoy hablando? ¿Oscuro?

—No; es que algunos dicen que el animal muerto no es de su propiedad para no pagar la tasa de la retirada.

—Le he dicho que no es mío.

—Pongamos que es verdad. ¿Sabe de quién es?

—No.

—Pongamos que es verdad. ¿Sabe de qué ha muerto?

Montalbano se lo jugó a pares y nones y decidió no contarle nada al empleado.

—No lo sé. He visto el cadáver desde mi ventana.

—O sea, que no ha sido testigo de su muerte.

—Evidentemente.

—Pongamos que es verdad. —Y entonces se puso a canturrear—: «Tú, que a Dios desplegaste las alas».

¿Canto fúnebre para el caballo? ¿Amable homenaje de la administración municipal como participación en el duelo?

—¿Y bien? —dijo Montalbano.

—Estaba pensando —contestó el funcionario.

—¿Qué es lo que hay que pensar?

—A quién corresponde la retirada del cadáver.

—¿No les corresponde a ustedes?

—Nos correspondería a nosotros si se trata de un artículo once, pero si, por el contrario, se trata de un artículo veintitrés, entonces corresponde al departamento provincial de higiene.

—Oiga, puesto que hasta ahora me ha creído, siga creyéndome, se lo ruego. Le aseguro que, como no se lo lleven dentro de un cuarto de hora, yo les...

—Pero ¿usted quién es, si no le importa?

—Soy el comisario Montalbano.

El tono del empleado cambió de golpe.

—Seguramente es un artículo once, comisario.

A Montalbano le entraron ganas de chulear.

—¿O sea, que les corresponde a ustedes retirarlo?

—Claro.

—¿Está seguro?

El hombre se puso nervioso.

—¿Por qué me pregunta si...?

—No quisiera que los del departamento de higiene se lo tomaran a mal. Ya sabe usted cómo son estas historias de las competencias... Lo digo por usted; no quisiera que...

—No se preocupe, comisario. Es un artículo once. Dentro de media hora irá alguien, quédese tranquilo. Con mis respetos.

* * *

Tomaron el café en la cocina mientras esperaban el regreso de Gallo y Galluzzo. Después el comisario se duchó, se afeitó y se cambió los pantalones y la camisa, que se le habían ensuciado. Cuando regresó al comedor, vio que Fazio estaba en la galería hablando con dos hombres vestidos como un par de astronautas que acabaran de bajar de una pequeña nave espacial.

En la playa había una furgoneta Fiat Fiorino con las puertas posteriores cerradas. El caballo no se veía por ninguna parte; seguramente ya lo habrían cargado.

—*Dottore*, ¿podría venir un momento? —preguntó Fazio.

—Aquí me tienes. Buenos días.

—Buenos días —contestó uno de los dos astronautas.

El otro se limitó a mirarlo con mala cara por encima de la mascarilla.

—No encuentran el cadáver —dijo Fazio perplejo.

—¿Cómo que no...? —replicó Montalbano, sorprendido—. ¡Pero si estaba aquí delante!

—Hemos mirado por todas partes y no está —expuso el más sociable de los astronautas.

—¿Qué ha sido, una broma? ¿Tienen ganas de divertirse? —preguntó amenazadoramente el otro.

—Aquí nadie gasta bromas —contestó Fazio, a quien estaban empezando a tocarle los cojones—. Y ten cuidado con lo que dices.

El hombre abrió la boca para contestar, pero se lo pensó mejor y volvió a cerrarla.

Montalbano bajó de la galería y fue a mirar donde antes estaba el caballo. Fazio lo siguió.

Ahora se veían sobre la arena unas cinco o seis huellas distintas de zapatos y los dos surcos paralelos de las ruedas de un carro.

Entretanto, los dos astronautas subieron a la furgoneta y se fueron sin despedirse.

—Se lo han llevado mientras tomábamos el café —dijo el comisario—. Lo han cargado en un carretón de mano.

—Por la parte de Montereale, a unos tres kilómetros de aquí, hay una decena de chabolas de extracomunitarios —dijo Fazio—. Esta noche celebrarán una fiesta y comerán carne de caballo.

En ese momento vieron regresar su propio automóvil.

—Hemos recogido todo lo que hemos encontrado —dijo Galluzzo.

—¿Y qué habéis encontrado?

—Tres barras de hierro, un trozo de cuerda, once colillas de cigarrillos de dos marcas distintas y un encendedor Bic sin gas.

—Vamos a hacer una cosa. Tú, Gallo, ve a la Científica y entrégales las barras y el encendedor. Galluzzo, coge la cuerda y las colillas y me las llevas al despacho. Gracias por todo, nos vemos en comisaría. Tengo que hacer un par de llamadas personales.

Gallo pareció dudar.

—¿Qué pasa? —preguntó el comisario.

—¿Qué tengo que pedirles a los de la Científica?

—Que saquen las huellas digitales.

Gallo pareció dudar todavía más.

—Y si me preguntan qué ha ocurrido, ¿qué les digo? ¿Que estamos investigando el asesinato de un caballo? ¡Me echarán a patadas en el culo!

—Diles que ha habido una reyerta con varios heridos y que necesitamos identificar a los agresores.

En cuanto se quedó solo, regresó a casa, se quitó los zapatos y los calcetines, se recogió los pantalones y bajó de nuevo a la playa.

La historia de los extracomunitarios que habían robado el caballo para comérselo no lo convencía en absoluto. ¿Cuánto rato habían estado en la cocina, tomando café y pegando la hebra? Media hora como mucho. ¿Y en media hora los extracomunitarios habían tenido tiempo de ver el caballo, correr a sus chabolas situadas a tres kilómetros de distancia, conseguir un carretón, volver atrás, cargar el animal y llevárselo?

Imposible.

A no ser que hubieran reparado en el cadáver a primera hora de la mañana, antes de que él abriera la ventana, y después, al regresar con el carretón, lo hubieran visto junto al caballo y se hubieran escondido en las inmediaciones a la espera del momento oportuno.

A unos cincuenta metros, los surcos de las ruedas describían una curva y se dirigían hacia una explanada de cemento plagada de grietas, que el comisario siempre había visto de la misma manera desde su llegada a Marinella. Desde la explanada se accedía fácilmente a la carretera provincial.

«Un momento —se dijo—. Razonemos».

Cierto que los extracomunitarios habrían podido empujar el carretón mejor y más deprisa por la carretera que sobre la arena. Pero ¿les interesaba que los vieran desde todos los automóviles que circulaban por allí? ¿Y si entre los coches había alguno de la policía o los carabineros?

Seguramente los habrían hecho detenerse para que contestaran a toda una serie de preguntas. Y a lo mejor les caía la orden de repatriación.

No, no eran tan tontos.

¿Pues entonces?

Había otra explicación posible.

Es decir, que quienes habían robado el cadáver no fueran extra sino más que comunitarios, o sea, vigateses.

O de los alrededores.

¿Y por qué? Para recuperar el cuerpo y deshacerse de él.

A lo mejor la cosa se había desarrollado de la siguiente manera: el caballo logra escapar y alguien lo persigue para rematarlo. Pero ese alguien se ve obligado a detenerse porque hay personas en la playa —quizá el pescador matutino— que pueden convertirse en testigos peligrosos. Vuelve atrás e informa al jefe. Este decide que el cadáver ha de recuperarse como sea. Y organiza el numerito del carretón. Pero en cierto momento, él, Montalbano, despierta y le toca los cojones.

Los que habían robado el caballo eran los mismos que lo habían matado.

Sí, tenía que haber ocurrido así.

Y seguramente en la carretera provincial, a la altura de la explanada, había una camioneta preparada para cargar el caballo y el carretón.

No, los extracomunitarios no tenían nada que ver.

Dos

Galluzzo dejó encima del escritorio del comisario una bolsa grande que contenía la cuerda y otra más pequeña con las colillas.

—¿Has dicho que eran de dos marcas?

—Sí, señor *dottore*, Marlboro y Philip Morris con doble filtro.

Eran muy habituales. Montalbano había abrigado la esperanza de que fueran de una marca rara que en Vigàta sólo fumaran como máximo cinco personas.

—Llévatelo todo tú —le indicó a Fazio—. Y guárdalo bien. Nunca se sabe si podrá sernos útil.

—Esperemos —repuso Fazio, no muy convencido.

Entonces pareció que hubieran colocado una bomba de alta potencia detrás de la puerta, la cual, abriéndose de par en par y golpeando violentamente la pared, mostró a Catarella tendido cuan largo era en el suelo, con dos sobres en la mano.

—Li traía el correo —dijo Catarella—. Pero hi resbalado.

Los tres que estaban en el despacho trataron de recuperarse del susto. Se miraron y se entendieron al vuelo. No se les ofrecían más que dos posibilidades. O proceder a una ejecución sumaria de Catarella o hacer como si nada.

Eligieron la segunda de tático acuerdo.

—Lamento repetirme, pero no creo que sea tan fácil identificar al propietario del caballo —dijo Fazio.

—Por lo menos tendríamos que haber fotografiado al animal —añadió Galluzzo.

—¿No hay un registro de caballos como el de automóviles? —preguntó Montalbano.

—No lo sé —contestó Fazio—. Además, tampoco sabemos qué clase de caballo era.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que no sabemos si era de tiro, de cría, de monta, de carreras...

—Los caballos se señalan —intervino a media voz Catarella, quien, como el comisario no le había indicado que entrara, se había quedado delante de la puerta con los sobres en la mano.

Montalbano, Fazio y Galluzzo lo miraron con aire de desconcierto.

—¿Qué has dicho? —preguntó Montalbano.

—¿Yo? No hi dicho nada —contestó Catarella, temiendo haberse equivocado al abrir la boca.

—¡Pero si acabas de hablar ahora mismo! ¿Qué has dicho que hacen los caballos?

—Hi dicho que se señalan, *dottori*.

—¿Y con qué?

Catarella pareció dudar.

—Cuando se señalan, yo no sé con qué, *dottori*.

—Bueno, deja el correo y vete.

Dolido, Catarella depositó los sobres en el escritorio y se retiró mirando al suelo. En la puerta estuvo a punto de chocar con Mimì Augello, que llegaba a toda prisa.

—Perdón por el retraso, pero he tenido que atender al chiquillo que...

—Estás perdonado.

—Y estas pruebas, ¿qué son? —preguntó, al ver encima de la mesa la cuerda y las colillas.

—Han matado un caballo a golpes —dijo Montalbano. Y le refirió toda la historia—. ¿Tú entiendes de caballos? —le preguntó al final.

Mimì rio.

—Basta con que un caballo me mire para que me lleve un susto, ¡o sea, que ya ves!

—Pero en la comisaría, ¿hay alguien que entienda?

—Me parece que no —dijo Fazio.

—Pues entonces dejémoslo correr, de momento. ¿Cómo ha acabado la historia con Pepe Rizzo?

Era una historia de la que se ocupaba Mimì. Se sospechaba que Pepe Rizzo era el proveedor al por mayor de los vendedores ambulantes de la provincia, a los que suministraba todo lo que se podía falsificar, de relojes Rolex a las camisetas del cocodrilo, de CVD a DVD. Mimì había descubierto el almacén y la víspera había conseguido de la fiscalía la orden de registro. Al oír la pregunta, Augello se echó a reír.

—¡Hemos encontrado todo el tinglado, Salvo! Había algunas camisas con la misma marca exacta que las originales que me han robado el corazón y...

—¡Quieto! —le ordenó el comisario.

Todos lo miraron sorprendidos.

—¡Catarella!

El grito fue tan fuerte que a Fazio se le cayeron al suelo las pruebas que estaba recogiendo.

Catarella regresó corriendo, volvió a resbalar delante de la puerta abierta y consiguió agarrarse a la jamba.

—Catarella, presta atención.

—A sus órdenes, *dottori*.

—Cuando has dicho que los caballos se señalan, ¿querías decir que se les marca?

—Justamente eso, *dottori*.

¡He ahí por qué para los verdugos era tan importante recuperar el cadáver del animal!

—Gracias, ya puedes irte. ¿Habéis comprendido?

—No —admitió Augello.

—Catarella nos ha recordado a su manera que a los caballos les marcan a fuego las iniciales del propietario o la cuadra. Nuestro caballo debió de caer sobre el costado donde tenía la marca y por eso no la vi. Y, para ser sincero, tampoco se me pasó por la cabeza la idea de buscarla.

Fazio adoptó una expresión pensativa.

—Empiezo a creer que, a lo mejor, resulta que los extracomunitarios...

—... no tienen nada que ver —acabó la frase Montalbano—. Esta mañana, después de que os fuerais, me he convencido. Las huellas del

carretón no llegan a las chabolas, sino que, al cabo de unos cincuenta metros, se desvían hacia la carretera provincial. Allí seguramente los esperaba una camioneta.

—Me parece comprender —terció Mimì— que han eliminado el único rastro que teníamos.

—Y de esta manera no será fácil llegar al nombre del propietario —concluyó Fazio.

—A no ser que tengamos un golpe de suerte.

Montalbano observó que, de un tiempo a esta parte, Fazio actuaba con desconfianza, hacía las cosas cada vez más difíciles. Tal vez la vejez empezara a pesarle también a él.

Pero se estaban equivocando, y mucho, a propósito del problema de averiguar el nombre del propietario.

A la hora de comer Montalbano fue a Enzo, pero a los platos que le sirvieron no les hizo el honor que merecían. Tenía en la cabeza la escena del caballo martirizado, tumbado sobre la arena. En determinado momento, se le ocurrió una pregunta que lo sorprendió a él mismo.

—¿Qué tal está la carne de caballo?

—La verdad, jamás la he probado. Dicen que tiene un sabor dulzón.

Montalbano había comido poco y por eso no experimentó la necesidad de dar un paseo hasta el muelle. Cuando regresó al despacho, tenía unos documentos para firmar.

A las cuatro de la tarde sonó el teléfono.

—*Dottori*, hay aquí una señora.

—¿No te ha dicho cómo se llama?

—Sí, señor *dottori*, Estera.

—¿Se llama Estera?

—Justamente, *dottori*. Y se apellida Manni.

Estera Manni; jamás la había oído nombrar.

—¿Te ha dicho qué quiere?

—No, señor.

—Pues entonces pásasela a Fazio o Augello.

—No están, *dottori*.

—Bueno, pues hazla pasar a mi despacho.

—Me llamo Esterman, Rachele Esterman —se presentó la mujer. Era una cuarentona vestida con chaqueta y vaqueros, alta, rubia, melena derramada sobre los hombros, piernas largas, ojos azules, cuerpo atlético. O sea, tal como uno se imagina que eran las valquirias.

—Tome asiento, señora.

Ella se sentó y cruzó las piernas.

—Usted dirá.

—Vengo a denunciar la desaparición de un caballo.

Montalbano dio un respingo en la silla, pero disimuló el brusco movimiento fingiendo un acceso de tos.

—Veo que usted fuma —dijo Rachele, señalando el cenicero y el paquete de cigarrillos que había encima del escritorio.

—Sí, pero no creo que la tos se deba a...

—No me refería a su tos, por otra parte visiblemente falsa, sino a que, puesto que usted fuma, yo también puedo fumar. —Y sacó un paquete del bolso.

—La verdad es que...

—... ¿aquí dentro está prohibido? ¿No le apetece ser transgresor durante el tiempo que dure un cigarrillo? Después abrimos la ventana.

La señora Esterman se levantó y fue a cerrar la puerta, que había quedado abierta. Volvió a sentarse, se puso un cigarrillo entre los labios y se inclinó hacia Montalbano para que se lo encendiera.

—Pues entonces dígame, comisario —dijo, expulsando el humo por la nariz.

—No, perdone, es usted la que ha venido a decirme...

—Antes. Pero al ver su torpe reacción a mis palabras, he comprendido que usted ya está al corriente de la desaparición. ¿Es así?

La ojizarca era capaz de percibir las vibraciones del vello de la nariz de su interlocutor. Era como jugar con las cartas sobre la mesa.

—Sí, así es. Pero ¿le importa que sigamos con orden?

—Sigamos.

—¿Usted vive aquí?

—Me encuentro en Montelusa desde hace tres días, invitada por una amiga.

—Si usted vive, aunque sea de manera provisional, en Montelusa, la denuncia ha de hacerse legalmente en...

—Pero yo le había confiado el caballo a una persona de Vigàta.

—¿Quién?

—Saverio Lo Duca.

¡Coño! Saverio Lo Duca era con toda certeza uno de los hombres más ricos de la isla, y en Vigàta tenía una cuadra. Poseía cuatro o cinco valiosos caballos que había adquirido por gusto, por el simple placer de tenerlos; nunca los hacía participar en carreras ni en competiciones. De vez en cuando se retiraba al campo y se pasaba todo un día con los animales. Amigo poderoso, era siempre una lata tratar con él, pues se corría el riesgo de decir una palabra de más, de mear fuera del tiesto.

—A ver si lo entiendo. ¿Usted vino a Montelusa con el caballo?

—Claro. Tenía que hacerlo.

—¿Y eso por qué?

—Porque pasado mañana se celebra en Fiacca la carrera de amazonas que cada dos años organiza el barón Piscopo di San Militello.

—Comprendo —mintió él. No sabía nada de aquella carrera—. ¿Cuándo se dio cuenta de la desaparición?

—¡¿Yo?! Pero si yo no me di cuenta de nada. Al amanecer me llamó el vigilante de la cuadra de Scisci.

—Entonces...

—Perdone. Scisci es Saverio Lo Duca.

—Entonces, si supo de la desaparición al amanecer...

—... ¿por qué he tardado tanto en denunciarlo?

Inteligente sí era. Pero su forma de terminar las frases que él empezaba le molestaba bastante.

—Porque mi caballo bayo...

—¿Se llama *Bayo*?

Ella rio de buena gana, echando la cabeza atrás.

—Usted es completamente lego en la materia, ¿verdad?

—Bueno...

—Se llaman bayos los caballos que tienen el pelaje blanco amarillento. El mío, que por cierto se llama *Súper*, se escapa de vez en cuando y hay que ir a buscarlo. Lo llevan buscando desde esta madrugada, y a las tres de la tarde me han telefonado para decirme que no lo encontraban. Por consiguiente, he supuesto que no se había escapado.

—Comprendo. ¿Y no podría ser que, entretanto...?

—Me habrían llamado al móvil. —Se inclinó para que le encendiera otro cigarrillo—. Y ahora, por favor, deme la mala noticia.

—¿Por qué supone que...?

—Comisario, usted ha sido muy hábil. Con el pretexto de seguir adelante con orden, no ha contestado a mi pregunta. Se ha tomado su tiempo. Y eso no puede significar más que una cosa. ¿Lo han secuestrado? ¿Tengo que esperar una petición elevada de dinero?

—¿Vale mucho?

—Una fortuna. Es un purasangre de carreras.

¿Qué hacer? Mejor decírselo todo en pequeñas dosis; total, aquella mujer terminaría por adivinarlo.

—No lo han secuestrado.

Rachele Esterman se reclinó en la silla, rígida y repentinamente pálida.

—¿Cómo lo sabe? ¿Ha hablado con alguien de la cuadra?

—No.

Mientras la miraba, a Montalbano le pareció oír los engranajes del cerebro de la señora Esterman girando a gran velocidad.

—¿Ha... muerto?

—Sí.

La mujer se acercó el cenicero, se quitó el cigarrillo de la boca y lo apagó con sumo cuidado.

—¿Lo ha arrollado algún...?

—No.

No debió de comprender enseguida el significado, porque se repitió a sí misma en voz baja:

—No. —Después lo entendió de golpe—. ¿Lo han matado?

—Sí.

Rachele no dijo ni una sola palabra; se levantó, fue a la ventana, la abrió y apoyó los codos en el alféizar. De vez en cuando los hombros se le movían a sacudidas. Estaba llorando en silencio.

El comisario dejó que se desahogara un poco, después se levantó y se situó a su lado. Sacó del bolsillo un paquete de pañuelos de papel y se lo entregó.

Luego fue a llenar un vaso de una botella de agua que tenía encima de un clasificador y se lo ofreció. Rachele se lo bebió todo.

—¿Quiere más?

—No, gracias.

Regresaron a sus respectivos asientos. Rachele parecía haber recuperado la calma, pero Montalbano temía las preguntas que estaban por llegar, por ejemplo:

—¿Cómo lo mataron?

Vaya. ¡Le había formulado la pregunta más difícil! Pero ¿no era mejor que, en lugar de esperar una pregunta y dar una respuesta, contara toda la historia a partir de que había abierto la ventana?

—Escúcheme —empezó.

—No —dijo Rachele.

—¿No quiere escucharme?

—No. Lo he comprendido. ¿Se da cuenta de que está sudando?

Montalbano ni siquiera se había percatado. A lo mejor convendría contratar a aquella mujer en la policía: no se le escapaba ni una.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que tienen que haberlo matado de una manera atroz. Y a usted le resulta difícil decírmelo. ¿Es así?

—Sí.

—¿Podría verlo?

—No es posible.

—¿Por qué?

—Porque quienes lo mataron se lo llevaron.

—¿Con qué objeto?

Ya, ¿con qué objeto?

—Verá, nosotros pensamos que han robado el cadáver...

La palabra debió de herirla, porque cerró los ojos un instante.

—... para que no viéramos la marca...

—No estaba marcado.

—... y llegáramos al propietario. Pero ha resultado una suposición equivocada porque, en cualquier caso, usted ha venido a denunciar la desaparición.

—Pues entonces, si imaginaban que yo presentaría una denuncia, ¿para qué llevárselo? Desde luego, no creo que pretendan que me lo encuentre en la cama.

Montalbano se quedó perplejo. ¿Qué era eso de la cama?

—¿Querría explicarse mejor?

—¿No ha visto *El Padrino*, cuando al productor cinematográfico...?

—Ah, sí.

¿Por qué, en la película, introducían la cabeza cortada del caballo en la cama del productor? Lo recordó.

—Pero, usted perdone, ¿ha recibido por casualidad una propuesta que no puede rechazar?

Ella esbozó una tensa sonrisa.

—Me han hecho tantas propuestas... A algunas he dicho que sí y a otras que no. Y nunca ha habido necesidad de matar un caballo.

—¿Había estado otras veces por aquí?

—La última fue hace dos años, por el mismo motivo. Vivo en Roma.

—¿Está casada?

—Lo estoy y no lo estoy.

—¿Las relaciones con...?

—... mi marido son excelentes. Fraternal, diría yo. Además, Gianfranco preferiría suicidarse antes que matar un caballo.

—¿No tiene idea del motivo por el que le han hecho algo semejante?

—El único motivo podría ser eliminarme de la carrera de pasado mañana, que con toda seguridad habría ganado. Pero, francamente, me parece excesivo. —Se levantó, y Montalbano también—. Le agradezco su amabilidad.

—¿No quiere presentar una denuncia?

—Ahora que sé que *Súper* ha muerto, no importa.

—¿Regresa a Roma?

—No. Pasado mañana iré igualmente a Fiacca. He decidido quedarme unos días. Me gustaría que usted me tuviera al corriente, si consigue descubrir algo.

—Eso espero. ¿Dónde puedo localizarla?

—Le doy el número de mi móvil.

El comisario lo anotó en un papel que se guardó en el bolsillo.

—En cualquier caso —añadió Rachele—, siempre puede llamar a la amiga que me aloja.

—Deme su número.

—El número de mi amiga lo conoce usted muy bien. Es el de Ingrid Sjostrom.

Tres

—Y de esta manera, la señora Rachele Esterman, en un abrir y cerrar de ojos, ha mandado al carajo todas nuestras preciosas hipótesis —concluyó Montalbano, terminando el informe de la reunión.

—Dejando, sin embargo, todos nuestros problemas tal como estaban antes —observó Augello.

—En primer lugar: ¿por qué han secuestrado y matado el caballo de una forastera? —preguntó Fazio.

—Bueno. Quizá no la tuvieran tomada con ella, sino con Saverio Lo Duca.

—Pero entonces habrían matado uno de los suyos —objetó Mimì.

—Tal vez ignoraran que aquel caballo no pertenecía a Lo Duca. O quizá lo sabían muy bien y lo mataron precisamente porque no pertenecía a Lo Duca.

—No he entendido el razonamiento.

—Supongamos que hay gente que quiere perjudicar a Lo Duca. Perjudicar su imagen. Si matan uno de sus caballos, puede que la cosa ni siquiera traspase los confines de la provincia. En cambio, si matan el de alguien que pertenece a su ambiente y que él custodia, en cuanto ese alguien regresa a Roma, se lo cuenta a todo el mundo y, directa o indirectamente, lo pone de vuelta y media. Todos sabemos que Lo Duca presume por todas partes de ser un personaje intocable respetado por todo el mundo, incluida la mafia. ¿Tiene sentido?

—Lo tiene.

—El razonamiento funciona —reconoció Fazio—. Pero me parece demasiado forzado.

—Puede ser. En segundo lugar: ¿por qué se han llevado el cadáver del animal, corriendo un grave peligro?

—Todo lo que hemos supuesto al respecto ha resultado completamente erróneo. La verdad, ahora mismo no se me ocurren otras hipótesis —declaró Augello.

—¿Y tú tienes alguna idea?

—No, señor —contestó Fazio, desconsolado.

—Pues entonces detengámonos aquí. Cuando a alguien se le ocurra alguna suposición brillante...

—Un momento —interrumpió Mimì—. La señora Esterman, tras pensarlo mejor, ha considerado inútil presentar una denuncia. Por consiguiente, yo quisiera saber: ¿sobre qué bases nos movemos?

—Nos movemos sobre una base que ahora mismo te explico, Mimì. Pero antes tengo que hacerte una pregunta. ¿Estás de acuerdo con que una cosa así puede acarrear graves consecuencias?

—Pues sí.

—Entonces la base, oficiosa y no oficial, es la siguiente: intentar prevenir de alguna manera una posible reacción. ¿De quién? No lo sabemos. ¿Cómo? No lo sabemos. ¿Dónde? No lo sabemos. ¿Cuándo? No lo sabemos. Si quieres echarte atrás porque hay demasiadas incógnitas, no tienes más que decírmelo.

—A mí me divierten las incógnitas.

—Me alegro de que te quedes. Fazio, ¿tú sabes dónde tiene Lo Duca los caballos?

—Sí, *dottore*. En Monserrato, por la parte de la aldea de Columba.

—¿Has estado allí alguna vez?

—No, señor.

—Mañana por la mañana a primera hora ve a echar un vistazo y procura enterarte de quién trabaja allí. ¿Es fácil que una o varias personas entren y roben un caballo? ¿O bien han necesitado algún cómplice interno? ¿De noche sólo duerme allí el vigilante? En resumen, todo lo que a tu juicio nos pueda ofrecer un punto de partida.

—¿Y yo? —preguntó Augello.

—¿Tú sabes quién es Michilino Prestia?

—No. ¿Quién es?

—Un excontable medio imbécil, un testaferro de los verdaderos organizadores de las carreras clandestinas. Que Fazio te diga lo que ya sabe acerca de él y después sigue investigando por tu cuenta.

—Muy bien. Pero ¿quieres explicarme qué tienen que ver las carreras clandestinas?

—No sé si tienen algo que ver, pero es mejor que no descartemos nada.

—¿Me permite, *dottore*? —terció Fazio.

—Dime.

—¿No sería mejor que el *dottor* Augello y yo intercambiáramos nuestras tareas? Porque, verás, yo conozco a personas cercanas a Prestia que...

—Mimì, ¿estás de acuerdo?

—*Questa o quella per me pari soono...* —respondió Mimì, canturreando el aria del duque de *Rigoletto*: «Esta o aquella iguales son para mí...».

—Pues entonces, buena velada a todos y...

—Un momento —dijo Mimì—. Lamento parecer pesado, pero quisiera hacer una observación.

—Habla.

—A lo mejor cometemos un error al creer a pie juntillas lo que nos ha contado la señora Esterman.

—Explícate mejor.

—Salvo, ella te ha dicho que no había ninguna razón en el mundo para que le mataran el caballo, y que si patatín y patatán. Pero ¿las cosas son así efectivamente?

—Entiendo. ¿Crees que sería oportuno averiguar algo más acerca de la bella señora Rachele?

—Exacto.

—De acuerdo, Mimì. Yo me encargo de eso.

Antes de irse a Marinella, llamó a Ingrid.

—Oiga, ¿casa Sjostrom?

—Se eguiboca de námara.

Pero ¿de dónde sacaba Ingrid a las sirvientas? Comprobó el número que se había aprendido de memoria. Era correcto.

A lo mejor había hecho mal en dar el nombre de soltera de Ingrid; seguramente la sirvienta no lo conocía. Pero ¿cuál era su nombre de casada? No lo recordaba. Así las cosas, volvió a llamar.

—¿Oiga? Quisiera hablar con la señora Ingrid.

—Siñuora no ser aguí.

—¿Y tú saber si siñuora vuelve?

—No saber, no saber.

Montalbano colgó y marcó el número del móvil.

«El teléfono al que llama...».

Soltó una maldición y lo dejó correr.

Oyó sonar el teléfono mientras introducía la llave en la cerradura. Abrió. Corrió a levantar el auricular.

—¿Me buscabas? —Era Ingrid.

—Sí. Necesito que...

—Tú sólo me llamas cuando necesitas algo. Nunca me propones una cena íntima, aunque sea sin la previsible conclusión, sólo por el placer de estar juntos.

—Sabes muy bien que eso no es cierto.

—Por desgracia, es lo que yo digo. ¿Qué necesitas esta vez? ¿Consuelo? ¿Ayuda? ¿Complicidad?

—Nada de todo eso. Quisiera que me dijeras algo sobre tu amiga Rachele. ¿Está contigo?

—No; se ha ido a una cena en Fiacca con los organizadores de la carrera. A mí no me apetecía. ¿Te ha llamado la atención?

—No se trata de una cuestión privada.

—¡Ay, qué formales nos hemos vuelto! De todas maneras, que sepas que, al regresar, Rachele no ha hecho más que hablar bien de ti. De lo amable, comprensivo, simpático y hasta guapo que eres, lo cual, sinceramente, me parece excesivo... ¿Cuándo nos vemos?

—Cuando quieras.

—¿Qué tal si voy a Marinella?

—¿Ahora?

—¿Por qué no? ¿Qué te ha dejado de comer Adelina?

—Todavía no he mirado.

—Mira y pon la mesa en la galería. Tengo mucho apetito. Dentro de media hora estoy en tu casa.

Un plato hondo con tanta *caponatina* que rebosaba. Seis salmonetes con fritura de cebolla y berenjena. Comida más que suficiente para dos personas. Había vino. Puso la mesa. Hacía fresco, pero no soplaban ni una pizca de viento. Para más seguridad, fue a ver si le quedaba whisky. Había una botella con sólo dos dedos. Una cena con Ingrid era inconcebible sin una abundante ingesta alcohólica final. Lo dejó todo tal cual y se sentó al volante.

En el bar de Marinella compró dos botellas por las que tuvo que pagar cuatro veces más que el precio normal. En cuanto enfiló la pequeña carretera que conducía a la casa, vio el potente vehículo rojo de Ingrid. Pero ella no estaba. La llamó; no hubo respuesta. Entonces pensó que Ingrid había bajado a la playa para rodear el muro de la casa y entrar por la galería.

Cuando abrió la puerta, Ingrid no le salió al encuentro. La llamó.

—¡Estoy aquí! —contestó ella desde el dormitorio.

Montalbano dejó las botellas en la mesa y fue hacia allá. La vio saliendo de debajo de la cama.

—¿Qué haces ahí? —preguntó, sorprendido.

—Me escondía.

—¿Te apetece jugar al escondite?

Sólo entonces reparó en que Ingrid estaba pálida y le temblaban ligeramente las manos.

—¿Qué ha sucedido?

—Llamé al timbre y, al ver que no abrías, decidí entrar por la galería. Pero nada más doblar la esquina, vi a dos hombres que salían de la casa. Entonces, asustada, entré pensando que... Después se me ocurrió que podían volver y me escondí. ¿Hay whisky?

—Todo el que quieras.

Se dirigieron a la otra habitación. Montalbano abrió una botella y llenó media copa, que Ingrid se bebió de un trago.

—Ya me encuentro mejor.

—¿Los has visto bien?

—No; enseguida retrocedí.

—¿Iban armados?

—No sabría decirte.

—Ven.

Se la llevó a la galería.

—¿Hacia dónde se han ido?

Ingrid pareció dudar.

—No sabría. Al mirar de nuevo a los pocos segundos, habían desaparecido, ya no estaban.

—Qué extraño. Hay un poco de luna. Por lo menos tendrías que haber visto dos sombras que se alejaban.

—No había nadie.

¿Entonces significaba que se habían escondido en las inmediaciones a la espera de que él regresara?

—Aguarda un momento —le dijo a Ingrid.

—Ni soñarlo. Voy contigo.

Montalbano salió por la puerta con Ingrid prácticamente pegada a su espalda, abrió el coche, sacó la pistola de la guantera y se la guardó en el bolsillo.

—¿Has cerrado el coche?

—No.

—Ciérralo.

—Hazlo tú —dijo ella, entregándole las llaves—. Pero primero mira si hay alguien escondido dentro.

Montalbano echó un vistazo al interior del vehículo, lo cerró y regresaron juntos a casa.

—Te has asustado mucho, Ingrid. Nunca te he...

—¿Sabes? Al irse esos dos, cuando entré llamándote y tú no contestabas, pensé que te habían... —Se detuvo, lo abrazó y le dio un beso en la boca.

Mientras correspondía a sus manifestaciones de afecto, Montalbano pensó que la velada estaba siguiendo un camino peligroso. Entonces le dio dos golpecitos amistosos en los hombros.

Ingrid comprendió el mensaje y se apartó.

—¿Quiénes crees que eran? —preguntó.

—No tengo la más mínima idea. Quizá unos cacos que me vieron marcharme de casa y...

—¡No me vengas con historias que ni tú mismo te crees!

—Te aseguro que...

—¿Cómo podían saber los ladrones que no había nadie más en la casa?
¿Y por qué no robaron nada?

—Tú no les diste tiempo.

—¡Pero si ni siquiera me vieron!

—Te habrán oído llamar a la puerta, llamarme... Anda vamos, que Adelina ha preparado una...

—Me da miedo comer en la galería.

—¿Por qué?

—Serías un blanco fácil.

—Venga, Ingrid...

—Pues entonces, ¿por qué has cogido la pistola?

Pensándolo bien, no andaba tan equivocada. Pero quiso tranquilizarla.

—Mira, Ingrid, desde que vivo en Marinella, y de eso hace muchos años, jamás ha venido nadie por aquí con malas intenciones.

—Todo tiene un principio.

Y esta vez tampoco se equivocaba.

—¿Dónde quieres comer?

—En la cocina. Llévalo todo allí y después cierra la cristalera. He perdido el apetito.

Recuperó el apetito después de dos vasos de whisky.

Se zamparon la *caponatina* y repartieron equitativamente los salmonetes: tres por barba.

—¿Cuándo empieza el interrogatorio? —preguntó Ingrid.

—¿En la cocina? Vamos al salón, donde hay un sofá muy cómodo.

Se llevaron una botella de vino recién descorchada y la de whisky, que ya iba por la mitad. Se sentaron en el sofá, pero Ingrid se levantó, acercó una silla y puso las piernas encima. Montalbano encendió un cigarrillo.

—Ataca.

—De tu amiga quisiera saber...

—¿Por qué?

—Porque no sé nada de ella.

—¿Y por qué quieres saber más si no te interesa como mujer?

—Me interesa como comisario.

—¿Qué ha hecho?

—Ella, nada. Pero, tal como ya sabrás, han matado a su caballo; por si fuera poco, de una manera bárbara.

—¿Cómo?

—A golpes, con una barra de hierro. Pero eso no se lo digas a nadie, ni siquiera a tu amiga.

—No se lo diré a nadie. ¿Y tú cómo te has enterado?

—Lo he comprobado con mis propios ojos. Vino a morir aquí, delante de la galería.

—¿De veras? Cuéntame.

—¿Qué quieres que te cuente? Me levanté, abrí la ventana y lo vi.

—Bueno, pero ¿por qué quieres saber de Rachele?

—Tu amiga asegura que no tiene enemigos y, por consiguiente, yo me veo obligado a pensar que al caballo lo mataron para agraviar a Lo Duca.

—¿Y qué?

—Que necesito saber si las cosas son así verdaderamente. ¿Desde cuándo la conoces?

—Desde hace seis años.

—¿Cómo os conocisteis?

Ingrid se echó a reír.

—¿De veras quieres saberlo?

—Más bien sí.

—Fue en Palermo, en el hotel Igea. Eran las cinco de la tarde y yo estaba con un tal Walter. Nos habíamos olvidado de cerrar la puerta con llave y

Rachele entró hecha una furia. Yo ignoraba que Walter tenía otra mujer. Él ya se estaba vistiendo y consiguió escapar. Yo me quedé inmóvil como una piedra en la cama, y ella se me echó encima e intentó estrangularme. Por suerte, dos huéspedes que pasaban por el pasillo consiguieron impedirlo.

—Y con ese precioso comienzo, ¿cómo os las arreglasteis para haceros amigas?

—Aquella misma noche yo estaba cenando sola en el restaurante del hotel y ella se acercó a mi mesa. Me pidió perdón. Hablamos un rato, llegamos a la conclusión de que Walter era un cabrón de mucho cuidado, nos caímos bien y nos hicimos amigas. Eso es todo.

—¿Ha venido a verte a Montelusa más veces?

—Sí. Y no sólo con ocasión de la carrera de Fiacca.

—¿Le has presentado a muchas personas?

—Prácticamente a todos mis amigos. Y a otros los ha conocido por su cuenta. Por ejemplo, tiene un círculo de amistades en Fiacca a quienes no conozco.

—¿Ha tenido algún ligue?

—Con mis amigos, no. De todas formas, ignoro lo que hace en Fiacca.

—¿Ella no te habla de eso?

—Me ha mencionado a un tal Guido.

—¿Se acuesta con él?

—No sabría decirte. Lo describe como una especie de caballero galante.

—¿Ninguno de tus amigos ha intentado acostarse con ella?

—Si es por eso, casi todos.

—Y entre esos casi todos, ¿quién en particular?

—Bueno, pues Mario Giacco.

—¿No podría ser que, a espaldas tuyas, tu amiga...?

—¿... hubiera estado con él? Es posible, aunque no...

—¿Y no podría ser que Giacco, para vengarse por haber sido abandonado, hubiera organizado lo del caballo?

Ingrid no abrigó ninguna duda.

—Lo descarto totalmente. Mario es ingeniero y se encuentra en Egipto desde hace un año. Trabaja para una compañía petrolera.

—Era una hipótesis estúpida, lo sé. Y con Lo Duca ¿qué relaciones mantiene?

—No sé nada de eso.

—Pero si Rachele le dejaba su caballo, quiere decir que son amigos. ¿Tú conoces a Lo Duca?

—Sí, pero me cae fatal.

—¿Rachele te ha hablado de él?

—Algunas veces. Con indiferencia, diría yo. No creo que entre ellos dos haya algo. A no ser que Rachele quiera ocultarme su relación.

—¿Lo ha hecho otras veces?

—Bueno, según la hipótesis que tú planteas...

—Que tú sepas, ¿Lo Duca está en Montelusa?

—Ha llegado hoy tras enterarse de lo del caballo.

—¿Esterman es su apellido de soltera?

—No. Es el apellido de Gianfranco, su marido. Ella se llama Anselmi del Bosco, es una aristócrata.

—Me dijo que con su marido sólo mantenía relaciones fraternales. ¿Por qué no se divorcia?

—¿Divorciarse?! Pero ¿qué dices? Gianfranco es ultracatólico, va a misa, se confiesa, no sé qué importante cargo ocupa en el Vaticano; jamás se divorciaría. Creo que ni siquiera están separados. —Ingrid volvió a reír, pero no fue una carcajada de alegría—. En resumen, se encuentra en mi misma situación. Mientras voy al baño, tú abre la otra botella de whisky.

Se levantó. Dio un bandazo a la izquierda y después otro a la derecha, recuperó el equilibrio y se puso en marcha con cierto titubeo. Sin darse cuenta, se lo habían bebido todo.

Cuatro

Y la cosa terminó como las otras veces.

A cierta hora, cuando en la segunda botella sólo quedaban cuatro dedos escasos de whisky y ellos habían hablado de todo, Ingrid dijo que le había entrado sueño y quería irse a dormir enseguida.

—Te acompaño a Montelusa; no estás en condiciones de conducir.

—¿Y tú sí?

De hecho, al comisario le daba un poco de vueltas la cabeza.

—Ingrid, me lavo la cara y estoy listo.

—Pues yo soy de la opinión de ducharme y después meterme en la cama.

—¿En la mía?

—¿Acaso hay otras? Seré muy rápida —añadió con voz pastosa.

—Oye, Ingrid, no es por...

—Vamos, Salvo. ¿Qué te pasa? No es la primera vez, ¿verdad? Además, sabes que me gusta mucho dormir castamente a tu lado.

¡Castamente, un cuerno! Él sabía el precio que tenía que pagar por aquella castidad: insomnio, levantamientos de la cama en plena noche para darse urgentemente duchas frías...

—Sí, pero es que...

—¡Y es tan erótico!

—¡Ingrid, pero es que no soy un santo!

—Cuento precisamente con ello —replicó ella, levantándose entre risas del sofá.

A la mañana siguiente, Montalbano despertó tarde y con un leve dolor de cabeza. Habían bebido demasiado. De Ingrid quedaba el perfume de su piel

en las sábanas y la almohada.

Consultó el reloj: casi las nueve y media. A lo mejor Ingrid tenía cosas que hacer en Montelusa y lo había dejado dormir. Pero ¿cómo era posible que Adelina aún no hubiera llegado?

Entonces recordó que era sábado y que los sábados la asistenta se presentaba hacia el mediodía, pues antes iba a hacer la compra para toda la semana.

Se levantó, fue a la cocina, se preparó una cafetera de café cargado, pasó al comedor, abrió la cristalera y salió a la galería.

El día parecía una fotografía: no se registraba el menor atisbo de viento, todo estaba inmóvil e iluminado por un sol especialmente empeñado en no dejar nada a la sombra. Ni siquiera había resaca.

Volvió a entrar y enseguida reparó en la presencia de su pistola encima de la mesa.

Se extrañó. ¿Qué estaba haciendo allí la...?

Entonces recordó de repente lo que Ingrid, muerta de miedo, le había contado la víspera acerca de los dos hombres que habían entrado en la casa cuando él estaba en el bar de Marinella comprando whisky.

En el cajón de la mesilla de noche guardaba siempre un sobre con doscientos o trescientos euros de reserva; el dinero que necesitaba para la semana lo sacaba del cajero automático y lo llevaba en el bolsillo. Fue a echar un vistazo: el sobre estaba en su sitio con todo el dinero dentro.

El café ya se había enfriado; se bebió dos tazas seguidas y continuó recorriendo la casa para ver si faltaba algo.

Al cabo de media hora llegó a la conclusión de que no faltaba nada. Aparentemente. Porque en su cabeza rondaba un molesto pensamiento diciéndole que algo se le había pasado por alto.

Fue al cuarto de baño, se duchó y afeitó. Cogió la pistola, cerró la puerta, abrió el coche, montó en él, metió la pistola en la guantera, puso en marcha el motor y se quedó inmóvil.

De pronto recordó lo que faltaba. Quiso confirmarlo. Volvió a la casa, se dirigió al dormitorio y abrió de nuevo el cajón de la mesilla de noche. Se habían llevado el reloj de oro de su padre, dejando el sobre que había debajo

sin imaginar que contenía dinero. No habían podido robar nada más porque llegó Ingrid.

Entonces experimentó sentimientos contradictorios. Rabia y alivio. Rabia porque le tenía cariño al reloj: era uno de los pocos recuerdos que conservaba. Alivio porque aquella era la prueba de que los que habían entrado en su casa eran tan sólo ladrones aficionados, y seguro que ni siquiera sabían que estaban robando en la casa de un comisario de policía.

Puesto que aquella mañana no tenía demasiadas cosas que hacer en el despacho, pasó por la librería para reabastecerse. Al ir a pagar, se dio cuenta de que los autores eran todos suecos: Enquist, Sjöwall-Wahlöö y Mankell. ¿Un homenaje inconsciente a Ingrid? Después recordó que necesitaba por lo menos otras dos camisas. Y otro par de calzoncillos tampoco le iría mal. Fue a comprarlo todo.

Cuando llegó a la comisaría, ya era casi mediodía.

—¡Ah, *dottori*, *dottori*!

—¿Qué hay, Catarè?

—¡Lo estaba llamando, *dottori*!

—¿Por qué?

—Al ver que no venía, me he preocupado. Temía que estuviera enfermo.

—Estoy perfectamente, Catarè. ¿Alguna novedad?

—Ninguna, *dottori*. Pero el *dottori* Augello, que acaba de llegar, me ha dicho que lo avise en cuanto usted llegue.

—Dile que ya he llegado.

Mimì se presentó bostezando.

—¿Tienes sueño? Seguro que has dormido hasta muy tarde y no te has acordado de que tenías que ir a la aldea de Columba...

Augello levantó la mano para que no siguiera, volvió a bostezar ruidosamente y se sentó.

—Es que esta noche el chiquillo no nos ha dejado pegar ojo...

—Mimì, esa excusa ya está empezando a tocarme los cojones. Ahora mismo llamo a Beba para que me diga si es verdad.

—Harías muy mal papel. Beba lo confirmaría. Si me permites terminar...

—Habla.

—A las cinco de la madrugada, puesto que estaba completamente desvelado, me fui a la aldea de Columba. Pensé que allí empezarían a trabajar a primera hora de la mañana. Me costó encontrar la cuadra. Se llega allí siguiendo la carretera de Montelusa. Tres kilómetros más adelante, a la derecha, hay un camino de tierra, una senda privada que lleva a la cuadra, que está vallada. Había un paso cerrado con una barra de hierro y, a su lado, una estaca con un timbre. Pensé saltar por encima de la barrera.

—Una bobada.

—En efecto. Llamé al timbre y poco después salió un hombre de una barraca de madera preguntándome quién era.

—¿Y tú?

—Por su manera de hablar y moverse, parecía un hombre de las cavernas. Era inútil discutir con él. Entonces le dije: «Policía». Con voz autoritaria. Y enseguida me franqueó la entrada.

—No ha sido un comportamiento muy acertado. No estamos autorizados a...

—¡Quita, hombre, si ese no me preguntó nada en ningún momento! ¡Ni siquiera sabe cómo me llamo! Estaba dispuesto a contestar todas mis preguntas porque me confundió con alguien de la jefatura superior de Montelusa.

—Pero si la señora Esterman no ha denunciado el robo, ¿cómo es posible que...?

—Espera que te cuente. Nosotros, de todo este asunto, sólo conocemos de la misa la mitad. Parece que Lo Duca se ha encargado de presentar la denuncia directamente a la jefatura de Montelusa, porque la historia no es tan fácil.

—¿Por qué en la jefatura de Montelusa?

—La mitad de la cuadra pertenece a nuestra jurisdicción y la otra mitad a la de Montelusa.

—¿Y cuál es la historia?

—Espera que primero te explico cómo está hecha la cuadra. Pasada la barrera, a la derecha hay dos barracas de madera, una bastante grande, otra más pequeña y un pajar. La primera es la casa del vigilante, que vive allí día y noche, y en la segunda guardan los arreos y todo lo necesario para atender a

los animales. A mano derecha hay una hilera de diez boxes, donde se encuentran los caballos. Más allá de los boxes hay un enorme recinto de doma.

—¿Y los caballos están siempre allí?

—No; los llevan a pastar a los prados de la Voscuza, que pertenecen a Lo Duca.

—Pero ¿te has enterado de lo que ocurrió?

—¡Vaya si me he enterado! El troglodita, que se llama... Espera. —Sacó del bolsillo un papel y se puso unas gafas.

Montalbano se quedó helado.

—¡Mimì!

Fue casi un grito. Augello lo miró sorprendido.

—¿Qué pasa?

—Pero tú... tú...

—¡Oh, Virgen santa! ¿Qué he hecho?

—¡¿Tú llevas gafas?!

—Pues sí.

—¿Y desde cuándo?

—Ayer por la tarde fui a recogerlas y hoy me las he puesto por primera vez. Si te molestan, me las quito.

—¡Madre mía, qué raro me pareces con gafas, Mimì!

—Pues tanto si te parezco raro como si no, las necesitaba. Y si quieres un consejo, tú también tendrías que revisarte la vista.

—¡Yo veo muy bien!

—Eso lo dirás tú. Pero yo me he fijado en que, desde hace algún tiempo, estiras un poco los brazos para leer, como me pasaba a mí.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que necesitas gafas de cerca. ¡Y no pongas esa cara! ¡No es el fin del mundo!

El fin del mundo por supuesto que no, pero sí el fin de la edad adulta. Ponerse gafas significaba rendirse a la vejez sin oponer resistencia.

—Bueno pues, ¿cómo se llama el troglodita? —gruñó.

—Antonio Firruzza es el hombre que se encarga de la limpieza y sustituye provisionalmente al vigilante, que se llama Vario Ippolito.

—¿Y el vigilante dónde está?

—En el hospital.

—¿O sea, que la noche del robo estaba de guardia Firruzza?

—No; estaba Ippolito.

—¿O sea, que su apellido es Vario? —Estaba distraído. No conseguía apartar los ojos de las gafas de Augello.

—No; Varío es el nombre.

—Ya no entiendo nada.

—Salvo, si no dejas de interrumpirme a cada momento, yo mismo me pierdo. ¿Qué hacemos?

—Bueno, bueno.

—O sea, que aquella noche, hacia las dos, a Ippolito lo despierta el sonido del timbre.

—¿Vive solo?

—¡Pero qué pesado! ¿Me dejas hablar o no? Sí, vive solo.

—Vale, perdona. Oye, ¿no te iría mejor una montura más ligera?

—A Beba le gusta así. ¿Puedo seguir?

—Sí, sí.

—Ippolito se levanta porque piensa que Lo Duca está fuera de sí y le ha entrado el delirio de ver a sus caballos. Ya lo ha hecho otras veces. Coge una linterna y va hacia la barrera de la entrada. Ten en cuenta que es de noche y está oscuro. Pero cuando llega cerca del hombre que espera para entrar, advierte que no es Lo Duca. Le pregunta qué quiere, y el otro, por toda respuesta, lo apunta con un revólver. Ippolito se ve obligado a abrir la barrera con las llaves, el hombre le exige que se las entregue y después lo derriba de un fuerte culatazo en la cabeza.

—O sea, que el vigilante ya no pudo ver nada más. Por cierto, ¿cuántas dioptrías tienes?

Mimì se levantó airado.

—¿Adónde vas?

—Me voy, y sólo volveré cuando se te pase esa manía que te ha entrado con mis gafas.

—Vamos, siéntate. Prometo olvidarme de las gafas.

Mimì volvió a sentarse.

—¿Dónde me había quedado?

—¿El vigilante había visto antes al hombre que lo atacó?

—No, era la primera vez que lo veía. La conclusión es que Firruzza y los otros dos que cuidan de los caballos encuentran a Ippolito en su casa, atado, amordazado y con una fuerte conmoción cerebral.

—Pues entonces no pudo ser Ippolito quien llamó a la señora Esterman para comunicarle el robo.

—Es evidente.

—A lo mejor fue Firruzza.

—¡¿Ese?! Imposible.

—Pues entonces, ¿quién pudo ser?

—¿Te parece importante? ¿Puedo seguir?

—Perdona.

—En cualquier caso, Firruzza y los otros dos ven enseguida dos boxes abiertos y se dan cuenta de que han robado dos caballos.

—¿Cómo dos? —preguntó Montalbano, sorprendido.

—Exactamente. Dos. El de la señora Esterman y otro de Lo Duca; se parecían mucho.

—A ver si tuvieron dificultades para elegir y, por si acaso, se llevaron los dos...

—Se lo pregunté a Pignataro y él...

—¿Quién es Pignataro?

—Uno de los dos que cuidan los animales a diario. Matteo Pignataro y Filippo Sirchia. Pignataro asegura que, entre las cuatro o cinco personas que fueron a robar, por lo menos una tenía que entender mucho de caballos. Del almacén cogieron los arreos apropiados, sillas incluidas, para los dos animales. O sea, que ni siquiera tuvieron el problema de elegir, sino que se los llevaron sabiendo muy bien lo que hacían.

—¿Cómo se los llevaron?

—En un camión equipado. En algunos puntos se ven todavía las huellas de los neumáticos.

—¿Quién avisó a Lo Duca?

—Pignataro, que pidió también una ambulancia para Ippolito.

—Pues entonces debió de ser Lo Duca quien le dijo a Pignataro que avisara a la señora Esterman.

—Tú te has emperrado con la historia de quién avisó a la señora. ¿Podría saber por qué?

—Pues ni yo mismo lo sé. ¿Alguna otra cosa?

—No. ¿Te parece poco?

—Todo lo contrario. Te las has arreglado muy bien.

—Gracias, maestro, por la amplitud, la abundancia y la variedad de unas alabanzas que tan profundamente me conmueven.

—Mimì, vete a tomar por donde ya sabes.

—¿Cómo tenemos que actuar?

—¿Con quién?

—Salvo, no somos la República Independiente de Vigàta. Nuestra comisaría depende de la jefatura de Montelusa. ¿O acaso lo has olvidado?

—¿Y qué?

—En Montelusa está en marcha una investigación. ¿No sería nuestro deber informarles de cómo y de qué manera han matado al caballo de la señora Esterman?

—Mimì, reflexiona un momento. Si nuestros compañeros están haciendo una investigación, antes o después interrogarán a la señora Esterman. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Y la señora Esterman les dirá palabra por palabra lo que ha sabido de su caballo a través de mí. ¿Es así?

—Es así.

—Entonces nuestros compañeros de Montelusa vendrán corriendo a hacernos preguntas. A las cuales sólo entonces estaremos obligados a contestar. ¿No te parece?

—Correcto. Pero ¿cómo es posible que la suma de todas esas cosas correctas dé un resultado equivocado?

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que nuestros compañeros pueden preguntarnos por qué, obedeciendo a nuestra propia iniciativa, no les hemos comunicado...

—¡Virgen santa! Mimì, nosotros no hemos recibido ninguna denuncia y ellos ni siquiera nos han informado del robo de los caballos. Estamos empatados.

—Si tú lo dices.

—Volviendo al asunto, ¿cuántos caballos has visto en las cuadras?

—Cuatro.

—O sea que, cuando llegaron los ladrones, había seis.

—Sí. Pero ¿por qué haces estas cuentas?

—No hago cuentas. Me estoy preguntando por qué los ladrones no robaron todos los animales.

—Quizá porque no tenían suficientes camiones.

—¿Lo dices en broma?

—¿Lo dudas? ¿Sabes qué te digo? Que por hoy ya he hablado suficiente. Me largo. —Se levantó.

—Mimì, no digo una montura distinta, puesto que esa le gusta a Beba, pero un poquito más clara...

Mimì se fue soltando maldiciones y dando un portazo.

¿Qué sentido tenía la historia de aquellos caballos? La tomara por donde la tomase, siempre había algo que no cuadraba. Por ejemplo: habían robado el caballo de la señora Esterman para matarlo. Pero ¿por qué no lo habían matado donde estaba y, en cambio, se lo habían llevado a la playa de Marinella para hacerlo? Y al otro, el de Lo Duca, ¿también lo habrían robado para matarlo? ¿Y dónde lo habían hecho? ¿En la playa de Santolì o en las inmediaciones de la cuadra? Si, por el contrario, a uno lo hubieran matado y al otro no, ¿qué significaría todo aquello?

Sonó el teléfono.

—*Dottori*, parece que está la señora Striomstriommi.

¿Qué querría Ingrid?

—¿Al teléfono?

—Sí, señor *dottori*.

—Pásamela.

—Hola, Salvo. Perdona que esta mañana no me haya despedido, pero recordé que tenía un compromiso.

—Faltaría más.

—Oye, me ha llamado Rachele desde Fiacca; esta noche ha dormido allí. Ha accedido a correr con un caballo de Lo Duca. Esta tarde intentará ganarse la confianza del animal, y por eso se quedará allí. Me ha dicho y repetido varias veces que se alegraría mucho de que fueras conmigo a verla.

—¿Tú irías lo mismo sin mí?

—Con el corazón destrozado, pero iría. Siempre voy cuando corre Rachele.

Montalbano se lo jugó a pares y nones. No cabía duda de que aquel ambiente le tocaría los cojones al máximo, pero, por otra parte, sería una ocasión única para comprender algo del círculo de amigos y probables enemigos de la señora Esterman.

—¿A qué hora es la carrera?

—Mañana a las cinco de la tarde. Si estás de acuerdo, paso a recogerte por Marinella a las tres.

Lo cual significaba subir al coche inmediatamente después de comer, con la tripa llena.

—¿Es que tardas dos horas de Vigàta a Fiacca?

—No, pero tenemos que llegar por lo menos una hora antes. Sería una grosería presentarse en el momento de la salida.

—De acuerdo.

—¿De verdad? ¿Ves como yo tenía razón?

—¿En qué?

—En que mi amiga Rachele te había llamado la atención.

—Qué va, he aceptado para estar unas horas más contigo.

—Eres más falso que... que...

—Ah, por cierto. ¿Cómo tengo que ir?

—Desnudo. La desnudez te favorece.

Cinco

Fazio, a quien no le habían visto el pelo en toda la mañana, se presentó en la comisaría cuando ya eran casi las cinco.

—¿Traes un buen cargamento?

—Suficiente.

—Antes de que abras la boca, quiero decirte que esta mañana a primera hora Mimì ha ido a las cuadras de Lo Duca y ha averiguado cosas interesantes.

Y le contó lo que había descubierto Augello. Fazio adoptó una expresión dubitativa.

—¿Qué te pasa?

—*Dottore*, perdone, pero en este momento ¿no sería mejor que nos pusiéramos en contacto con los compañeros de Montelusa y...?

—¿Y se lo cediéramos a ellos?

—*Dottore*, quizá les sea útil saber que a uno de los caballos lo mataron aquí, en Marinella.

—No.

—Como quiera usía. Pero ¿puede explicarme la razón?

—Si te empeñas... Es una cuestión personal. Estoy profundamente impresionado por la estúpida ferocidad con que mataron a ese pobre animal. Quiero mirar a esa gente a la cara.

—¡Pero usted puede contarles a los compañeros cómo acabaron con el caballo! ¡Con todos los detalles!

—Una cosa es contar un hecho y otra es haberlo visto.

—*Dottore*, perdone que insista, pero...

—¿Has hecho un pacto con Augello?

—¿Yo, un pacto? —repuso Fazio, palideciendo.

Montalbano comprendió que había metido la pata.

—Perdóname, estoy nervioso.

Y lo estaba de verdad. Porque acababa de recordar que le había dicho que sí a Ingrid, y resultaba que se le habían pasado las ganas de ir a Fiacca y hacer el papel de uno de los muchos cabrones que babeaban por Rachele.

—Hablame de Prestia.

Fazio todavía estaba un poco ofendido.

—*Dottore*, usía no debe decirme ciertas cosas.

—Vuelvo a pedirte perdón, ¿de acuerdo?

Fazio sacó un papel del bolsillo, y el comisario comprendió que empezaría a recitarle todos los datos del registro civil de Michilino Prestia y sus socios. De la misma manera que hay gente que colecciona sellos, láminas o caparazones de moluscos, Fazio coleccionaba datos del registro civil. Seguramente, al volver a casa, introducía en el ordenador los datos de las personas que estaba investigando. Y cuando tenía un día de descanso, se lo pasaba en grande releyéndolos.

—¿Puedo? —preguntó Fazio.

—Sí.

En otras ocasiones lo había amenazado de muerte en caso de que se atreviera a leerlos. Esta vez lo había ofendido y de algún modo debía ofrecerle una reparación. Fazio sonrió y empezó a leer. Se había restablecido la paz.

—Michele Prestia, llamado Michilino, nacido en Vigàta el veintitrés de marzo de mil novecientos cincuenta y tres, hijo del difunto Giuseppe y la difunta Giovanna Larosa, residente en Vigàta, en via Abate Meli, número treinta y dos. Casado en mil novecientos ochenta con Grazia Stornello, nacida en Vigàta el tres de septiembre de mil novecientos sesenta, hija de Giovanni y...

—¿Eso podrías saltártelo? —preguntó con delicadeza Montalbano, que había empezado a sudar.

—Es importante.

—Bueno, sigue —se resignó el comisario.

—... y Marianna Todaro. Michele Prestia y Grazia Stornello tuvieron un hijo varón, Balduccio, muerto en un accidente de motocicleta a la edad de

dieciocho años. Prestia, tras haber estudiado contabilidad, fue contratado como auxiliar de contabilidad en la empresa Cozzo y Rampello, que en la actualidad es propietaria de tres supermercados. Diez años después fue ascendido a contable. Dejó el trabajo en dos mil cuatro. Y sigue en el paro. —Fazio dobló la hoja y se la guardó en el bolsillo—. Eso es todo lo que consta oficialmente.

—¿Y oficiosamente?

—¿Empiezo por la boda?

—Empieza por donde quieras.

—Michele Prestia conoció a la Stornello en una boda. Y a partir de aquel momento fue detrás de ella. Comenzaron a salir juntos, pero lograron ocultar a todo el mundo su relación. Hasta que un día la chica se quedó preñada y se vio obligada a decírselo todo a sus padres. Al llegar a este punto, Michilino pide vacaciones en la empresa y desaparece.

—¿No quería casarse?

—Ni siquiera se le pasaba por la cabeza. Pero al cabo de menos de una semana regresa a Vigàta desde Palermo, donde se había escondido en casa de un amigo, y se declara dispuesto a una boda reparadora.

—¿Por qué cambió de idea?

—Hicieron que cambiara de idea.

—¿Quién?

—Ahora me explico. ¿Recuerda quién es la madre de Grazia Stornello?

—Sí, pero no...

—Marianna Todaro. —Fazio miró con expresión insinuante al comisario, pero este lo decepcionó.

—¿Y esa quién es?

—¿Cómo que quién es? Es una de las tres sobrinas de Balduccio Sinagra...

—Alto ahí. ¿Me estás diciendo que detrás de las carreras clandestinas está Balduccio?

—*Dottore*, por favor, no pegue esos saltos de canguro. Todavía no le estoy diciendo nada de las carreras clandestinas. Estábamos en la boda.

—De acuerdo, sigue.

—Marianna Todaro va a ver a su tío y se lo cuenta todo: cómo la hija etc., etc. Sinagra tarda exactamente veinticuatro horas en encontrar a Michilino en Palermo y lo manda traer aquí de noche, a su chalet.

—Secuestro.

—¡Imagínese el miedo que le da a don Balduccio secuestrar a una persona!

—¿Lo amenaza?

—A su manera. Durante dos días y dos noches lo mantiene encerrado en el interior de una habitación vacía, sin comer ni beber. Cada tres horas entra uno con una pistola, la carga, mira a Michilino, lo apunta con el arma y después da media vuelta y se retira sin decir ni una palabra. Al tercer día, cuando se presenta Sinagra disculpándose por haberlo hecho esperar (usía ya sabe cómo es don Balduccio: todo sonrisas y cumplidos), Michilino se arroja de rodillas a sus pies llorando y le pide que le conceda el honor de casarse con Grazia. Cuando nació el niño, le pusieron por nombre Balduccio.

—Y después, ¿cuáles fueron las relaciones entre Sinagra y Prestia?

—Al año de la boda, don Balduccio le propuso dejar su empleo en la Cozzo y Rampello y trabajar para él. Pero Michilino no aceptó, le dijo que tenía miedo de no estar a la altura. Y don Balduccio lo dejó correr.

—¿Y después?

—Después, hace cosa de cuatro años, a Michilino le dio por el vicio del juego. Hasta que los señores Cozzo y Rampello descubrieron la desaparición de una considerable suma de dinero de la caja. Por respeto a Sinagra, no denunciaron a Michilino, sino que lo obligaron a renunciar a su puesto. Pero querían que les devolviera el dinero robado. Le dieron tres meses de plazo.

—¿Y él se lo pidió a don Balduccio?

—Claro. Pero este lo mandó a freír espárragos. Le dijo que ni siquiera era un imbécil.

—¿Y Cozzo y Rampello lo denunciaron?

—No, señor. Porque al cumplirse los tres meses, Michilino Prestia se presentó ante los señores Cozzo y Rampello con el dinero contante y sonante en la mano. Lo devolvió todo, hasta el último céntimo.

—¿Quién se lo había dado?

—Ciccio Bellavia.

¡Ese nombre sí lo conocía! ¡Vaya si lo conocía! Ciccio Bellavia había sido el astro ascendente de los *stiddrari*, la mafia juvenil que quería pegarle una puñalada traperera a la vieja generación de los Sinagra y los Cuffaro. Después traicionó a sus compañeros y pasó a las órdenes de los Cuffaro, convirtiéndose en su hombre de confianza.

O sea, que detrás de las carreras clandestinas estaba la mafia. Como no podía ser de otro modo.

—¿Fue Prestia quien se dirigió a Bellavia?

—No, señor, justo lo contrario. Bellavia se le presentó un día para decirle que se había enterado de que se encontraba en dificultades y que él estaba dispuesto a...

—¡Pero Prestia no tendría que haber accedido! ¡Aceptar ese dinero era como proclamar que se ponía contra Balduccio!

—¿Acaso no le he dicho yo desde el primer momento que Michilino Prestia es un pobre idiota? ¿Un don nadie mezclado con un don ninguno? Sinagra lo había descrito diciendo que ni siquiera llegaba a imbécil. No sólo eso sino que, además, tuvo que pagar a Bellavia asumiendo la responsabilidad de las carreras clandestinas. No pudo decirle que no. Por consiguiente, se puso en contra de don Balduccio incluso en el campo de los negocios.

—No lo veo envejecer tranquilamente a este Prestia.

—Yo tampoco, *dottore*. Pero, perdone, ¿sigue encontrando relación entre la muerte del caballo y las carreras?

—No sé qué decirte, Fazio. ¿Tú no la ves?

—Si recuerda, en un primer momento, cuando encontramos el animal muerto, fui yo quien habló de las carreras clandestinas. Pero ahora ya no me parece que sea el caso.

—Explícate.

—*Dottore*, cada vez que hacemos una suposición, nos la desmontan puntualmente. ¿Usía pensó que habían robado el caballo de la forastera para agraviar a Lo Duca? Pues nosotros averiguamos que también habían robado un caballo de Lo Duca. Por consiguiente, ¿qué necesidad tenían de robar el de la forastera?

—De acuerdo. Pero ¿y las carreras?

—Lo Duca, por lo que me consta, no tiene nada que ver con las carreras.

—¿Estás seguro?

—En un cien por cien, no. No pondría la mano en el fuego. Pero no da la imagen.

—Nunca te fíes de las apariencias. Por ejemplo, hace diez años, ¿habrías considerado a Prestia capaz de controlar las carreras?

—No, señor.

—Pues entonces, ¿cómo puedes decir que no da la imagen? Te diré otra cosa. Lo Duca va por ahí proclamando que la mafia lo respeta. O por lo menos lo respetaba hasta ayer. ¿Tú sabes por qué está tan seguro? ¿Tú sabes de quién es amigo y quién lo protege?

—No, señor *dottore*. Pero intentaré averiguarlo.

—¿Sabes dónde se hacen esas carreras?

—*Dottore*, los lugares cambian casi cada vez. He sabido que hicieron una en la parte de atrás de villa Panseca...

—¿La de Pippo Panseca?

—Sí, señor.

—Pero, que yo sepa, Panseca...

—En efecto, Panseca no tiene nada que ver. A lo mejor no sabe nada. Como tuvo que ir a Roma y quedarse allí unos quince días, el vigilante alquiló el terreno por una noche a Prestia. Con lo que le pagaron, se compró un coche nuevo. Otra vez la hicieron por la parte de la montaña del Crasto. Por regla general, hay una cada semana.

—Un momento. ¿Las hacen siempre de noche?

—Claro.

—¿Y cómo se las arreglan para ver?

—Están muy bien equipados. Cuando se rueda una película, llevan consigo generadores eléctricos, ¿no? Pues los que tienen ellos son capaces de iluminarlo todo como si fuera de día.

—¿Y cómo les comunican a los clientes la hora y el lugar?

—*Dottore*, los clientes que interesan, los que apuestan fuerte, son como máximo treinta o cuarenta; los demás son descartes que si van, bien, y si no van, mejor. Demasiada gente con coches arma un ruido peligroso.

—Pero ¿cómo los avisan?

- Con llamadas telefónicas en clave.
- ¿Y nosotros no podemos hacer nada?
- ¿Con los medios que tenemos?

Montalbano permaneció un par de horas más en la comisaría y después regresó a Marinella.

Antes de poner la mesa en la galería le entraron ganas de darse una ducha. En el comedor, se sacó de los bolsillos todo lo que llevaba para dejarlo encima de la mesita, y así se encontró en la mano la hojita en que había escrito el número del móvil de la señora Esterman. Se le ocurrió que debería haberle preguntado una cosa. Podía preguntárselo al día siguiente, cuando se reunieran en Fiacca. Pero ¿se le presentaría la oportunidad de hacerlo? A saber cuánta gente tendría a su alrededor. ¿No sería mejor llamarla en ese momento? Ni siquiera eran las ocho y media. Llegó a la conclusión de que eso sería lo mejor.

—¿Oiga? ¿Señora Esterman?

—Sí. ¿Con quién hablo?

—Soy el comisario Montalbano.

—¡Ah, no! ¡No me diga que ha cambiado de idea!

—¿Acerca de qué?

—Ingrid me ha dicho que mañana vendría a Fiacca.

—Ahí estaré, señora.

—Me alegraré muchísimo. Procure estar libre también por la noche; habrá una cena, y por supuesto usted figura entre mis invitados.

¡Virgen santa! ¡Una cena no!

—Verá, es que precisamente por la noche...

—¡No busque excusas tontas!

—¿Ingrid también asistirá?

—¿No puede dar un paso sin ella?

—No; mire, es que como es ella quien me acompaña a Fiacca, pensaba que para la vuelta...

—No se preocupe, Ingrid también estará. ¿Por qué me ha llamado?

—¿Yo?

La perspectiva de la cena, de la gente cuyos comentarios tendría que escuchar, las probables porquerías que le servirían y que él tendría que tragarse aunque le entraran ganas de vomitar, le habían hecho olvidar el motivo de su llamada.

—Ah, sí, perdone. Pero no quisiera robarle más tiempo. Si mañana pudiera encontrar cinco minutos...

—Mañana habrá un lío tremendo. Ahora, en cambio, dispongo de algo de tiempo porque me estoy preparando para ir a cenar.

¿Con Guido? ¿Un encuentro a la luz de las velas?

—Mire, señora...

—Llámeme Rachele.

—Mire, Rachele. ¿Recuerda que me dijo que el vigilante de la cuadra le había comunicado que su caballo...?

—Sí, lo recuerdo. Pero debí de equivocarme.

—¿Por qué?

—Porque Scisci, perdón, Lo Duca me dijo que el pobre vigilante nocturno se encontraba ingresado en el hospital. Sin embargo...

—¿Sí, Rachele?

—Sin embargo, estoy casi segura de que se presentó como el vigilante. Pero yo estaba durmiendo, era muy temprano y había regresado muy tarde...

—Comprendo. ¿Lo Duca le dijo a quién le había encargado telefonarla?

—Lo Duca no se lo encargó a nadie. Entre otras cosas, habría sido una canallada para conmigo. Le correspondía a él informarme.

—¿Y lo hizo?

—¡Pues claro! Me llamó desde Roma sobre las nueve.

—¿Y usted le dijo quién se le había adelantado?

—Sí.

—¿Hizo algún comentario?

—Dijo que a lo mejor había sido alguien de la cuadra, pero por su propia iniciativa.

—¿Dispone de un minuto más?

—Estoy en una bañera y me encuentro muy a gusto. Oír su voz tan cerca de mi oído en este momento es... Bueno, dejémoslo correr.

Jugaba fuerte Rachele Esterman.

—Usted dice que por la tarde llamó a la cuadra...

—Recuerda mal. Me llamó alguien desde la cuadra para decirme que todavía no habían encontrado a *Súper*.

—¿Dijo quién era?

—No.

—¿Era la misma voz que la de la mañana?

—Pues... me parece que sí.

—¿Le comentó esa segunda llamada a Lo Duca?

—No. ¿Tendría que haberlo hecho?

—No era indispensable. Bueno, yo...

—Espere.

Hubo un prolongado silencio. La comunicación no se había cortado porque Montalbano oía respirar a Rachele. Después ella dijo a media voz:

—Comprendo.

—¿Qué comprende?

—Lo que usted sospecha.

—¿Es decir?

—Que la persona que me llamó dos veces no era un empleado de los establos. Sino uno de los que robaron y mataron a *Súper*. ¿Es así?

Experta, guapa e inteligente.

—Es así.

—¿Por qué lo hicieron?

—Ahora mismo no sabría decírselo.

Hubo una pausa.

—Ah, oiga. ¿Hay alguna noticia del caballo de Lo Duca?

—Se ha perdido el rastro.

—Qué extraño.

—Bueno, Rachele, no tengo nada más que...

—Querría decirle una cosa.

—Dígame.

—Usted... me cae muy bien. Me gusta hablar con usted, estar con usted.

—Gracias —contestó Montalbano un tanto perplejo, sin saber qué añadir.

Ella rio. Y él se la imaginó desnuda en la bañera mientras reía echando la cabeza atrás. Un estremecimiento de frío le recorrió la espalda.

—No creo que mañana podamos estar un ratito tranquilos nosotros dos... Aunque tal vez podríamos... —Rachele interrumpió la frase como si se le hubiera ocurrido una idea.

Montalbano esperó un poco y después hizo «ejem, ejem», justo como en las novelas inglesas.

Ella prosiguió.

—De todas maneras, he decidido quedarme en Montelusa tres o cuatro días, me parece que ya se lo había dicho. Espero que tengamos ocasión de volver a vernos. Hasta mañana, Salvo.

El comisario se duchó y después salió a comer en la galería. Adelina le había preparado una ensalada de pulpitos suficiente para cuatro personas y unos langostinos enormes simplemente aliñados con ajo, limón, sal y pimienta negra.

Comió y bebió, y sólo consiguió pensar en chorradas.

Después se levantó y llamó a Livia.

—¿Por qué no me llamaste anoche? —fue lo primero que dijo ella.

¿Podía contarle que se había emborrachado con Ingrid y había olvidado llamarla?

—La verdad es que me fue imposible.

—¿Por qué?

—Estaba ocupado.

—¿Con quién?

¡Bueno, menuda lata!

—¿Cómo que con quién? Con mis hombres.

—¿Qué hacíais?

Eso le tocó definitivamente los cojones.

—Un concurso.

—¡¿Un concurso?!

—A ver quién soltaba las mayores gilipolleces.

—Y ganaste tú, naturalmente. ¡Tú no tienes rival en ese campo!

Y se inició la consabida y relajante discusión nocturna.

Seis

La llamada le quitó las ganas de acostarse enseguida. Volvió a sentarse en la galería, pues necesitaba distraerse con algo que no guardara relación con Livia ni con el asunto del caballo.

La noche era serena pero muy oscura; apenas se distinguía la línea más clara del mar. Justo a la altura de la galería pero en alta mar, se veía la luz de un farol que parecía cercana debido a la oscuridad.

De repente sintió entre el paladar y la lengua el sabor de un lenguado recién frito. Tragó saliva.

Tenía diez años cuando su tío se lo llevó por primera y última vez a pescar con el farol tras suplicarle a su mujer durante toda una noche.

—¿Y si el chiquillo se cae al mar?

—¡Pero qué cosas se te ocurren! Si se cae al mar, lo sacamos. Vamos Ciccino y yo, ¡imagínate!

—¿Y si tiene frío?

—Dame un jersey, y si tiene frío se lo pongo.

—¿Y si le entra sueño?

—Se queda dormido en el fondo de la barca.

—Y tú, Salvuzzu, ¿quieres ir?

—Bueno...

No había deseado otra cosa cada vez que su tío salía a pescar. Al final su tía accedió, haciéndole mil recomendaciones.

La noche, recordaba, era igualita que esta, sin luna. Se veían todas las luces de la costa.

En determinado momento, Ciccino, el marinero sesentón que manejaba los remos, dijo:

—Encienda.

Y el tío encendió el farol. Proyectaba una luz muy potente, casi azulada.

A Salvo le dio la impresión de que el fondo arenoso del mar había subido de repente a ras del agua, completamente iluminado, y vio un banco de pececillos que, deslumbrados, se habían detenido de golpe y miraban hacia el farol.

Había medusas transparentes, dos peces que parecían serpientes, una especie de cangrejo que se arrastraba...

—Si te asomas así, te caes al mar —le susurró Ciccino.

Fascinado, ni siquiera se había dado cuenta de que poco faltaba para que tocara el agua con la cara. Su tío estaba de pie en la popa, con un arpón para delfines de diez dientes y un mango de tres metros atado a la muñeca con tres metros de cuerda.

—¿Por qué hay otros dos arpones en la barca? —le preguntó a Ciccino en voz baja, como siempre, para no ahuyentar los peces.

—Uno es un arpón de escollera, y otro, de alta mar. Uno tiene los dientes más resistentes y el otro más afilados.

—¿Y lo que sujeta el tío en la mano qué es?

—Una fisga de arena. Es para pescar lenguados.

—¿Dónde están?

—Escondidos bajo la arena.

—¿Y cómo hace él para descubrirlos bajo la arena?

—Los lenguados se tapan ligeramente y sólo se ven los dos puntitos negros de los ojos. Mira y tú también los verás.

Forzó la vista, pero no distinguió los puntitos negros.

Después notó una sacudida de la barca, percibió el ruido de la fisga al penetrar con fuerza en el agua y oyó que su tío exclamaba:

—¡Pillado!

En lo alto de la fisga, un lenguado del tamaño de su brazo se debatía en vano. Al cabo de dos horas, cuando ya había pescado unos diez lenguados grandes, el tío decidió descansar.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Ciccino.

—Un poquito.

—¿Preparo?

—Sí.

Tras subir los remos a bordo, el viejo marinero abrió un saco de lona y sacó una sartén y un hornillo de gas, junto con una botella de aceite, un cucurucho de harina y otro pequeño de sal. Salvo contemplaba todos aquellos preparativos, sorprendido. ¿Cómo se podía comer a esas horas de la noche? Entretanto, Ciccino colocó la sartén sobre el hornillo, echó un poco de aceite y enharinó dos lenguados para freírlos.

—¿Y tú, Ciccino? —le preguntó su tío.

—Yo me lo preparo después. Son demasiado grandes y en la sartén no caben tres.

Mientras esperaban la comida, su tío le contó que la dificultad de pescar con la fisga era la refringencia, y le explicó lo que era eso. Pero él no entendió nada; sólo entendió que el pez parece que está aquí y, en cambio, resulta que está un poco más allá.

En cuanto empezaron a freír los lenguados, el olor le despertó el apetito. Se lo comió, colocándolo sobre una hoja de papel de periódico y quemándose la boca y las manos.

En los cuarenta y cinco años que siguieron, no había vuelto a encontrar aquel sabor.

Los milaneses matan en sábado era el título de un libro de relatos de Scerbanenco que había leído muchos años atrás. Y mataban en sábado porque los demás días estaban demasiado ocupados trabajando.

Los sicilianos no matan los domingos era, en cambio, el posible título de un libro que jamás había escrito nadie.

Porque el domingo por la mañana los sicilianos van a misa con toda la familia, después visitan a los abuelos y se quedan a comer con ellos, por la tarde ven el partido en la tele, y por la noche se van a comer un helado también con toda la familia. ¿Cuándo tienes tiempo un domingo para matar a alguien?

Por eso el comisario decidió ducharse más tarde que de costumbre, en la certeza de que no iba a molestarlo ninguna llamada de Catarella.

Se levantó y abrió la cristalera. Ni una nube, ni un soplo de viento.

Se dirigió a la cocina, preparó café y llenó dos tazas; se bebió una en la cocina y se llevó la otra al dormitorio. Dejó cigarrillos, encendedor y cenicero en la mesita de noche y volvió a meterse en la cama medio incorporado, con dos almohadas detrás de la espalda.

Se bebió el café saboreándolo poco a poco y después encendió un cigarrillo, dando la primera calada con doble satisfacción. La primera debida al sabor de la nicotina acompañado de la cafeína, y la segunda porque, cuando Livia estaba acostada a su lado, era inevitable el requerimiento: «¡O apagas ese cigarrillo o me levanto y me voy! ¿Cuántas veces te he dicho que no quiero que fumes en el dormitorio?». Y él se veía obligado a apagarlo.

Ahora, en cambio, podía fumarse todo el paquete sin que nada le importara un carajo.

«¿No sería conveniente que pensaras un poco en la investigación?», le preguntó Montalbano primero.

«¿Quieres dejarlo un poco en paz?», terció Montalbano segundo, polemizando con Montalbano primero.

«Para un policía serio ¡el domingo es un día laborable como cualquier otro!».

«¡Pero si hasta Dios descansó el séptimo día!».

Montalbano fingió no oírlos y siguió fumando como si tal cosa. Cuando terminó el cigarrillo, se tumbó cuan largo era y probó a cerrar nuevamente los ojos.

Poco a poco, por la nariz empezó a penetrarle un suave y dulcísimo perfume, un perfume que enseguida lo indujo a pensar en Rachele desnuda en la bañera...

Después comprendió que Adelina no había cambiado la funda de la almohada en que Ingrid había apoyado la cabeza dos noches atrás, y que sin duda allí había quedado impregnado el perfume de su piel, intensificado por el calor de su propio cuerpo.

Trató de resistir unos minutos, pero no lo consiguió y tuvo que levantarse de la cama para evitar peligrosos tumultos en el sur.

La ducha casi fría le borró los malos pensamientos.

«Pero ¿por qué malos? —protestó Montalbano primero—. ¡Todos son unos buenos y benditos pensamientos!».

«Con la edad, ¿qué se recupera?», preguntó en plan malicioso Montalbano segundo.

Cuando fue a vestirse, se le planteó un problema.

El domingo Adelina no acudía y, por consiguiente, él debía ir forzosamente a la *trattoria* de Enzo. Pero en Enzo no se podía comer antes de las doce y media. Saldría de la *trattoria* aproximadamente una hora y media después, es decir, a las dos.

¿Tendría tiempo de regresar a Marinella y cambiarse de ropa antes de la llegada de Ingrid? Esa, como buena sueca, se presentaría a las tres en punto.

No; lo mejor sería vestirse bien directamente.

¿Y cómo? Para la carrera bastaría con un atuendo deportivo, pero ¿y para la cena? ¿Se llevaba una maleta con un traje para cambiarse? No; era ridículo.

Optó por un traje gris que se había puesto sólo dos veces: una para un funeral y otra para una boda. Se vistió de punta en blanco, con camisa, corbata y unos zapatos relucientes. Se miró en el espejo y se vio cómico.

Se lo quitó todo, se quedó en calzoncillos y se sentó desconsolado en la cama.

De repente pensó que quizá había una solución: telefonar a Ingrid y decirle que le habían pegado un tiro en la cabeza, aunque por suerte la bala le había pasado de refilón, y por consiguiente...

¿Y si ella, asustada, se presentaba a toda prisa en Marinella? No había problema. Se encargaría de que lo encontrara acostado, con un aparatoso vendaje en la frente; total, en casa tenía vendas y gasas a tutiplén...

«¡Procura ser serio! —lo reprendió Montalbano primero—. ¡Todo eso no son más que excusas! ¡La verdad es que no te apetece ver a esa gente!».

«Y si no le apetece, ¿está obligado a verla? ¿Dónde está escrito que tiene que ir necesariamente a Fiacca?», replicó Montalbano segundo.

La conclusión fue que el comisario se presentó a las doce y media en la *trattoria* de Enzo con traje gris y corbata, pero con una cara...

—¿Se ha muerto alguien? —le preguntó Enzo al verlo vestido de aquella manera y con un semblante tan fúnebre.

Montalbano soltó una maldición por lo bajo, pero no contestó. Comió con desgana. A las tres menos cuarto ya estaba de nuevo en Marinella. Tuvo el tiempo justo de refrescarse un poco antes de que llegara Ingrid.

—Estás elegantísimo. —Ella iba con vaqueros y camiseta.

—¿Irás así también a la cena?

—¡No, hombre! Me cambiaré. Lo llevo todo.

¿Por qué a las mujeres les resultaba tan fácil quitarse y ponerse un vestido mientras que para un hombre eso era siempre una tarea de lo más complicada?

* * *

—¿No puedes ir más despacio?

—Estoy yendo muy despacio.

Montalbano apenas había comido, pero lo poco que había ingerido le subía al gaznate cada vez que Ingrid tomaba una curva a ciento veinte como mínimo.

—¿Dónde es la carrera?

—Fuera de Fiacca. El barón Piscopo di San Militello se ha construido un auténtico hipódromo, pequeño pero perfectamente equipado, justo detrás de su villa.

—¿Y quién es el barón Piscopo?

—Un sexagenario bondadoso y amable que se dedica a obras de caridad.

—¿Y el dinero se lo ha ganado con la bondad?

—El dinero se lo dejó su padre, socio minoritario de una importante acería alemana, y él ha sabido sacarle provecho. Hablando de dinero, ¿tú llevas algo?

Montalbano se sorprendió.

—¿Hay que pagar para asistir a la carrera?

—No; pero se hacen apuestas sobre la ganadora. En cierto sentido es obligado apostar.

—¿Hay un ganador?

—¡Claro que no! El dinero de las apuestas se destina a obras benéficas.

—Y quien acierta ¿qué consigue?

—La ganadora de la carrera recompensa con un beso a los que han apostado por ella. Pero algunos no lo aceptan.

—¿Por qué?

—Dicen que por galantería. Pero la verdad es que a veces la ganadora es simplemente horrenda.

—¿Apuestan fuerte?

—No demasiado.

—¿Cuánto, aproximadamente?

—Mil o dos mil euros. Pero hay quien se deja más.

¡Coño! ¿Y qué era una apuesta alta para Ingrid? ¿Un millón de euros? Notó que empezaba a sudar.

—Pero es que yo no...

—¿No tienes?

—En el bolsillo tendré como mucho cien euros.

—¿Llevas talonario de cheques?

—Sí.

—Mejor. Es más elegante un cheque.

—Bueno, pero ¿de cuánto?

—Tú hazlo de mil.

Todo se podría decir de Montalbano excepto que fuera avaro o tacaño. Pero eso de tirar mil euros por asistir a una carrera en medio de un montón de gilipollas no le parecía de recibo, la verdad.

Llegaron a trescientos metros de la mansión del barón Piscopo, pero los detuvo un tipo que vestía una librea nueva, como sacado de un cuadro del siglo XVI. Lo único que desentonaba era su cara, pues daba la impresión de haber salido justo en aquel momento del penal de Sing Sing tras haberse pasado allí treinta años a la sombra.

—No se puede seguir con el coche —dijo el presidiario.

—¿Por qué?

—Porque ya no queda sitio.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Ingrid.

—Pues ir a pie. Déjeme las llaves, que el coche se lo aparco yo.

—Me has hecho llegar tarde —se quejó Ingrid mientras sacaba una bolsa del maletero.

—¿Yo?

—Sí. Con tu constante ve despacio, ve despacio...

Había coches a ambos lados de la carretera. Llenaban de bote en bote el amplio espacio. Delante de la puerta del grandioso edificio de tres plantas con su torre anexa había otro sujeto con una librea cubierta de ringorrangos dorados. ¿El mayordomo? Tendría como mínimo noventa y nueve años y, para no desplomarse, se apoyaba en una especie de báculo pastoral.

—Buenos días, Armando —lo saludó Ingrid.

—Buenos días, señora —respondió Armando con un hilillo de voz—. Están todos fuera.

—Ahora mismo nos reunimos con ellos. Tenga esto —le dijo, entregándole la bolsa—; llévelo a la habitación de la señora Esterman.

Armando sujetó la liviana bolsa, cuyo peso lo obligó a inclinarse hacia un lado. Montalbano lo sostuvo. Aquel hombre se habría inclinado incluso si una mosca se le hubiera posado en el hombro.

Cruzaron un vestíbulo estilo hotel Victoriano de diez estrellas, otra enorme estancia llena de retratos de antepasados, una segunda estancia todavía más grande repleta de armaduras, con tres cristaleras seguidas, abiertas a un gran paseo arbolado. Hasta aquel momento, aparte del presidiario y el mayordomo, no habían visto ni un alma.

—Pero ¿dónde se han metido los demás?

—Ya están allí. Date prisa.

El gran paseo seguía recto unos cincuenta metros y después se bifurcaba en dos, uno a la derecha y otro a la izquierda.

En cuanto Ingrid enfiló el paseo de la izquierda, cerrado por unos setos muy altos, a Montalbano le llegó un gran jaleo de gritos, llamadas, carcajadas.

Y de repente se encontró en un prado con mesitas y sillas, parasoles y tumbonas. Había también dos mesas larguísimas con cosas para comer y beber, y los correspondientes camareros con chaqueta blanca. Aparte había una casita de madera con una ventana en que se veía a un hombre; delante había una cola de gente.

El prado estaba ocupado por unas trescientas personas entre hombres y mujeres, unos sentados y otros de pie, hablando y riendo, formando grupitos. Más allá del prado se entreveía el llamado hipódromo.

La gente iba vestida como si fuera carnaval: entre los varones había quien iba ataviado de jinete, o para una recepción de la reina de Inglaterra con chistera y todo, con vaqueros y jersey grueso con cuello de cisne, de tirolés, con uniforme de vigilante forestal (por lo menos, eso le pareció a Montalbano), y hasta había uno vestido de árabe y otro con pantalones cortos y chanclas de playa. Entre las mujeres, algunas lucían sombreros tan grandes que en ellos habría podido aterrizar un helicóptero, otras llevaban minifaldas a nivel axilar o bien faldas tan largas que quienes pasaban por su lado inevitablemente tropezaban y corrían el riesgo de acabar en el suelo, una llevaba una falda de tubo y un atuendo de amazona del siglo XIX, una veinteañera lucía unos pantaloncitos vaqueros muy ajustados que podía permitirse el lujo de usar gracias al notable trasero con que la había dotado la Madre Naturaleza.

Cuando terminó de mirar, se dio cuenta de que Ingrid ya no se encontraba a su lado. Se vio perdido. Experimentó una súbita tentación de dar media vuelta, recorrer en sentido inverso los paseos y los salones de la villa, llegar hasta el coche de Ingrid y...

—¡Pero si es el comisario Montalbano! —exclamó una voz masculina.

Se volvió. La voz pertenecía a un cuarentón muy alto y delgado que llevaba una sahariana caqui, pantalones cortos, calcetines, un casco colonial y unos gemelos en bandolera. Llevaba también una pipa en la boca. A lo mejor se creía en la India de la época de los ingleses. Le tendió una mano sudorosa y blanda que parecía pan mojado.

—¡Pero qué placer! Soy el marqués Ugo Andrea di Villanella. ¿Usted es pariente del teniente Colombo?

—¿El teniente de los carabinieri de Fiacca? No, no soy...

—No me refería al teniente de los carabinieri, sino al de la televisión, ya sabe, el de la gabardina que tiene una mujer a la que nunca se ve por ninguna parte...

¿Acaso era imbécil o quería tomarle el pelo?

—No; soy gemelo del comisario Maigret —contestó con grosería.

El otro pareció decepcionado.

—No lo conozco, lo siento.

Y se retiró. Decididamente, un idiota, un idiota quizá un poco chalado.

Se le acercó otro que iba vestido de jardinero, con un delantal sucio que apestaba y una pala en la mano.

—Usted me parece nuevo.

—Sí, es la primera vez que...

—¿Por quién ha apostado?

—La verdad es que todavía no he...

—¿Quiere un consejo? Apueste por Beatrice della Bicocca.

—Yo no...

—¿Conoce la lista de tarifas?

—No.

—Se la recito. Si sueltas un mil audaz / un beso en la frente recibirás. / Si apuestas uno de cinco mil, la Bicocca / un beso precioso te dará en la boca. / Con uno de diez mil podrás contar / con que con la lengua en la boca se deje besar.

Hizo una reverencia y se fue.

Pero ¿a qué mierda de manicomio había ido a parar? Además, lo de la tal Beatrice della Bicocca ¿no era competencia desleal?

Siete

—¡Salvo, ven!

Al final vio a Ingrid, que lo llamaba agitando un brazo. Se encaminó hacia ella.

—El *dottor* Montalbano. El señor de la casa, el barón Piscopo di San Militello.

El barón, un hombre alto y delgado, iba vestido exactamente igual que uno que Montalbano había visto en una película dirigiendo una cacería del zorro. Sólo que el actor llevaba una chaqueta roja mientras que la del barón era verde.

—Sea usted bienvenido, *dottore* —dijo, alargando la mano.

—Gracias —respondió Montalbano, estrechándosela.

—¿Se encuentra bien?

—Muy bien.

—Me alegro.

El barón lo miró sonriente y dio unas palmadas. El comisario se sintió confuso. ¿Qué tenía que hacer? ¿Dar palmadas también? A lo mejor era una costumbre de aquella gente en semejantes ocasiones, en señal de complacencia. Así que dio unas fuertes palmadas. El barón lo miró un tanto perplejo. Ingrid se echó a reír. En aquel momento, un camarero con librea le entregó al barón una trompa con el tubo enrollado sobre sí mismo. Por eso las palmadas: ¡llamaba al camarero! Mientras Montalbano se ruborizaba por su metedura de pata, el barón se llevó la trompa a los labios y sopló. Salió un sonido tan fuerte que semejaba la señal de una carga de caballería. La cabeza de Montalbano, cuya oreja se encontraba a diez centímetros de la trompa, quedó aturdida.

De repente se hizo el silencio. El barón le devolvió la trompa al camarero y tomó el micrófono que le tendía.

—*Ladies and gentlemen!* ¡Un momento de atención, por favor! ¡Les recuerdo que dentro de diez minutos la taquilla cerrará y ya no será posible apostar!

—Discúlpenos, barón —dijo Ingrid, tomando a Montalbano de la mano y llevándose lo.

—¿Adónde vamos?

—A apostar.

—Pero si ni siquiera sé quién corre.

—Las favoritas son dos, Benedetta di Santo Stefano y Rachele, aunque no corra con su caballo.

—¿Cómo es esa Benedetta?

—Una enana con bigote. ¿Te gustaría que te besara ella? No seas tonto; tú tienes que apostar por Rachele, como yo.

—¿Y Beatrice della Bicocca cómo es?

Ingrid se detuvo de golpe, sorprendida.

—¿La conoces?

—No; sólo quería saber...

—Es una guarra. A estas horas se estará tirando a algún mozo de cuadra. Lo hace siempre antes de una carrera.

—¿Por qué?

—Porque dice que después siente mejor el caballo. ¿Sabes que los pilotos de Fórmula Uno sienten con el trasero cómo va el coche? Pues Beatrice siente cómo va el caballo con el...

—Vale, vale, ya he comprendido.

Rellenaron los cheques encima de una mesita que encontraron libre.

—Tú espérame aquí —le dijo Ingrid.

—No, mujer; ya voy yo.

—Mira, hay cola y a mí me dejan pasar.

Sin saber qué hacer, Montalbano se acercó a una de las mesas del bufet. Todo lo que habían puesto de comer se lo habían zampado ya. Aristócratas sí, pero más hambrientos que una tribu de Burundi después de la sequía.

—¿Desea algo? —le preguntó un camarero.

—Sí, un JB solo.

—Ya no queda whisky, señor.

Le era absolutamente necesario beber algo para reanimarse.

—Un coñac.

—El coñac también se ha terminado.

—¿Tienen alguna bebida alcohólica?

—No, señor. Nos queda zumo de naranja y Coca-Cola.

—Un zumo de naranja —dijo, hundiéndose en la depresión ya antes de empezar a beber.

Ingrid llegó corriendo con dos recibos en la mano mientras el barón tocaba una segunda carga de caballería.

—Anda, ven, que el barón nos llama al hipódromo. —Y le entregó su recibo.

El hipódromo era pequeño y muy sencillo. Constaba de una gran pista circular rodeada por vallas bajas hechas con ramas de árbol.

Había también dos torretas de madera. Las casillas de salida, que eran seis y aún estaban vacías, se alineaban al fondo de la pista. Los invitados podían situarse de pie alrededor de la pista.

—Pongámonos aquí —propuso Ingrid—. Así estaremos cerca de la llegada.

Se apoyaron en la empalizada. A poca distancia había una franja blanca dibujada en el suelo que debía de ser la línea de meta, y a su lado, pero en la parte interior, una torreta, destinada tal vez a los jueces. En lo alto de la otra torreta apareció el barón Piscopo micrófono en mano.

—¡Atención, por favor! Los señores jueces de la competición, conde Emanuele della Tenaglia, coronel Rolando Romeres y marqués Severino di San Severino, ocupen sus puestos en la torreta.

Eso era un decir. A la plataforma elevada se accedía a través de una escalerita de madera más bien incómoda. Teniendo en cuenta que el más joven, el marqués, pesaba unos ciento veinte kilos, que el coronel era un octogenario con tembleque y que el conde tenía la pierna izquierda tesa, el cuarto de hora que tardaron en llegar arriba puede considerarse sin duda un récord.

—Una vez tardaron tres cuartos de hora en subir —dijo Ingrid.

—¿Son siempre los mismos?

—Sí. Por tradición.

—¡Atención, por favor! ¡Distinguidas amazonas, sitúense con sus monturas en las casillas que les han sido asignadas!

—¿Cómo las asignan? —preguntó Montalbano.

—Por sorteo.

—¿Cómo no está Lo Duca por aquí?

—Estará con Rachele. El caballo con el que ella corre es suyo.

—¿Sabes cuál es su casilla?

—La primera, la más cercana a la parte interior.

—¡No habría podido ser de otro modo! —comentó un tipo que había oído la conversación, pues se encontraba a la izquierda de Montalbano.

El comisario se volvió hacia él. Era un cincuentón sudoroso, con la cabeza tan pelada y reluciente que hasta dolía la vista de mirarla.

—¿Qué quiere decir?

—Lo que he dicho. ¡Con la supervisión de Guido Costa, tienen el valor de llamarlo sorteo! —exclamó el sudoroso, alejándose indignado.

—¿Tú lo has entendido, Ingrid?

—¡Pues sí! ¡Las consabidas malas lenguas! Puesto que se le ha confiado el sorteo a Guido, ese señor sostiene que se ha manipulado en favor de Rachele.

—O sea, que ese Guido debe de ser...

—Sí.

Así pues, en el ambiente se sabía que había una relación entre ellos.

—¿Cuántas vueltas dan?

—Cinco.

—¡Atención, por favor! A partir de este momento, el *starter* puede dar la señal de salida cuando lo considere oportuno.

No pasó ni un minuto antes de que se oyera un disparo de pistola.

—¡Listos!

Montalbano esperaba que el barón se pusiera a comentar la carrera, pero en cambio dejó el micrófono y agarró unos gemelos.

Al término de la primera vuelta, Rachele iba en tercera posición.

—¿Quiénes van en cabeza?

—Benedetta y Beatrice.

—¿Crees que Rachele lo conseguirá?

—A saber. Con un caballo que no conoce...

Después se oyeron unos gritos y hubo unas precipitadas carreras hacia el otro lado de la pista.

—Ha caído Beatrice —dijo Ingrid, y añadió con aire malévolo—: Quizá no la han puesto en condiciones de sentir el caballo.

—*Ladies and gentlemen*. Les comunico que la amazona Beatrice della Bicocca ha caído, pero sin ninguna consecuencia, afortunadamente.

A la segunda vuelta, Benedetta continuaba en cabeza, pero la seguía una amazona que el comisario no conocía.

—¿Quién es?

—Verónica del Bosco; no debería ser un peligro para Rachele.

—¿Cómo es posible que Rachele no haya aprovechado la caída?

—Vete tú a saber.

Al principio de la última vuelta, Rachele pasó a la segunda posición. A lo largo de unos cien metros entabló un intenso duelo cabeza con cabeza con Benedetta, auténticamente emocionante, mientras la gente parecía haberse vuelto loca de tanto como chillaba. El propio Montalbano se puso a gritar:

—¡Rachele! ¡Ánimo, Rachele!

Después, a unos treinta metros de la meta, el caballo de Benedetta pareció tener doce patas y Rachele perdió cualquier posibilidad.

—¡Lástima! —suspiró Ingrid—. Con *Súper* seguro que habría ganado. ¿Lo lamentas?

—Bueno, un poco.

—Sobre todo porque no recibirás el beso de Rachele, ¿verdad?

—¿Y ahora qué hacemos?

—Ahora el barón leerá los resultados.

—¿Qué resultados? Ya sabemos quién ha ganado.

—Son interesantes. Espera.

Montalbano encendió un cigarrillo. Tres o cuatro personas que había cerca se apartaron, mirándolo con reprobación.

—*Ladies and gentlemen!* —llamó el barón desde la torreta—. ¡Tengo el placer de anunciarles que la suma total de las apuestas asciende a seiscientos

mil euros! ¡Les estoy verdaderamente agradecido!

Teniendo en cuenta que allí había trescientas personas y que eran gente de alto linaje, de negocios o rentistas, no se podía decir precisamente que se hubieran rascado el bolsillo.

—¡La amazona que ha reunido el número más elevado de apuestas ha sido la señora Rachele Esterman!

Hubo aplausos. Rachele había perdido la carrera, pero era la que había reportado los máximos ingresos.

—Ruego a los señores invitados que no permanezcan en el prado, donde hay que instalar las mesas para la cena, sino que pasen a los salones de la villa.

Cuando Montalbano e Ingrid dieron la espalda a la pista, lo último que vieron fue a dos camareros que, tras haber asegurado con cuerdas al coronel Romeres, lo estaban bajando desde la torreta.

—Voy a cambiarme —dijo Ingrid, alejándose a toda prisa—. Nos vemos dentro de una hora en el salón de los antepasados.

Montalbano se dirigió al salón, encontró un sillón misteriosamente libre y se sentó. Tenía que dejar transcurrir una hora sin pensar en lo que había advertido mientras contemplaba la carrera y que lo había puesto muy nervioso. Había reparado en que veía poco; inútil negarlo. Cada vez que los caballos recorrían la mitad de la pista opuesta a donde él estaba, no distinguía el color de la casaca de las amazonas. Todo se mezclaba, los perfiles se perdían. De no haber sido por Ingrid, ni siquiera se habría enterado de que quien había caído era Beatrice della Bicocca.

«¿Y qué? ¿Te extraña? —preguntó Montalbano primero—. Es la vejez. ¡Mimì Augello tenía razón!».

«Pero ¿qué chorradas estás diciendo? —se rebeló Montalbano segundo—. Mimì Augello dice que estiraba los brazos para leer. Eso es la presbicia típica de los años. ¡Mientras que aquí estamos hablando de miopía, que no tiene nada que ver con la edad!».

«Pues entonces, ¿con qué tiene que ver?».

«Mira, podría ser cansancio, una bajada momentánea...».

«De todos modos, ir a que te echaran un vistazo no estaría tan...».

La discusión fue interrumpida por alguien que se situó delante del sillón.

—¡Comisario Montalbano! Rachele me había dicho que estaba usted aquí, pero no conseguía encontrarlo.

Era Lo Duca. Cincuentón, alto, extremadamente distinguido, muy bronceado a base de sol artificial, sonrisa deslumbrante al máximo, cabello entrecano muy repeinado. Con él era necesario utilizar superlativos por fuerza. Montalbano se levantó y se estrecharon la mano.

—¿Por qué no vamos fuera? —propuso Lo Duca—. Aquí dentro no se puede ni respirar.

—Pero es que el barón ha dicho...

—No haga caso al barón; venga conmigo.

Volvieron a recorrer los salones de las armaduras y salieron por una de las cristaleras, pero, en lugar de enfilear el amplio paseo, Lo Duca giró a la izquierda. Allí había un jardín muy bien cuidado, con tres cenadores. Dos estaban ocupados, pero el tercero estaba desierto. Empezaba a oscurecer, y uno de los cenadores tenía la luz encendida.

—¿Quiere que ponga la luz? —preguntó Lo Duca—. Pero, créame, es mejor que no. Los mosquitos se nos comerían vivos. Cosa que, por otra parte, ocurrirá durante la cena.

Había dos cómodos sillones de mimbre además de una mesita con un recipiente de esencias aromáticas y un cenicero. Lo Duca sacó un paquete de tabaco y se lo ofreció al comisario.

—Gracias, prefiero el mío.

Cada uno se encendió un cigarrillo.

—Disculpe que vaya directo al grano —dijo Lo Duca—. Quizá ahora no le apetezca hablar de cuestiones de trabajo, pero...

—No tenga reparo.

—Gracias. Rachele me ha dicho que fue a la comisaría para denunciar el robo de su caballo, pero que no lo hizo al decirle usted que lo habían matado.

—Ajá.

—Quizá Rachele se trastornó un poco cuando usted le comunicó que lo habían eliminado con especial brutalidad; la verdad es que al contármelo no estaba en condiciones de ser más concreta...

—Ajá.

—Pero ¿usted cómo lo supo?

—Por pura casualidad. El caballo fue a morir precisamente bajo las ventanas de mi casa.

—¿Y es cierto que después desapareció el cadáver?

—Ajá.

—¿Tiene alguna idea del porqué?

—No. ¿Y usted?

—Tal vez sí.

—Dígamela, si quiere.

—Pues claro. Cuando se encuentre el cuerpo de *Rudy*, mi caballo, en caso de que se encuentre, probablemente se verá que lo mataron como al otro. Se trata de una venganza, comisario.

—¿Ha contado esa hipótesis suya a mis compañeros de Montelusa?

—No. De la misma manera, por lo que me consta, que usted tampoco les ha dicho todavía que encontró muerto el caballo de Rachele.

Una buena estocada, sin lugar a dudas. Lo Duca era un experto espadachín. Era evidente que convenía andarse con mucho cuidado.

—¿Ha dicho venganza?

—Sí.

—¿Podría hablar más claro?

—Sí. Hace tres años mantuve una acalorada discusión con uno de los que cuidan mis caballos, y en un arrebato de furia le golpeé la cabeza con una barra de hierro. No creía haberle causado mucho daño, pero quedó inválido. Como es natural, no sólo me hice cargo de todos los gastos del tratamiento sino que le paso una suma mensual equivalente a la paga que cobraba.

—Pero, si esa es la situación, ¿por qué ese hombre tendría que haber...?

—Mire, desde hace tres meses su mujer no tiene noticias suyas. Estaba trastornado. Un día salió profiriendo amenazas contra mí y a partir de entonces ya no volvieron a verlo. Corren rumores de que ha establecido contacto con el ambiente del hampa.

—¿Mafiosos?

—No, gente del hampa. Delincuentes comunes.

—Pero ¿por qué ese hombre no se limitó a robar y matar su caballo sino que, además, se llevó también el de la señora Esterman?

—No creo que, en el momento de robarlo, supiera que no era mío. Debí de averiguarlo poco después.

—¿Ni siquiera de eso ha hablado con los compañeros de Montelusa?

—No. Y no creo que lo haga.

—¿Por qué?

—Porque considero que sería como atacar a un desgraciado de cuya enfermedad mental soy responsable.

—¿Y por qué me lo cuenta a mí?

—Porque me han dicho que usted, cuando quiere comprender, comprende.

—Puesto que comprendo, ¿puede decirme el nombre de esa persona?

—Gerlando Gurreri. ¿Tengo su palabra de que no le dirá a nadie ese nombre?

—Puede estar tranquilo. Sin embargo, me ha explicado el móvil, pero no me ha dicho por qué han hecho desaparecer el cadáver del animal.

—Yo creo que Gurreri, tal como ya le he dicho, robó los dos caballos creyendo que ambos eran míos. Pero alguno de sus cómplices debió de revelarles que uno era de Rachele. Y entonces lo mataron e hicieron desaparecer el cadáver para dejarme en la duda.

—No entiendo.

—Comisario, ¿usted tiene la certeza de que el caballo que vio en la playa era el de Rachele y no el mío? Eliminando los restos, imposibilitan la identificación. Y así, dejándome a mí en la incertidumbre, me amargan más la pena. Porque yo le tenía mucho cariño a *Rudy*.

El razonamiento era impecable.

—Acláreme una curiosidad, señor Lo Duca. ¿Quién advirtió del robo a la señora?

—Creía haber sido yo. Pero, por lo visto, alguien se me adelantó.

—¿Quién?

—Bueno, a lo mejor uno de los cuidadores de los caballos. Por otra parte, Rachele le había dejado al vigilante los números en que podía ponerse en contacto con ella. El vigilante tenía la hoja con los números colgada detrás de la puerta de su casa. Pero ¿eso tiene importancia?

—Sí, mucha.

—Explíquese mejor.

—Verá, señor Lo Duca, si nadie de su cuadra llamó a la señora Esterman, eso significa que quien lo hizo fue Gerlando Gurreri.

—¿Y por qué habría de hacerlo?

—Tal vez porque pensaba que usted, hasta el último momento, intentaría no informar a la señora Esterman del robo del caballo, en la esperanza de poder recuperarlo cuanto antes, quizá mediante el pago de un elevado rescate.

—En otras palabras, ¿para obligarme a hacer el ridículo y dejarme en evidencia delante de todo el mundo?

—Puede ser una hipótesis, ¿no le parece? Pero si usted me dice que Gurreri, con lo desquiciado que está, no se encuentra en condiciones de pensar con tanta sutileza, entonces mi hipótesis se viene abajo.

Lo Duca lo pensó un poco.

—Bueno —dijo al cabo—. Es posible que quien orquestó la historia de la llamada no fuera Gurreri sino alguno de los delincuentes con los que está asociado.

—Eso también es probable.

—Salvo, ¿dónde estás?

Era Ingrid, que andaba buscándolo.

Ocho

Saverio Lo Duca se levantó. Montalbano también.

—Lamento haberlo importunado tanto rato, comisario, pero comprenderá que no quería perder la valiosa ocasión que se me presentaba.

—Salvo, ¿dónde estás? —repitió Ingrid.

—¡Faltaría más! Al contrario, soy yo quien debo agradecerle sinceramente lo que ha tenido a bien decirme con tanta amabilidad.

Lo Duca insinuó una reverencia. Montalbano también. Ni siquiera en el siglo XIX entre el vizconde de Castelfrombone, de quien Godofredo de Bouillon había sido antepasado, y el duque de Lomanto, de cuartetística memoria, habría podido esperarse un diálogo tan refinado y distinguido.

Doblaron la esquina. Ingrid, vestida con elegancia exquisita, estaba delante de una cristalera mirando alrededor.

—¡Estoy aquí! —la llamó el comisario, levantando un brazo.

—Disculpe que lo deje, pero he de reunirme con... —se despidió Lo Duca, apurando el paso sin decir con quién tenía que reunirse.

En aquel momento se oyó un potente gong. A lo mejor le habían colocado delante un micrófono, pero el caso es que, al principio, sonó como el principio de un terremoto. Y fue un terremoto, efectivamente.

Desde el interior de la mansión retumbó un desordenado y orgiástico coro:

—¡Han tocado! ¡Han tocado!

Y después, todo lo que ocurrió a continuación fue justo como un alud o el desbordamiento de un río. Amontonándose, empujándose, tropezando y golpeándose unos y otros, desde las tres vidrieras se arrojaron a la alameda los componentes de una avalancha de hombres y mujeres vociferantes. Ingrid

desapareció al instante; atrapada en medio, fue irresistiblemente empujada hacia delante. Se volvió hacia el comisario, abrió la boca y dijo algo, pero sus palabras fueron ininteligibles. Parecía el final de una película trágica. Aturdido, Montalbano tuvo la impresión de que en la villa se había declarado un pavoroso incendio; sin embargo, el jovial rostro de los que corrían desesperadamente le indicó que se estaba equivocando. Se apartó para que no lo arrollaran y esperó a que pasara aquella tromba. El gong había anunciado que la cena estaba a punto. Pero ¿cómo era posible que aquellos aristócratas, aquellos empresarios, aquellos hombres de negocios estuvieran siempre hambrientos? Ya se habían zampado dos bufetes de entremeses y parecía que llevaran una semana sin comer.

Cuando la oleada se agotó en un último riachuelo de tres o cuatro rezagados que corrían como especialistas de los cien metros libres, Montalbano se atrevió a volver a poner los pies en la alameda. ¡Y ahora a saber por dónde andaría Ingrid! ¿Y si, en lugar de ir a comer, le pidiera al presidiario las llaves del coche, se metiera en el mismo y se tirara unas dos horas durmiendo? Le pareció una idea genial.

—¡Comisario Montalbano! —oyó que lo llamaba una voz de mujer.

Se giró hacia el salón, del cual acababa de salir Rachele Esterman. A su lado se encontraba un cincuentón vestido de gris oscuro, tan alto como ella, medio calvo y con una perfecta cara de chivato.

Con cara de chivato el comisario se refería a una cara absolutamente anónima, una de esas que, aunque te hayas pasado un día entero viéndola, a la mañana siguiente ya no la recuerdas. Las caras a lo James Bond no son caras de espía porque, en cuanto las ves, ya no las olvidas, lo cual implica el grave riesgo de ser reconocido por los adversarios.

—Guido Costa. El comisario Montalbano.

Este tuvo que hacer un considerable esfuerzo para no seguir mirando a Rachele y volver los ojos hacia Costa. Nada más verla, se había quedado hechizado. Iba vestida con una especie de saco negro que le llegaba hasta las rodillas, sostenido por unos tirantes muy finos. Sus piernas eran más largas y bonitas que las de Ingrid. Cabello suelto sobre los hombros, gargantilla de piedras preciosas al cuello. En la mano llevaba una especie de mantón.

—¿Vamos? —preguntó Guido Costa.

Tenía voz de actor de doblaje de películas porno, una de esas voces cálidas y profundas que se utilizan en tales películas para susurrar guarradas al oído de las mujeres. A lo mejor, el insignificante Guido poseía cualidades secretas.

—No sé si encontraremos sitio —dijo Montalbano.

—No se preocupe —contestó Rachele—; tengo una mesa reservada para cuatro. Pero lo que sí será una hazaña será localizar a Ingrid.

No fue una hazaña. Ingrid los esperaba de pie junto a la mesa reservada.

—¡He visto a Giogió! —exclamó alegremente.

—¡Ah, Giogió! —repuso Rachele con una sonrisita.

Montalbano interceptó una mirada de complicidad entre ambas mujeres y lo comprendió todo. Giogió debía de ser un antiguo amor de Ingrid. Y quien dijese que la sopa recalentada no era buena quizá se equivocara en aquel caso concreto. Temió que a Ingrid se le ocurriera pasar la noche con el recuperado Giogió y él tuviera que dormir en el coche hasta la mañana siguiente.

—¿Te molesta que vaya a la mesa de Giogió? —le preguntó Ingrid al comisario.

—Ni mucho menos.

—Eres un ángel. —Se inclinó y lo besó en la frente.

—Pero...

—Tranquilo. Vengo a buscarte cuando termine la cena y volvemos a Vigàta.

Se acercó el jefe de sala, que había presenciado la escena, para retirar los cubiertos de Ingrid.

—¿Aquí le parece bien, señora Esterman?

—Sí, Matteo, gracias —contestó Rachele, y mientras el jefe de sala se alejaba, le explicó a Montalbano—: Le dije a Matteo que nos reservara una mesa lejos de la zona iluminada. Es un poco incómodo para comer, pero en compensación nos ahorraremos en parte los mosquitos.

En el prado había decenas y decenas de mesas de cuatro a diez plazas, más que perfectamente iluminadas por la cruda luz de unos cuantos reflectores que habían colocado en lo alto de cuatro torres de hierro. Seguramente enjambres de millones de mosquitos procedentes de Fiacca y

demás pueblos limítrofes estaban convergiendo alegremente hacia aquella gigantesca luminaria.

—Guido, por favor, he olvidado los cigarrillos en mi habitación.

Sin una palabra, Guido se levantó y se encaminó hacia la casa.

—Ingrid me ha dicho que ha apostado usted por mí. Gracias. Le debo un beso.

—Ha hecho una espléndida carrera.

—Con el pobre *Súper* seguro que habría ganado. Por cierto, se me ha escapado Scisci... quiero decir Lo Duca, perdone; quería presentárselo.

—Nos hemos conocido y hasta hemos hablado.

—Ah, ¿sí? ¿Le ha comentado su hipótesis acerca del robo de los caballos y por qué mataron al mío?

—¿La hipótesis de la venganza?

—Sí. ¿La considera convincente?

—¿Por qué no?

—Verá, Scisci se ha portado como un verdadero caballero. Quería compensarme a toda costa por la pérdida de *Súper*.

—¿Y usted lo ha rechazado?

—Por supuesto. ¿Qué culpa tiene él? Indirectamente, quizá... Pero el pobre está tan afectado... También porque yo le he tomado un poco el pelo.

—¿Qué le ha dicho?

—Bueno, es que él presume de ser un hombre muy respetado en Sicilia y va diciendo por ahí que nadie se atrevería jamás a hacerle nada, y en cambio...

En esas se presentó un camarero con tres platos, los repartió y se retiró.

Era una sopita amarillenta con unas tiras verdosas cuyo aroma oscilaba entre la cerveza pasada y la trementina.

—¿Esperamos a Guido? —preguntó Montalbano. No por educación, sino simplemente para hacer acopio del valor necesario para introducirse en la boca la primera cucharada.

—Qué va. Se enfría.

Montalbano llenó la cuchara, se la acercó a los labios, cerró los ojos y tragó. Esperaba que, por lo menos, tuviera aquel sabor sin sabor de las sopitas del «almuerzo del pobre», pero era peor. Quemaba la garganta. A lo mejor la

habían sazonado con ácido muriático. Cuando iba por la segunda cucharada y ya estaba medio asfixiado, abrió los ojos y vio que, en un santiamén, Rachele se la había terminado toda, pues tenía el plato vacío.

—Si no le apetece, démela a mí —dijo ella.

Pero ¿cómo era posible que le gustara aquella mierda? Le pasó el plato.

Ella lo tomó, se inclinó un poco, lo vació sobre la hierba del prado y se lo devolvió.

—Esta es la ventaja de una mesa poco iluminada.

Regresó Guido con los cigarrillos.

—Gracias. Tómate la sopa, querido, que se te va a enfriar. Está riquísima. ¿Verdad, comisario?

Seguro que aquella mujer tenía una faceta sádica. Obedeciendo, Guido Costa sorbió en silencio toda la sopa.

—¿Verdad que estaba buena, querido? —preguntó Rachele. Y por debajo de la mesa, rozó dos veces la rodilla con la de Montalbano en señal de entendimiento.

—No estaba mal —contestó el pobrecillo, con una voz repentinamente semejante a un rebuzno. El ácido muriático debía de haberle quemado las cuerdas vocales.

Después, por espacio de un instante, pareció que una nube hubiera pasado por delante de los reflectores.

El comisario levantó los ojos; era una nube, en efecto, pero de mosquitos. Al cabo de un minuto, en medio de las voces y las carcajadas, empezó a oírse sonido de bofetadas. Hombres y mujeres se autoabofeteaban y se daban manotazos en el cuello, la frente y las orejas.

—Pero ¿adónde habrá ido a parar mi chal? —se preguntó Rachele, mirando bajo la mesa.

Montalbano y Guido también se agacharon para buscar. No lo vieron.

—Se me habrá caído mientras veníamos hacia aquí. Voy a buscar otro, que no quiero que me coman los mosquitos.

—Ya voy yo —se ofreció Guido.

—Eres un santo. ¿Sabes dónde está? Dentro de la maleta grande. O en un cajón del armario.

O sea, que se acostaban juntos; había demasiada intimidad entre ellos. Pero entonces, ¿por qué lo trataba de aquella manera? ¿Le gustaba tenerlo como esclavo?

En cuanto Guido se retiró, Rachele dijo:

—Disculpe.

Se levantó. Y Montalbano se quedó estupefacto. Porque ella recogió con toda tranquilidad el chal —sobre el que había permanecido sentada—, se lo puso sobre los hombros, miró al comisario con una sonrisa y le dijo:

—No me apetece seguir comiendo estas porquerías.

Dio apenas dos pasos y desapareció en medio de la espesa negrura que había justo detrás de la mesa. Montalbano no supo qué hacer. ¿Seguirla? Pero ella no le había dicho que la acompañara. Después, en medio de la oscuridad, vio la luz de un mechero.

Rachele había encendido un cigarrillo y estaba fumando a pocos metros de distancia. A lo mejor le había entrado un arrebató de mal humor y quería estar sola.

Apareció el camarero con los tres platos de rigor. Esta vez había salmonete frito. A la nariz del aterrorizado comisario llegó el inconfundible tufo del pescado difunto de una semana.

—Salvo, venga aquí.

Más que obedecer a la llamada de Rachele, fue una auténtica huida del salmonete. Mejor cualquier cosa antes que comérselo.

Se acercó guiado por el puntito rojo del cigarrillo.

—Quédese conmigo —pidió ella.

A Montalbano le gustó contemplar sus labios, que aparecían y desaparecían a cada calada.

Al terminar, Rachele tiró la colilla al suelo y la aplastó con el zapato.

—Vamos.

Él dio media vuelta para regresar a la mesa, pero Rachele se echó a reír.

—¿Adónde va? Quiero despedirme de *Rayo de luna*, el caballo que he montado hoy. Vendrán a recogerlo mañana a primera hora.

—Perdone. Pero ¿y Guido?

—Esperará. ¿Qué han servido de segundo?

—Unos salmonetes pescados hace por lo menos ocho días.

—Guido no tendrá el valor de dejarse el suyo. —Lo tomó de la mano—. Venga. Usted no está familiarizado con este sitio. Yo lo guío.

La mano de Montalbano se sintió consolada en aquel nido tan cálido.

—¿Dónde están los caballos?

—A la izquierda del recinto de las carreras.

Se encontraban en una especie de bosque, en la más profunda oscuridad; Montalbano no conseguía orientarse y eso lo incomodaba. Corría el riesgo de partirse los cuernos contra un árbol. Pero la situación mejoró enseguida porque Rachele desplazó la mano de Montalbano a su cadera y apoyó en ella la suya, de tal manera que siguieron caminando abrazados.

—¿Así está mejor?

—Sí.

Pues claro que estaba mejor. Ahora la mano de Montalbano se sentía doblemente consolada: por el calor del cuerpo femenino y por el calor de la mano que ella mantenía apoyada sobre la suya. De repente el bosquecillo terminó y el comisario vio un amplio claro cubierto de hierba, al fondo del cual temblaba una mortecina luz.

—¿Ve aquella luz? Los establos están allí.

Ahora que ya veía mejor, Montalbano hizo ademán de retirar la mano, pero ella fue más rápida y se la estrechó con renovada fuerza.

—Quédese así. ¿Le molesta?

—N... no.

La oyó reír con sorna. Él caminaba con la cabeza gacha, mirando al suelo, pues temía pisar en falso o chocar contra algo.

—No entiendo por qué el barón ha mandado colocar esta verja que no tiene ningún sentido. Vengo aquí desde hace años y siempre está igual —dijo en determinado momento Rachele.

Montalbano levantó los ojos. Vislumbró una verja de hierro forjado abierta. A su alrededor no había nada, ni un murete ni una empalizada. Era una verja perfectamente inútil.

—No consigo comprender para qué sirve —repitió Rachele.

Sin saber la razón, al comisario lo invadió un súbito malestar. Como cuando uno se encuentra en un lugar por primera vez y, no obstante, experimenta la sensación de haber estado allí con anterioridad.

Cuando llegaron delante de los establos, Rachele le soltó la mano, librándose del abrazo. En un box asomó la cabeza de un caballo que, a su manera, había percibido la presencia de la mujer. Rachele le acercó la boca a la oreja, apoyándole un brazo en el cuello, y empezó a susurrarle. Después le acarició largo rato la testuz, se apartó, se volvió hacia Montalbano, fue hasta él, lo abrazó y lo besó, pegando lentamente todo el cuerpo al del comisario. A este le pareció que la temperatura ambiente había subido de golpe unos veinte grados. Ella se separó.

—Pero este no es el beso que le habría dado de haber sido la ganadora.

Montalbano no contestó, todavía aturdido. Ella volvió a tomarlo de la mano y tiró de él.

—Y ahora, ¿adónde vamos?

—Quiero dar de comer a *Rayo de luna*.

Se detuvo delante de un henil muy pequeño cuya puerta estaba cerrada, pero bastó con tirar de ella para que se abriera. El olor del heno era tan intenso que resultaba asfixiante. Rachele entró y el comisario la siguió. En cuanto él estuvo dentro, ella cerró la puerta.

—¿Dónde está la luz?

—No te preocupes.

—Pero es que así no se ve nada.

—Veo yo.

Y se la encontró desnuda entre los brazos. Se había quitado la ropa en un santiamén.

El perfume de su piel lo mareó. Colgada del cuello de Montalbano, con la boca pegada a la suya, se dejó caer hacia atrás, arrastrándolo consigo sobre el heno. Montalbano estaba tan aturdido que parecía un maniquí.

—Abrázame —le ordenó una voz que se había vuelto distinta.

Él obedeció. Y al poco rato ella se dio la vuelta, colocándose boca abajo.

—*Móntame —decía la desangelada voz.*

Él se volvía para mirarla.

Ya no era una mujer, sino casi un caballo. Se había puesto a cuatro patas...

¡El sueño!

¡Esa era la causa de su malestar! La verja absurda, la mujer-yegua... Se quedó inmovilizado un instante y la soltó...

—¿Qué te pasa? ¡Abrazame! —repitió Rachele.

—*Anda, móntame* —repitió la mujer.

Él lo hizo y ella se lanzó al galope a la velocidad del rayo...

Al cabo la oyó moverse y levantarse, y de pronto una luz amarillenta iluminó la escena. Rachele se hallaba desnuda junto a la puerta, al lado del interruptor, mirándolo. De pronto se puso a reír a su manera, echando la cabeza hacia atrás.

—¿Qué pasa?

—Estás gracioso. Me inspiras ternura.

Se le acercó, se arrodilló y lo abrazó. Montalbano empezó a vestirse a toda prisa.

Pero perdieron diez minutos en quitarse recíprocamente las hebras de paja que se les habían metido en todos los lugares donde podían meterse.

Desanduvieron el camino sin hablar, un poco separados el uno del otro.

No tenían absolutamente nada que decirse.

Tal como ya había previsto, Montalbano acabó chocando contra un árbol. Pero esta vez Rachele no acudió en su ayuda tomándolo de la mano. Se limitó a preguntar:

—¿Te has hecho daño?

—No.

Luego, cuando todavía se encontraban en la zona oscura de la explanada donde estaban las mesas, Rachele lo abrazó de repente y le dijo al oído:

—Me has gustado mucho.

En su fuero interno, Montalbano experimentó una especie de vergüenza. E incluso se sintió un poco ofendido.

«¡Me has gustado mucho!». ¿Qué coño de frase era esa? ¿Qué significaba? ¿Que la señora se mostraba satisfecha del servicio? ¿Que le había gustado el producto? ¡La *cassata* Montalbano le permitirá saborear el

paraíso! ¡El helado Montalbano no tiene igual! ¡El *cannolo* Montalbano le encantará! ¡Pruébalo!

Se enfureció. Porque si a Rachele la cosa le había gustado, a él se le había atragantado. ¿Qué había habido entre ellos? Una pura y simple cópula. Como la de dos caballos en un henil. Y él, en determinado momento, no había podido, o sabido, detenerse. ¡Cuán cierto era que bastaba con que uno resbalara una vez para que después resbalara siempre!

¿Por qué lo había hecho?

La pregunta era inútil, pues conocía muy bien la respuesta: el temor, ahora siempre presente aunque no fuera evidente, al paso de los años que huían. El haber estado con aquella chica veinteañera cuyo nombre ni siquiera quería recordar, y ahora con Rachele, sólo eran intentos ridículos, miserables y miserandos de detener el tiempo. Detenerlo por lo menos durante los pocos segundos en que únicamente el cuerpo estaba vivo mientras la cabeza, en cambio, se perdía en una gran nada atemporal.

Cuando llegaron a su mesa, la cena había terminado. Los camareros ya habían quitado algunas mesas. Se respiraba cierta dejadez y algunos reflectores estaban apagados. Quedaban unas cuantas personas que todavía tenían ganas de dejarse comer por los mosquitos.

Ingrid los esperaba sentada en el sitio de Guido.

—Guido ha regresado a Fiacca —informó a Rachele—. Parecía un poco molesto. Ha dicho que te llamará más tarde.

—Muy bien —repuso ella con indiferencia.

—¿Dónde estabais?

—Salvo me ha acompañado a despedirme de *Rayo de luna*.

Al oír aquel «Salvo», Ingrid esbozó una especie de sonrisita.

—Me fumo este cigarrillo y me voy a dormir —anunció Rachele.

Montalbano también encendió uno. Fumaron en silencio. Después Rachele se levantó y besó a Ingrid.

—Iré a Montelusa a última hora de la mañana.

—Cuando quieras.

Después abrazó a Montalbano y posó suavemente los labios sobre los suyos.

—Mañana te llamo.

En cuanto Rachele se alejó, Ingrid se inclinó, alargó un brazo y empezó a tantear el cabello de Montalbano.

—Estás lleno de briznas de paja.

—¿Nos vamos?

—Vamos.

Nueve

Se levantaron. En los salones quedaban como mucho unas diez personas.

Había alguien tumbado de cualquier manera, desmadejado sobre unos sillones, medio dormido. Dado que no era muy tarde, estaba claro que la sopita y los jodidos salmonetes habían ejercido cierto efecto a medio camino entre el envenenamiento y la pesadez gástrica. El patio casi se había vaciado de coches.

Recorrieron trescientos metros hasta el coche de Ingrid, ya solitario, aparcado bajo un almendro, pero el presidiario no estaba por los alrededores. Sin embargo, había dejado las llaves en la puerta.

Puesto que era de noche y había poco tráfico, Ingrid se sintió autorizada a circular a un promedio de ciento cincuenta kilómetros por hora. Y no sólo eso sino que, en una curva, adelantó un camión mientras en dirección contraria se acercaba disparado otro coche. En aquel instante Montalbano leyó su propia esquela en el periódico. Pero esa vez no quiso darle a Ingrid la satisfacción de pedirle que no corriera tanto.

Su amiga no hablaba, conducía con atención, con la punta de la lengua asomando entre los labios, pero se veía que su humor no era el de siempre. Sólo abrió la boca cuando tuvieron a la vista Marinella.

—¿Rachele ha conseguido lo que quería? —soltó bruscamente.

—Gracias a tu ayuda.

—¿Qué quieres decir?

—Que tú y Rachele os habéis puesto de acuerdo, quizá cuando os estabais cambiando para la cena. Ella te habrá dicho que le gustaría, ¿cómo decirlo?, probarme. Y tú has allanado el terreno, echando mano de un Giogió que jamás ha existido. ¿Es cierto o no?

—Sí, sí, lo es.

—Pues entonces, ¿qué te ocurre?

—Me ha dado un ataque de celos tardíos, ¿vale?

—No, no vale. Es ilógico.

—La lógica te la dejo toda para ti. Yo razono de otra manera.

—¿O sea?

—Salvo, el caso es que tú conmigo te haces el santo, y con las otras...

—¡Pero si eres tú quien me ha publicitado ante Rachele, estoy seguro!

—¿Publicitado?!

—¡Sí, señor! Ya sabes, ¡la *cassata* Montalbano es la mejor que hay!
¡Probar para creer!

—Pero ¿qué demonios dices?

Habían llegado. Montalbano bajó del coche sin despedirse. Ingrid también bajó y se puso delante de él.

—¿La tienes tomada conmigo?

—¡Contigo, conmigo, con Rachele y con el universo entero!

—Mira, Salvo, hablemos claro. Es cierto que Rachele me preguntó si podía intentarlo y yo le despejé el terreno. Pero no es menos cierto que, cuando os quedasteis solos, no te habrá apuntado con un revólver para obligarte a hacer lo que quería. Te lo habrá ofrecido de alguna manera y tú accediste. Podrías haber dicho que no y la cosa no habría pasado de ahí. No puedes tomarla conmigo ni con Rachele sino sólo contigo mismo.

—De acuerdo, pero...

—Déjame terminar. He entendido lo que quieres decir con tu *cassata*. ¿Querías sentimiento? ¿Querías una declaración de amor? ¿Querías que Rachele te susurrara apasionadamente: «Te amo, Salvo. Eres la única persona del mundo a la que amo»? ¿Querías la coartada de los sentimientos para echar un polvo y sentirte menos culpable? Rachele te propuso honradamente hacer un, espera, ¿cómo diría?... ah, sí, un trueque. Y tú has aceptado.

—Sí, pero...

—¿Y quieres saber otra cosa? La verdad, me has decepcionado un poco.

—¿Por qué?

—Pensaba que seguramente podrías manejar a Rachele. Y ahora ya basta. Perdóname el desahogo y buenas noches.

—Perdóname tú a mí.

Esperó a que Ingrid se alejara, levantó un brazo para despedirse, dio media vuelta, abrió la puerta, encendió la luz, entró y se quedó petrificado.

Los ladrones le habían dejado la casa patas arriba.

Tras pasarse media hora tratando de devolver cada cosa a su sitio, se desanimó. Sin la ayuda de Adelina, jamás lo conseguiría; mejor dejarlo todo tal como estaba. Ya era casi la una, pero se le había pasado el sueño. Los ladrones habían forzado la vidriera de la galería, y de hecho ni siquiera les había costado demasiado, porque él no la había cerrado con llave antes de irse con Ingrid. Había bastado un empujón con el hombro para abrirla.

Entró en el cuartito donde la asistenta guardaba todo lo necesario para la casa, y descubrió que los ladrones habían buscado cuidadosamente incluso allí. El armario de las herramientas estaba abierto, su contenido desperdigado por el suelo. Al final encontró el martillo, el destornillador y tres o cuatro tornillos. Pero en cuanto intentó arreglar la cerradura de la cristalera, se dio cuenta de que, en realidad, necesitaba gafas.

¿Cómo era posible que no hubiese advertido que estaba cegato? Su humor, ya ensombrecido a causa de Rachele y lo que había encontrado en casa, se tornó todavía más negro, tanto como la tinta. De pronto, recordó que en el cajón de la mesita de noche había unas gafas de su padre que le habían enviado junto con el reloj.

Se dirigió al dormitorio y abrió el cajón. El sobre con el dinero seguía en su sitio y también el estuche de las gafas. Pero encontró algo que no se esperaba en absoluto: le habían devuelto el reloj.

Se puso las gafas y enseguida vio mejor. Regresó al comedor y empezó a reparar la cerradura.

Los ladrones, aunque por supuesto no era justo llamarlos así, no habían robado nada. Al contrario, habían restituido lo que se habían llevado en su primera visita. Y eso era una clara señal o, mejor dicho, una evidencia: «Querido Montalbano: no hemos entrado para robar, sino para buscar una cosa».

¿La habrían encontrado después de aquel meticuloso registro que ni los de la policía? ¿Y qué podía ser? ¿Una carta? Pero si en casa no tenía ninguna

correspondencia que pudiera interesar a nadie. ¿Un documento? ¿Algún escrito relacionado con una investigación? Pero raras veces se llevaba trabajo a casa, y cuando se daba el caso, al día siguiente lo devolvía a la comisaría.

Sea como fuere, la conclusión del asunto era que, si no lo habían encontrado, seguramente regresarían para otra visita más devastadora que la primera.

Le pareció que el arreglo de la cristalera había quedado bien. Abrió dos veces para probar y la cerradura funcionó.

«Pues mira, cuando te jubiles podrías dedicarte a trabajitos domésticos de este tipo», dijo Montalbano primero.

Fingió no haberlo oído. El aire nocturno llevaba consigo el aroma del mar y, por consiguiente, le despertó el apetito. A mediodía apenas había comido nada, y por la noche, sólo dos cucharadas de aquella sopita al ácido muriático. Abrió el frigorífico: aceitunas, uvas pasas, queso, anchoas. El pan estaba un poco duro, pero todavía comestible. El vino no faltaba. Se preparó un buen plato con todo lo que había y se lo llevó a la galería. Los ladrones — vamos a seguir llamándolos así provisionalmente— habían tenido que dedicar mucho tiempo a registrar la casa de aquella manera. ¿Sabían que él no estaba en el pueblo y que sólo regresaría muy entrada la noche? Si lo sabían, significaba que alguien los había avisado. ¿Y quién sabía que se iba a Fiacca? Sólo Ingrid y Rachele.

«Un momento, Montalbà, no corras tanto, porque corriendo y corriendo podrías caer en un precipicio de chorradas». La explicación más sencilla era que lo estaban vigilando. Y en cuanto habían visto que salía, habían forzado la vidriera en pleno día. Por otra parte, ¿quién podía estar en la playa a aquella hora? Habían entrado, habían entornado la cristalera y habían tenido toda la tarde para trabajar a sus anchas.

¿Acaso no habían hecho lo mismo la primera vez? Esperaron a que él saliera a comprar whisky para entrar. Sí, lo controlaban, lo vigilaban.

De hecho, tal vez en ese mismo instante, mientras se comía el pan con aceitunas, estuvieran mirándolo. Bueno, ¡menuda lata!

Experimentó un agudo malestar al pensar que todos sus movimientos estaban bajo el control de desconocidos. Deseó que hubieran encontrado lo que buscaban para que dejaran de tocarle los cojones.

Cuando terminó de comer, llevó a la cocina el plato, el vaso y la botella, cerró con llave la cristalera, felicitándose por el buen trabajo que había hecho, y fue a ducharse. Mientras se lavaba, algunas briznas de paja le cayeron de la cabeza, flotaron junto a los pies, y a continuación fueron engullidas por el pequeño remolino del desagüe.

Lo despertaron los gritos de Adelina, que entró muy asustada en el dormitorio.

—¡Oh, Madre de Dios! ¡Oh, Virgen santa! ¿Qué ha pasado aquí?

—Ladrones, Adeli.

—¿Ladrones en casa de usía?

—Eso parece.

—¿Y qué robaron?

—Nada. Es más, hazme un favor. Mientras vuelves a colocarlo todo en su sitio, comprueba si falta algo.

—Muy bien. ¿Le apetece café?

—Pues claro.

Se lo bebió tumbado en la cama. Y, sin incorporarse, se fumó el primer cigarrillo.

Después se dirigió al cuarto de baño, se vistió y regresó a la cocina para tomar una segunda taza.

—¿Sabes, Adeli? Anoche en Fiacca tomé una sopita y, siento decírtelo, pero jamás había probado nada igual.

—¿De veras, *dutturi*? —dijo Adelina, disgustada.

—De veras. Pedí que me dieran la receta. En cuanto la encuentre, te la leo.

—*Dutturi*, no sé si me dará tiempo a arreglar la casa.

—No te preocupes. Llega hasta donde puedas y sigue mañana.

—¡Ah, *dottori, dottori*! ¿Cómo pasó el santo domingo?

—Estuve en Fiacca, en casa de unos amigos. ¿Qué hay?

—Fazio está en su despacho. ¿Lo llamo?

—No; voy yo.

Fazio ocupaba un despacho con dos escritorios. El otro estaba a la disposición de un funcionario de grado equivalente que faltaba desde hacía cinco años y jamás había sido sustituido por falta de personal, tal como contestaba el señor jefe superior de policía cada vez que Montalbano se lo pedía por escrito.

Fazio se levantó, perplejo al verlo entrar, pues era insólito que el comisario acudiese a verlo.

—Buenos días, *dottore*. ¿Qué hay? ¿Quiere que vaya a su despacho?

—No. Como tengo que presentar una denuncia, soy yo quien ha de venir aquí.

—¿Una denuncia? —Fazio se quedó atónito.

—Sí. Quiero denunciar un robo con escalo. O tal vez un intento de robo con escalo. Lo cierto es que ha habido rotura. De cojones.

—*Dottore*, no entiendo nada.

—Han entrado ladrones en mi casa de Marinella.

—¿Ladrones?

—Pero está claro que no eran ladrones.

—¿No eran ladrones?

—Mira, Fazio, como no dejes de repetir lo que digo, me dará un ataque de nervios. Cierra la boca, que se te ha quedado abierta, y siéntate. Así me siento yo también y te cuento toda la historia.

Fazio se sentó tan tieso como un mango de escoba.

—Bueno pues, una noche la señora Ingrid...

Y le contó la primera entrada de los ladrones con la desaparición del reloj.

—Eso —dijo Fazio— parece obra de unos chavales para comprarse unas cuantas dosis.

—Hay segunda parte. Es una historia por entregas. Ayer a las tres pasó la señora Ingrid con el coche...

Esa vez, Fazio guardó silencio al final.

—¿No dices nada?

—Estaba pensando. Está claro que la primera vez robaron el reloj para parecer ladrones, pero no encontraron lo que buscaban. Ante la necesidad de tener que regresar, decidieron jugar con las cartas sobre la mesa y le

devolvieron el reloj. Tal vez la devolución signifique que han hallado lo que querían y que, por consiguiente, no volverán.

—Pero eso no lo sabemos con certeza. Una cosa es segura: tienen prisa por encontrar lo que buscan. Y si no lo han encontrado, tal vez regresen hoy mismo, esta noche o, como mucho, mañana.

—Se me ocurre una idea.

—Dime.

—¿Usía está casi seguro de que lo vigilan?

—En un noventa por ciento.

—¿A qué hora se va de su casa su asistenta?

—A las doce y media, una menos cuarto.

—¿Puede llamarla y decirle que irá a casa a comer?

—Sí, claro. Pero ¿por qué?

—Usía va a comer a su casa para que nadie pueda entrar mientras usía esté dentro. A las tres llego yo con un coche de servicio. Pongo la sirena y armo un jaleo impresionante. Usía sale corriendo, sube al coche y nos vamos.

—¿Adónde?

—A hacer una visita a los templos. Si lo vigilan, supondrán que he ido a recogerlo por una emergencia. Y entrarán inmediatamente en acción.

—¿Y qué?

—Los que lo vigilan no saben que Galluzzo está apostado en las inmediaciones. Lo llamo enseguida y le explico la situación.

—No, Fazio, por Dios, no es el caso de...

—Permita que se lo niegue, *dottore*. Este asunto no me convence y no me gusta.

—Pero ¿tú tienes idea de lo que buscan?

—¿Usía no lo sabe y quiere averiguarlo a través de mí?

—¿Cuándo empieza el juicio de Giacomo Licco?

—Creo que dentro de una semana. ¿Por qué lo pregunta?

Giacomo Licco había sido detenido tiempo atrás por Montalbano. Era un miembro poco importante de la mafia, un cobrador del *pizzo*. Un día disparó a las piernas de un comerciante que se había negado a pagar. El comerciante, asustado, afirmaba que le había disparado un desconocido. Sin embargo, el comisario descubrió numerosos indicios que conducían a Giacomo Licco. No

obstante, se trataba de un proceso en el que tendría que declarar y que no sabía cómo podía terminar.

—Tal vez no vengan a buscar nada. A lo mejor es una advertencia: «A ver cómo te portas en el juicio, porque podemos entrar y salir de tu casa cuando y como queramos».

—Eso también es posible.

—Hola, Adelina.

—Dígame, *dutturi*.

—¿Qué estás haciendo?

—Procuro poner un poco de orden en la casa.

—¿Has preparado la comida?

—Lo haré después.

—Hazlo enseguida. A la una voy a comer a Marinella.

—Como quiera usía.

—¿Qué has comprado?

—Dos lenguados que le haré fritos. Y de primero, pasta con brécol.

Entró Fazio.

—Galluzzo se ha ido a Marinella. Sabe dónde esconderse para vigilar su casa desde la costa.

—Muy bien. Oye, no hables de esto con nadie, ni siquiera con Mimì.

—De acuerdo.

—Siéntate. ¿Está Augello?

—Sí, señor.

Levantó el auricular.

—Catarella, dile al *dottor* Augello que venga a mi despacho.

Mimì se presentó de inmediato.

—Ayer estuve en Fiacca —empezó el comisario—, donde se celebraba una carrera de caballos. Corría también la señora Esterman con un caballo que le había prestado Lo Duca, quien estuvo hablando largo rato conmigo.

Según él, se trata de una venganza de un tal Gerlando Gurreri, un antiguo mozo de cuadra suyo. ¿Lo habéis oído nombrar alguna vez?

—Jamás —contestó a coro el dúo Fazio-Augello.

—Pues tendríamos que averiguar algo más. Parece que se ha puesto de acuerdo con unos delincuentes. ¿Te encargas tú, Fazio?

—Muy bien.

—¿Podríamos saber con todo detalle lo que te dijo Lo Duca? —preguntó Mimì.

—Os lo digo enseguida.

—No es una hipótesis tan descabellada —comentó Mimì al terminar el comisario.

—Lo mismo me parece a mí —coincidió Fazio.

—Pero si Lo Duca tiene razón, ¿os dais cuenta de que la investigación termina aquí?

—¿Por qué? —preguntó Augello.

—Mimì, lo que Lo Duca me ha contado a mí, no se lo ha contado y jamás se lo contará a nuestros compañeros de Montelusa. Ellos han recibido una denuncia genérica que se refiere al robo de dos caballos. Ignoran que uno ha muerto a palos porque nosotros no se lo hemos dicho. Por otra parte, nosotros ni siquiera tenemos la denuncia de la señora Esterman. Y Lo Duca me dijo explícitamente que sabe que no mantenemos contacto con los compañeros de Montelusa. Por consiguiente, de una manera u otra, no contamos con ninguna pista que nos indique cómo actuar.

—¿Y entonces? —preguntó Mimì.

—Entonces tenemos que hacer por lo menos dos cosas. La primera es averiguar algo más acerca de Gerlando Gurreri. Tú, Mimì, me reprochaste haber creído en las palabras de la señora Esterman sin comprobarlas. Comprobemos pues lo que me contó Lo Duca sobre el golpe en la cabeza que le propinó a Gurreri con la barra de hierro. En algún hospital de Montelusa lo ingresarían, ¿no?

—Comprendo —dijo Fazio—. Usía quiere pruebas de que la historia de Lo Duca es cierta.

—Exactamente.

—Así se hará.

—Y la segunda es que en la hipótesis de Lo Duca hay un elemento importante. Él vino a decirme que, en realidad, ahora mismo nadie sabe qué caballo resultó muerto, si el suyo o el de la señora Esterman. Sostiene que eso se hizo para tenerlo en vilo, pero una cosa es segura: que verdaderamente nadie sabe a ciencia cierta cuál de los dos caballos murió. Lo Duca me dijo incluso que el suyo se llama *Rudy*. Ahora bien, si existe una fotografía de ese animal y Fazio y yo pudiéramos verla...

—A lo mejor sé dónde encontrarla —terció Mimì. Soltó una risita y añadió—: Claro que, para no estar muy bien de la cabeza a juzgar por lo que te contó Lo Duca, ese Gurreri razona muy bien.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que primero mata el caballo de la Esterman para tener en ascuas a Lo Duca a propósito de la suerte que haya podido correr su *Rudy*, después llama a la señora Esterman para que Lo Duca no pueda ocultarle el robo... Me parece que tiene la cabeza muy bien amueblada, ¡de pobre loco ni hablar!

—La misma observación le hice yo a Lo Duca —dijo Montalbano.

—¿Y él qué contestó?

—Que muy probablemente Gurreri está aconsejado por alguno de sus cómplices.

—En fin.

Diez

Estaba saliendo ya para irse a Marinella cuando sonó el teléfono.

—*Dottori?* ¡Ah, *dottori!* Está aquí la señora Estera Manni.

—¿Al teléfono?

—Sí, señor.

—Dile que no estoy.

En cuanto colgó, el aparato volvió a sonar.

—*Dottori*, está al teléfono uno que dice que si llama Pasquale Cirribbicció.

Tenía que ser Pasquale Cirrinció, uno de los dos hijos de su asistenta Adelina, ambos ladrones que entraban y salían constantemente de la cárcel. Pero Montalbano era padrino de bautismo del hijo de Pasquale.

—¿Qué hay, Pasquà? ¿Me llamas desde la cárcel?

—No, señor *dottore*; estoy en arresto domiciliario.

—¿Qué hay?

—*Dottore*, esta mañana mi madre me ha telefoneado para contármelo.

Adelina había informado a su hijo ladrón de que en casa del comisario habían entrado ladrones. Montalbano no abrió la boca, esperando la continuación.

—Quería decirle que he hecho unas cuantas llamadas a los amigos.

—¿Y qué has averiguado?

—Que mis amigos no tienen nada que ver. Uno me ha dicho que no son tan soplapollas como para ir a robar a su casa. O sea, que la cosa la han hecho unos forasteros o no corresponde a la categoría.

—¿Quizá corresponde a una categoría superior?

—Eso no puedo decírselo.

—Muy bien, Pasquà. Te lo agradezco.

—A su disposición.

Por consiguiente, tal como él ya pensaba, no se trataba de ladrones. Pero tampoco creía en la hipótesis de unos forasteros. Tenía que haber sido alguien que no formaba parte de la categoría, tal como lo había expresado Pasquale.

Puso la mesa en la galería, se calentó la pasta con brécol y empezó a comer. Y mientras comía, tuvo la clara sensación de que estaban observándolo. Ocurre a menudo que la mirada insistente de otra persona ejerce el mismo efecto de una llamada; te sientes llamado, pero no sabes de dónde procede la voz y empiezas a mirar a tu alrededor. En la playa no se veía ni un alma, exceptuando un perro que cojeaba; el pescador matutino había regresado a tierra y su barca se había quedado en la orilla.

Se levantó para ir por los lenguados a la cocina, y justo entonces lo cegó un fugaz rayo de luz, seguramente el reflejo del sol en un cristal. Provenía de la parte del mar.

Pero en el mar no hay ventanas ni automóviles.

Fingiéndose tomar el plato hondo, se inclinó hacia delante y levantó la mirada. Había una barca inmóvil a escasa distancia de la orilla, pero no consiguió apreciar cuántos hombres había a bordo. En otros tiempos, cuando era más joven, habría distinguido incluso el color de sus ojos. Bueno, a lo mejor estaba exagerando un poco, pero seguro que lo habría visto mejor.

En casa tenía unos gemelos, pero quienes seguramente lo vigilaban desde la barca también tendrían unos, y se darían cuenta de que los había descubierto. Lo mejor era hacer como si nada.

Entró y poco después volvió a salir a la galería con los lenguados; empezó a comérselos.

Poco a poco se convenció de que aquella barca ya estaba allí desde que él había abierto la vidriera para poner la mesa. No le había dado importancia al principio. Terminó de comer pasadas las dos, se dirigió al cuarto de baño y se lavó. Después regresó a la galería con un libro en la mano, se sentó y encendió un cigarrillo. La barca no se había movido.

Se puso a leer y al cabo de apenas un cuarto de hora oyó el aullido de una sirena que se acercaba. Siguió leyendo como si el asunto no fuera de su

incumbencia. El sonido cada vez más cercano se interrumpió a la altura de la explanada que había delante de su casa. Llamaron al timbre.

Se levantó para abrir. Fazio incluso había encendido las luces del techo.

—*Dottore*, hay una emergencia.

¿Por qué hacía teatro si sólo estaban ellos dos? A lo mejor pensaba que había algún micrófono oculto por los alrededores. ¡Qué exagerado!

—Voy enseguida.

Seguramente los de la barca habían presenciado la escena. Montalbano cerró la vidriera con llave, salió de casa, cerró la puerta y subió al coche.

Fazio volvió a conectar la sirena y arrancó con un estruendo de neumáticos capaz de despertar la envidia de Gallo.

—Ya sé desde dónde me vigilan.

—¿Desde dónde?

—Desde una barca. ¿Crees que es mejor avisar a Galluzzo?

—Quizá sí. Lo llamo al móvil.

Galluzzo contestó enseguida.

—Gallù, quería decirte que el *dottore* ha descubierto... ¿Ah, sí? Muy bien, quédate vigilando.

Cortó la comunicación y se volvió hacia el comisario.

Galluzzo ya había comprendido que los de la barca —tres personas en total— sólo fingían pescar, aunque en realidad estaban vigilando su casa.

—Pero ¿dónde se ha metido Galluzzo?

—*Dottore*, ¿recuerda que a la altura de su casa pero al otro lado de la carretera hay un chalecito que desde hace diez años se encuentra en obras? Pues bueno, él ocupa el segundo piso.

—¿Adónde me llevas?

—¿No habíamos dicho que íbamos a hacer una visita a los templos?

Antes de emprender la ruta panorámica de los templos, que sólo se podía recorrer a pie pero que a ellos les dejaron hacer en coche porque era un vehículo policial, Montalbano pidió a Fazio que se detuviera y se dirigió a un quiosco para comprar una guía.

—¿Quiere hacer de turista en serio?

No, no quería, pero el caso era que, a pesar de las veces que había estado allí, nunca lograba recordar la época de la construcción, las medidas, las columnas...

—Subimos hasta arriba y vamos viendo los templos conforme bajemos.

Al llegar arriba, aparcaron el coche y subieron a pie hasta el templo más alto.

«La construcción del templo de Juno Lucina se remonta al 450 a. C. De 41 metros de longitud y 19,55 de anchura, tenía 34 columnas...».

Lo visitaron concienzudamente y volvieron a montar en el coche. Tras recorrer pocos metros, se detuvieron y fueron andando hasta el segundo templo.

«El templo de la Concordia es del 450 a. C. Tenía 34 columnas de 6,83 metros de altura, y medía 42,10 metros de longitud y 19,70 de anchura...».

Lo visitaron y después repitieron el proceso.

«El templo de Hércules es el más antiguo. Se remonta al 520 a. C. Mide 73,40 metros de longitud...».

Lo visitaron a fondo.

—¿Vamos a ver los otros templos?

—No —contestó Montalbano, que ya se había hartado de arqueología—. Pero ¿qué hace Galluzzo? ¡Ya casi ha pasado una hora!

—Si no llama, significa que...

—Llámalo.

—No, señor *dottore*. ¿Y si resulta que justo ahora se encuentra en las inmediaciones de su casa y empieza a sonarle el móvil?

—Pues entonces llama a Catarella y pásamelo.

Fazio obedeció.

—Catarè, ¿hay alguna novedad?

—No, señor *dottori*. Pero llamó la signora Estera Manni. Dice que si la llama usía.

Estuvieron media hora más paseando arriba y abajo delante del templo.

Montalbano estaba cada vez más nervioso. Fazio intentó distraerlo.

—*Dottore*, ¿por qué el templo de la Concordia está casi intacto y los demás no?

—Porque hubo un emperador, Teodosio, que ordenó destruir todos los santuarios paganos, exceptuando los que se convirtieron en iglesias cristianas. Puesto que el de la Concordia se convirtió en iglesia cristiana, se mantuvo en pie. Un hermoso ejemplo de tolerancia. Igualito a lo que ocurre hoy en día.

Pero, tras la digresión cultural, regresó inmediatamente al tema.

—A ver si los de la barca eran auténticos pescadores... Oye, vamos a sentarnos en el bar.

No fue posible. Todas las mesas estaban ocupadas por turistas ingleses, franceses y, sobre todo, japoneses que fotografiaban cualquier cosa, incluso una piedrecita que les hubiera entrado en el zapato. El comisario empezó a soltar reniegos.

—Vámonos —dijo muy alterado.

—¿Adónde?

—A rascarnos los cojones en...

Justo en ese momento sonó el móvil de Fazio.

—Es Galluzzo —dijo, acercándose el teléfono a la oreja—. Vale, enseguida estamos ahí.

—¿Qué te ha dicho?

—Que tenemos que ir ahora mismo a su casa de usted de Marinella.

—¿Y no te ha dicho nada más?

—No, señor.

Hicieron el camino que ni Schumacher en un gran premio de Fórmula Uno, pero sin luces intermitentes ni sirena. Al llegar, encontraron la puerta abierta.

Entraron corriendo.

En el comedor, media vidriera colgaba de los goznes.

Galluzzo, tan pálido que parecía un muerto, estaba sentado en el sofá. Se había bebido un vaso de agua y lo tenía en la mano, vacío. Nada más verlos, se levantó.

—¿Estás bien? —le preguntó Montalbano.

—Sí, señor, pero me he pegado un buen susto.

—¿Por qué?

—Porque uno de los ladrones me ha soltado tres disparos.

—¿De veras? ¿Y tú?

—Yo he respondido. Y creo que le he dado al que no había disparado. Pero el que iba armado se lo ha llevado a rastras hasta la carretera, donde los esperaba un coche.

—¿Te sientes con ánimo para contárnoslo todo desde el principio?

—Sí, señor, ahora ya se me ha pasado.

—¿Quieres un poco de whisky?

—¡Ya lo creo, *dottore*!

Montalbano le quitó el vaso de la mano, le sirvió una buena ración de licor y se lo tendió. Fazio, que había salido a la galería, volvió a entrar con el rostro ensombrecido.

—Después de que ustedes se fueran, los de la barca esperaron media hora antes de acercarse a la orilla —contó Galluzzo.

—Querían asegurarse de que nos habíamos ido de verdad —dijo Fazio.

—Pero, una vez en la orilla, se quedaron un buen rato junto a la embarcación, mirando a derecha e izquierda. Cuando ya había pasado casi una hora, dos cogieron sendos bidones grandes de la barca y se dirigieron hacia aquí.

—¿Y el tercero? —preguntó Montalbano.

—El tercero se alejó con el bote. Entonces yo salí del chalet y eché a correr para situarme junto a la esquina izquierda de la casa. Vi que uno de los dos llevaba un pie de cabra con el que acababa de forzar la vidriera. Entraron. Mientras yo me preguntaba qué debía hacer, salieron de nuevo a la galería, seguro que para recoger los bidones que habían dejado fuera. Pensé que no me quedaba tiempo que perder. Entonces pegué un salto hacia delante y, apuntándolos con la pistola, dije: «¡Alto ahí! ¡Policía!».

—¿Y cómo reaccionaron?

—¡Ah, *dottore*! El más corpulento sacó un revólver en un abrir y cerrar de ojos y me disparó. Yo me escondí detrás de la esquina. Entonces vi que escapaban hacia la explanada que hay delante de la puerta. Los perseguí y el corpulento volvió a dispararme. Yo también disparé, y el que corría a su lado se tambaleó como un borracho y cayó de rodillas. Entonces el corpulento lo levantó y disparó un tercer tiro. Cuando llegaron a la carretera, había un coche con las puertas abiertas y escaparon.

—O sea, que ya estaba previsto que huyeran por tierra.

—Perdona —le dijo Fazio a Galluzzo—, pero ¿por qué no continuaste persiguiéndolos?

—Porque la pistola se me encasquilló. —La sacó del bolsillo y se la entregó—. Llévala a la armería con toda mi gratitud. Si esos se hubieran dado cuenta de que ya no podía disparar, a esta hora no estaría aquí contando el cuento.

Montalbano hizo ademán de dirigirse a la galería.

—Ya lo he mirado, *dottore* —dijo Fazio—. Son dos bidones de veinte litros de gasolina cada uno. Pretendían prender fuego a la casa.

Y esa era la gran novedad.

—*Dottore*, ¿cómo he de actuar? —preguntó Galluzzo.

—¿En qué?

—En la cuestión del disparo que he efectuado. Si los de la armería me preguntan...

—¡Les dices que tuviste que disparar contra un perro rabioso y que el arma se te encasquilló!

—Pero ¿usía qué intención tiene? —preguntó Fazio.

—Mandar arreglar la cristalera —contestó, más fresco que una lechuga.

—Si quiere, en una hora se la arreglo yo —se ofreció Galluzzo—. ¿Tiene herramientas?

—Ve a mirar en el cuartito.

—*Dottore* —insistió Fazio—, debemos ponernos de acuerdo sobre la explicación.

—¿Por qué?

—Puede que dentro de cinco minutos aparezcan por aquí los nuestros o los carabineros.

—¿Por qué? —repitió el comisario.

—Ha habido un tiroteo, ¿no? ¡Se han efectuado cuatro disparos! Y alguien de los alrededores habrá avisado a la policía o a los...

—¿Qué te apuestas?

—¿A qué?

—A que nadie ha llamado a nadie. Quienes hayan oído los disparos, dada la hora, habrán pensado que era el tubo de escape de una motocicleta o algún juego de chavales. Los pocos que hayan comprendido que se trataba de

disparos de pistola, siendo personas competentes y expertas, habrán seguido ocupándose tranquilamente de sus asuntos.

—Hay de todo —anunció Galluzzo, regresando con la caja de herramientas.

Y se puso a trabajar. Cuando ya llevaba un rato dando martillazos, el comisario le dijo a Fazio:

—Vamos a la cocina. ¿Te apetece un café?

—Sí, señor.

—¿Y a ti, Gallù?

—No, señor *dottore*, si no de noche no duermo.

Fazio se mostraba taciturno y pensativo.

—¿Estás preocupado?

—Sí, señor *dottore*. La barca, el automóvil, la vigilancia continua, eso no está arreglado. Me huele a mafia, si quiere que se lo diga. A lo mejor no se equivocaba usted cuando pensó en el juicio de Giacomo Licco.

—Mira, Fazio, yo aquí no tengo ningún papel que se refiera a Licco. Y de eso debieron de percatarse con el exhaustivo registro. Si hoy han regresado para quemar la casa, significa que quieren intimidarme.

—Justo lo que yo digo.

—Pero ¿estás convencido de que es por Licco?

—Bueno, ¿y qué otra cosa gorda tiene usted entre manos ahora?

—Gorda, ninguna.

—¿Pues entonces? Hágame caso; seguramente detrás de esta historia están los Cuffaro. Licco es uno de los suyos.

—¿Y tú crees que pueden llegar a tanto por alguien como Licco, que no vale ni dos céntimos?

—*Dottore*, tanto si vale dos como si vale cuatro, no deja de ser uno de sus hombres. No pueden abandonarlo. Si no lo defienden, se arriesgan a perder el respeto y la confianza de los suyos.

—Pero ¿acaso imaginan que yo, por muy asustado que esté, voy a decir en el tribunal que me he equivocado, que Licco no tiene nada que ver?

—¡No es eso lo que quieren! Quieren que usted se muestre un poco inseguro en el juicio. Basta con eso. De desmontar los indicios de usía ya se

encargarán los abogados de los Cuffaro. Y si acepta un consejo, esta noche vaya a dormir a comisaría.

—Esos ya no vuelven, Fazio. Mi vida no corre peligro.

—¿Cómo puede saberlo?

—Por el simple hecho de que han venido a incendiar la casa cuando yo me encontraba fuera. Si quisieran matarme, aparte de que podían pegarme un tiro en cualquier momento desde la barca con un fusil de precisión, podrían prender fuego a la gasolina de noche, mientras yo estuviese dentro durmiendo.

Fazio lo pensó un poco.

—Quizá tenga razón. Les conviene vivo. —Pero parecía más inseguro que antes—. *Dottore*, hay algo que no entiendo. ¿Por qué usía no quiere que nadie se entere de esta historia?

—Reflexiona un momento. Yo presento una denuncia oficial de tentativa de robo con escalo (tentativa, porque no sé si se han llevado algo o no), ¿y sabes qué ocurre justo ese mismo día?

—No, señor.

—Que en cuanto empieza el telediario de *Televigàta*, aparece la cara de culo de gallina del periodista Pippo Ragonese, el cual dice: «¿Han oído ustedes la última noticia? ¡Los ladrones pueden entrar y salir impunemente de la casa del comisario Montalbano!». Y yo quedaría cubierto de mierda al instante.

—De acuerdo. Pero usía podría ir a hablar en privado con el jefe superior.

—¿Con Bonetti-Alderighi? ¿Estás de guasa? Me ordenaría actuar de conformidad con el reglamento. Me pondría de vuelta y media. No, Fazio, no es que no quiera, es que no puedo hacerlo.

—Como usía diga. ¿Qué hace? ¿Regresa a la comisaría?

Montalbano consultó el reloj. Ya eran más de las seis.

—No; me quedo aquí.

Media hora después, Galluzzo anunció con aire triunfal que había terminado el arreglo y que la cristalera había quedado como nueva.

Adelina había conseguido ordenar el salón, pero el dormitorio seguía patas arriba. Habían abierto todos los cajones y su contenido se encontraba diseminado por el suelo; hasta habían sacado los trajes del armario y puesto los bolsillos del revés.

¡Un momento!

Eso significaba que lo que buscaban se podía guardar en un bolsillo. ¿Una hoja de papel? ¿Un objeto de reducido tamaño? No; una hoja de papel era la hipótesis más probable. Y en tal caso volvía de nuevo a lo mismo: el juicio contra Licco. Sonó el teléfono y fue a contestar.

—¿Hablo con el cumisariu Montalbanu? —dijo una voz profunda que hablaba en dialecto.

—Sí.

—Haz lo que tienes que hacer, cabrón.

No le dio tiempo a contestar porque se cortó la comunicación.

Lo primero que pensó fue que seguían teniéndolo bajo vigilancia, pues la llamada se había producido inmediatamente después de que se fueran Fazio y Galluzzo. Pero, aunque sus hombres hubieran estado presentes, ¿qué habrían podido hacer? Nada de nada. Eso sí: acompañado por dos de sus agentes, el comisario se habría impresionado menos. Un sutil razonamiento psicológico. El que lo dirigía todo debía de tener una cabeza muy bien amueblada, tal como había dicho Mimì.

Lo segundo que pensó fue que él jamás podría hacer lo que tenía que hacer porque no sabía nada de aquello que, según el anónimo comunicante de la llamada, tenía que hacer.

¡Que se explicaran mejor, coño!

Once

Regresó al dormitorio para seguir arreglando el desbarajuste, y al cabo de menos de cinco minutos volvió a sonar el teléfono. Levantó el auricular y habló antes de que el otro pudiera abrir la boca.

—¡Escúchame tú a mí, hijo de la gran puta...!

—¿Con quién la has tomado? —lo interrumpió Ingrid.

—Ah, ¿eres tú? Perdona, creía que... Dime.

—Visto lo visto, no creo que estés de humor, pero lo intentaré a pesar de todo. Sólo quiero preguntarte por qué no contestas a las llamadas de Rachele...

—¿Te ha pedido ella que me lo preguntes?

—No; es una iniciativa mía después de ver lo mal que le ha sentado. ¿Y bien?

—Puedes creerme, hoy he tenido un día que...

—¿Me juras que no es una excusa?

—No te lo juro, pero no es una excusa.

—Menos mal, creía que te había dado por el rechazo católico hacia la mujer que te indujo a pecar.

—No te conviene colocarla en ese plano.

—¿Por qué?

—Porque podría contestarte que, tal como tú misma expusiste, entre Rachele y yo hubo un trueque, un intercambio. Si la señora Esterman no tiene ninguna queja al respecto...

—No la tiene. Al contrario.

—... no hay razón para hablar de ello, ¿vale?

Ingrid pareció no haberlo oído.

—¿Entonces le digo que te llame más tarde?

—No. Mejor mañana por la mañana y al despacho. Ahora tengo que... salir.

—¿Le contestarás?

—Lo prometo.

Después de dos horas de paliza, de agacharse y levantarse, de coger y recoger, de tira y afloja, el dormitorio volvía a estar como antes.

Era consciente de que debía comer algo, pero no tenía nada de apetito.

Se sentó en la galería a fumar un cigarrillo.

De pronto pensó que, tal como estaba, con la luz de la galería encendida, constituía un blanco perfecto, tanto más cuando la noche era tremendamente oscura. Pero eso de que pensaba que no tenían intención de matarlo no se lo había dicho a Fazio sólo para tranquilizarlo, sino también porque estaba profundamente convencido de ello. Tanto que había dejado la pistola, como de costumbre, en la guantera.

Además, si hubieran tomado la decisión de pegarle un tiro, ¿cómo iba a defenderse? ¿Con una pistola que a lo mejor se encasquillaba a la mínima de cambio, tal como le había ocurrido a Galluzzo, contra tres Kaláshnikov? ¿Yendo a dormir a la comisaría, tal como le había sugerido Fazio? ¡Anda ya!

A la primera salida para comer o tomar un café, el consabido motorista con casco integral habría descargado unos cuantos kilos de plomo sobre él.

¿Moverse siempre con escolta? Pero la escolta jamás había evitado un homicidio. En todo caso servía para aumentar el número de muertos: no sólo la víctima designada sino también dos o tres guardaespaldas.

Y era inevitable que así fuese. Porque quien se acerca a alguien para matarlo sabe exactamente lo que tiene que hacer, e igual ha hecho decenas de pruebas y simulaciones, mientras que los de la escolta, que están entrenados para disparar en respuesta, es decir, tras ser atacados, en defensa y no en ofensa, no saben nada de las intenciones de quien se acerca. Cuando lo comprenden unos segundos después, ya es demasiado tarde: la diferencia de pocos segundos entre el agresor y la escolta es la carta ganadora del primero.

En resumen, la cabeza de quien utiliza las armas para matar tiene una marcha más que la de quien las utiliza como defensa.

En cualquier caso, estaba nervioso; no podía negarlo.

Nervioso, no asustado.

Y también profundamente ofendido.

Al ver la casa patas arriba había experimentado una gran vergüenza. Salvando las distancias, había comprendido —aunque sólo fuera superficialmente— por qué una mujer suele avergonzarse de denunciar que la han violado.

Su casa —es decir, él mismo— había sido brutalmente violada, hurgada, revuelta por manos extrañas, y él sólo había podido hablar de ello con Fazio fingiendo tomarlo a broma. El registro de la vivienda lo había alterado mucho más que el intento de prenderle fuego.

Además, estaba la ofensa de la llamada telefónica. Sin embargo, no se trataba del tono ni del insulto final.

La ofensa consistía en que alguien pudiera pensar que él era un hombre capaz de ceder a una intimidación y actuar siguiendo la voluntad ajena, como un pelele o un pobre desgraciado de mierda. ¿Acaso les había dado pie, con un mínimo gesto o una media palabra, a tener semejante opinión de él?

Pero seguramente no se detendrían. Y demostraban tener prisa.

«Haz lo que tienes que hacer».

A lo mejor era verdad que todo lo que le estaba ocurriendo guardaba relación con el caso Licco. En toda la reconstrucción que Montalbano había hecho para enviar a Licco a la cárcel, recordaba un punto débil, pero ahora no conseguía identificarlo. Seguramente los abogados de Licco también habían reparado en ese punto débil y lo habían comentado con los Cuffaro. Y ellos se habían puesto en marcha.

Lo primero que tenía que hacer a la mañana siguiente era tomar el expediente de Licco y volver a leerlo.

Sonó el teléfono. Dejó que sonara. Poco después el aparato enmudeció. Si lo estaban mirando, habrían visto que se lo tomaba con calma, ni siquiera se levantaba para ir a contestar.

Cuando le entró sueño, decidió dejar la vidriera entornada para que, en caso de que pretendieran hacerle una visita nocturna, no tuvieran que cargársela por tercera vez.

Tras visitar el cuarto de baño, se acostó, y en cuanto estuvo entre las sábanas, volvió a sonar el teléfono. Esa vez se levantó.

Era Livia.

—¿Por qué no has contestado antes?

—¿Cuándo?

—Hace una horita.

O sea, que era ella quien había llamado.

—A lo mejor estaba en la ducha y no lo he oído.

—¿Estás bien?

—Sí. ¿Y tú?

—Bien. Quería preguntarte una cosa.

Ya iban dos. Primero Ingrid y después Livia. Todas tenían preguntas que hacerle. A Ingrid le había contestado con una media mentira; ¿tendría que hacer lo mismo con Livia? Forjó un nuevo refrán: «Cien embustes al día te quitan a las mujeres de encima».

—Pregunta.

—¿En los próximos días estás ocupado?

—No demasiado.

—Me apetecería mucho pasar unos días contigo en Marinella. Mañana por la tarde, a las tres, podría tomar un vuelo y...

—¡No! —La respuesta le salió a gritos.

—¡Gracias! —exclamó Livia tras una pausa.

Y colgó.

Virgen santa, ¿y ahora cómo le explicaba que aquel «no» le había salido del alma porque temía arrastrarla al maldito asunto en que estaba metido hasta el cuello?

¿Y si aquellos tipos, por casualidad, se ponían a disparar aunque sólo fuera con fines intimidatorios mientras Livia estaba con él? No; que Livia se paseara por Marinella justo en esos días no era lo más sensato.

La llamó. Aunque no esperaba respuesta, resultó que ella contestó.

—Sólo por curiosidad.

—¿Por qué?

—Por ver qué excusa has encontrado para justificar tu negativa.

—Comprendo que te haya sentado mal. Pero verás, Livia, no se trata de excusas, debes creerme, sino de que en los últimos días han entrado ladrones en mi casa tres veces y...

Livia se echó a reír.

Pero ¿de qué coño se reía, si podía saberse? Le cuentas que los ladrones entran y salen de tu casa como les da la gana y no sólo no te consuela, sino que encima la cosa le hace gracia. ¡Menuda comprensión! Empezó a ponerse nervioso.

—Oye, Livia, no veo...

—¡Ladrones en casa del famoso comisario Montalbano! ¡Vaya, vaya!

—Si te calmas...

—¡Ja, ja!

¿Colgaba? ¿Tenía paciencia? Por suerte, notó que Livia se calmaba.

—Perdona, ¡pero es que me ha parecido muy gracioso!

Esa sería la reacción de la gente si la cosa empezaba a divulgarse.

—Te cuento lo ocurrido. Es una historia curiosa. Porque esta tarde han vuelto, ¿sabes?

—¿Qué han robado?

—Nada.

—¿Nada? ¡Cuéntame!

—Hace tres noches Ingrid vino a cenar aquí... —Se mordió la lengua, pero era demasiado tarde. El daño ya estaba hecho.

En el otro extremo de la línea, el barómetro empezó a registrar temporal inminente. Desde que la situación entre ambos había vuelto a normalizarse, Livia estaba dominada por unos celos que antes jamás había sentido.

—¿Y desde cuándo habéis adquirido esa costumbre? —preguntó en tono irónico y falsamente jovial.

—¿Qué costumbre?

—La de cenar los dos juntos en Marinella. A la luz de la luna. Por cierto, ¿pones una vela en la mesa?

La cosa terminó de mala manera.

Por consiguiente, ya fuera por los nervios de la visita de los que querían incendiarle la casa, ya por los nervios de la llamada anónima o por los de la discusión con Livia, el caso es que apenas durmió, y lo poco que durmió lo hizo en fracciones de veinte minutos. Despertó completamente aturdido. Una ducha de media hora y un cuarto de litro de café lo dejaron en condiciones de distinguir por lo menos la mano derecha de la izquierda.

—No estoy para nadie —masculló al pasar por delante de Catarella.

Este corrió detrás de él.

—¿Un «no estoy» telefónico o de presencia?

—No estoy. ¿Lo entiendes o no?

—¿Ni siquiera para il señor jifi supirior?

Para Catarella, el «señor jifi supirior» sólo ocupaba un grado por debajo de Dios Todopoderoso.

—Ni siquiera.

Entró en su despacho, cerró con llave y, tras media hora de reniegos, encontró la carpeta correspondiente a su investigación sobre Giacomo Licco. Se pasó dos horas estudiándola y tomando apuntes.

Después llamó al fiscal Giarrizzo, que se encargaría de la acusación en el juicio.

—Soy el comisario Montalbano. Quisiera hablar con el *dottor* Giarrizzo.

—El *dottore* está en los tribunales. Le ocupará toda la mañana —contestó una voz femenina.

—Cuando regrese, ¿será tan amable de decirle que me llame? Gracias.

Se guardó en el bolsillo los apuntes y levantó el auricular.

—Catarella, ¿está Fazio?

—No, *dottori*.

—¿Y Augello?

—Él sí está.

—Dile que venga a mi despacho.

Recordó que había cerrado con llave, se levantó, abrió la puerta y se encontró ante Mimì Augello, que llevaba una revista en la mano.

—¿Por qué te has encerrado con llave?

Si uno hace algo, ¿quién autoriza a otro a preguntarle por qué? Aborrecía ese tipo de preguntas. Ingrid: «¿Por qué no contestas a Rachele?». Livia:

«¿Por qué no has contestado a mi primera llamada?». Y ahora Mimì.

—En confianza, Mimì, pretendía ahorcarme, pero puesto que has llegado...

—Ah, pues si es esa tu intención, que por mi parte apruebo incondicionalmente, me voy ahora mismo y puedes seguir.

—Pasa y siéntate.

Mimì vio encima del escritorio la carpeta del caso Licco.

—¿Estabas repasando la lección?

—Sí. ¿Tienes alguna novedad?

—Sí. Esta revista.

La dejó en la mesa del comisario. Era una publicación bimensual, lujosa y satinada, que chorreaba dinero de los contribuyentes. Se llamaba *La Provincia* y su subtítulo era «Arte, Deporte y Belleza».

Montalbano la hojeó. Cuatro horrendos pintores aficionados que se comparaban como mínimo con Picasso, poesías indignas firmadas por poetisas con apellido doble (las poetisas de provincias lo hacen siempre), vida y milagros de cierto montelusano que se había convertido en teniente de alcalde de un pueblo perdido de Canadá, y finalmente, en la sección de Deportes, nada menos que cinco páginas dedicadas a «Saverio Lo Duca y sus caballos».

—¿Qué dice el artículo?

—Chorradas. Pero a ti te interesaba la foto del caballo robado, ¿no? Es la tercera. ¿Cuál montaba la señora Esterman en la carrera?

—*Rayo de luna*.

—Es el de la cuarta.

Al pie de cada fotografía, de gran tamaño y en color, aparecía el nombre del caballo.

Para ver mejor, Montalbano sacó una lupa del cajón.

—Pareces Sherlock Holmes —dijo Mimì.

—¿Y tú serías el doctor Watson?

No encontró ninguna diferencia entre el animal muerto en la playa y el de la fotografía. Pero de caballos no entendía nada. Lo único que podía hacer era llamar a Rachele, aunque no quería hacerlo en presencia de Mimì, pues igual ella, creyéndolo solo, se metía en temas peligrosos.

Pero, en cuanto Augello se retiró a su despacho, llamó a Rachele al móvil.

—Soy Montalbano.

—¡Salvo! ¡Qué bien! Te he llamado esta mañana, pero me han dicho que no estabas.

Había olvidado por completo que le había prometido seriamente a Ingrid contestar a la llamada de Rachele. Necesitaba otra mentira. Se le ocurrió inventarse otro proverbio: «A menudo una trola, un latazo te ahorra».

—Y no estaba, en efecto. Pero, en cuanto he regresado, me han dicho que me buscabas; por eso te llamo.

—No quiero hacerte perder el tiempo. ¿Hay alguna novedad en la investigación?

—¿En cuál?

—¡Pues en la de la muerte de *Súper*!

—No estamos llevando a cabo ninguna investigación puesto que no ha habido denuncia por tu parte.

—Ah, ¿no? —dijo Rachele, decepcionada.

—No. En todo caso, deberías dirigirte a la jefatura de Montelusa. Es allí donde Lo Duca denunció el robo de los dos caballos.

—Yo esperaba que...

—Lo siento. Oye, me ha caído en las manos, de manera totalmente casual, una revista donde hay una fotografía del caballo que le robaron a Lo Duca...

—*Rudy*.

—Sí. Me ha dado la impresión de que *Rudy* es idéntico al que vi muerto en la playa.

—Se parecían muchísimo, desde luego, pero no eran idénticos. Por ejemplo, *Súper* tenía una manchita rarísima, una especie de estrella de tres puntas, en el costado izquierdo. ¿La viste?

—Pues no, porque estaba tumbado precisamente sobre ese lado.

—Por eso lo hicieron desaparecer. Para que fuera imposible identificarlo. Cada vez estoy más convencida de que Scisci tiene razón: quieren tenerlo sobre ascuas.

—Es posible...

—Oye...

—Dime.

—Quisiera... hablar contigo. Verte.

—Rachele, debes creerme, no es ninguna mentira; me encuentro en un momento verdaderamente difícil.

—Pero tienes que comer para sobrevivir, ¿no?

—Pues sí. Pero no me gusta hablar mientras como.

—Te hablaré sólo cinco minutos, te lo prometo, cuando hayamos terminado. ¿Podríamos vernos esta noche?

—Todavía no lo sé. Hagamos una cosa: llámame a la comisaría a las ocho en punto; entonces te digo.

Cogió de nuevo la carpeta de Licco, volvió a leerla, tomó unos cuantos apuntes más. Examinó y volvió a examinar los argumentos que había utilizado contra Licco, leyéndolos con los ojos de un abogado defensor, y lo que recordaba como un punto débil ya no le parecía una simple carrera en una media, sino un auténtico agujero. Los amigos de Licco tenían razón: su actitud en la sala sería determinante; bastaría con que mostrara cierto titubeo sobre aquel punto para que los abogados convirtieran el agujero en una ancha brecha a través de la cual Licco podría salir tranquilamente, con todas las disculpas por parte de la ley.

Hacia la una, cuando abandonó su despacho para irse a la *trattoria*, Catarella lo llamó.

—*Dottori*, perdone, pero ¿usía está o no está?

—¿Quién es?

—El fiscal *dottori* Giarrazzo.

—Pásamelo.

—Buenos días, Montalbano, soy Giarrizzo. ¿Me ha telefoneado?

—Sí, gracias. Necesito hablar con usted.

—¿Puede pasar por mi despacho... espere... a las cinco y media?

* * *

Teniendo en cuenta que la víspera la había pasado prácticamente en ayunas, decidió desquitarse.

—Enzo, tengo mucho apetito.

—Me congratulo, *dottore*. ¿Qué le sirvo?

—¿Sabes qué te digo? No sé qué elegir.

—Déjeme a mí.

Al final, come que te come, pensó que le bastarían unas hojitas de menta para estallar, como aquel personaje de la película *El sentido de la vida*, que le había hecho mucha gracia. Pero por otra parte comprendió también que si había comido tanto era debido a los nervios.

Después de pasarse media hora larga paseando por el muelle, regresó al despacho, pero todavía se notaba la bodega demasiado cargada.

Fazio lo esperaba.

—¿Alguna novedad esta noche? —fue lo primero que le preguntó al comisario.

—Ninguna. ¿Y tú qué has hecho?

—He ido al hospital de Montelusa. He perdido toda la santa mañana. Nadie quería decirme nada.

—¿Por qué?

—La privacidad, *dottore*. Por otra parte, yo no contaba con ninguna autorización por escrito.

—O sea, que no has hecho nada.

—¿Y eso quién lo ha dicho? —replicó Fazio, sacando un papel del bolsillo.

—¿Quién te ha facilitado la información?

—Un primo del tío de un primo mío que he descubierto que trabaja allí.

Los parentescos, incluso los tan lejanos que ya no se consideran tales en ningún otro lugar de Italia, en Sicilia eran a menudo el único sistema para obtener información, acelerar un trámite, descubrir adónde había ido a parar una persona desaparecida, encontrar empleo para un hijo en el paro, pagar menos impuestos, conseguir entradas gratis para el cine y muchísimas otras cosas que quizá no era prudente dar a conocer a quien no fuera pariente.

Doce

—Bueno pues: Gerlando Gurreri, nacido en Vigàta el... —empezó Fazio, leyendo el papel.

Montalbano soltó un reniego, se levantó de un salto, se inclinó por encima del escritorio y le arrancó bruscamente la hoja de la mano. Y mientras Fazio palidecía, el comisario la arrugó hasta formar una pelota y la tiró a la papelera. No soportaba aquellas letanías propias de registro civil que tanto complacían a Fazio; a él le recordaban las intrincadas genealogías de la Biblia: Jafet, hijo de José, tuvo catorce hijos, Raquel, Abraham, Lot, Asanagor...

—¿Y ahora cómo lo hago? —preguntó Fazio.

—Me dices lo que recuerdes.

—Pero ¿después podré recoger la nota?

—De acuerdo.

Fazio pareció tranquilizarse.

—Gurreri tiene cuarenta y seis años y está casado con... no me acuerdo, lo tenía escrito en la hoja. Vive en Vigàta, en via Nicotera treinta y ocho...

—Fazio, te lo digo por última vez: déjate de datos personales.

—Bueno, bueno. Gurreri ingresó en el hospital de Montelusa a principios de febrero de dos mil tres; no recuerdo la fecha exacta porque la tenía escrita en la...

—Que se vaya al carajo la fecha exacta. Y como te atrevas a repetirme que algo lo tenías escrito en la hoja, la saco de la papelera y te obligo a comértela.

—De acuerdo, de acuerdo. Gurreri estaba inconsciente y lo acompañaba alguien cuyo nombre no recuerdo, pero lo tenía escrito en...

—Mira que te la estás ganando...

—Perdone, se me ha escapado. Ese sujeto trabajaba con Gurreri en la cuadra de Lo Duca. Declaró que Gurreri había sido alcanzado accidentalmente por una gruesa barra de hierro, la que se utilizaba para cerrar el acceso a la cuadra. Resumiendo, tuvieron que trepanarle el cráneo o algo parecido porque un gran hematoma le comprimía el cerebro. La operación fue un éxito, pero Gurreri quedó inválido.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que empezó a sufrir pérdidas de memoria, algún desvanecimiento, repentinos arrebatos de furia, cosas así. Lo Duca le ha pagado tratamientos y especialistas, pero no se puede decir que haya habido mejoría.

—En todo caso empeoramiento, por lo que dice Lo Duca.

—Eso por lo que respecta al hospital, pero hay otras cosas.

—¿O sea?

—Antes de trabajar con Lo Duca, Gurreri se había pasado unos cuantos añitos en la cárcel.

—Ah, ¿sí?

—Sí, señor. Robo con escalo e intento de homicidio.

—Vamos bien.

—Por la tarde procuraré enterarme de lo que se dice de él por el pueblo.

—Muy bien, ya puedes retirarte.

—Disculpe, *dottore*, ¿puedo recoger la hoja?

* * *

Montalbano se fue a Montelusa a las cuatro y media. Cuando llevaba diez minutos de camino, el coche que iba detrás le tocó el claxon. Montalbano se desplazó lateralmente para cederle el paso, pero el otro se adelantó muy despacio, se situó a su lado y le dijo:

—Mire que lleva un neumático pinchado.

¡Virgen santa! ¿Y ahora cómo lo hacía, si jamás en su vida había conseguido cambiar una rueda? Por suerte, en aquel momento pasaba un automóvil de los carabinieri. Levantó el brazo izquierdo y aquellos se detuvieron.

—¿Necesita algo?

—Sí, gracias. Infinitas gracias. Soy el aparejador Galluzzo. Si fueran ustedes tan amables de cambiarme la rueda posterior izquierda...

—¿Usted no sabe hacerlo?

—Sí, pero por desgracia tengo el brazo derecho con movilidad limitada; no puedo levantar peso.

—Lo hacemos nosotros.

Llegó al despacho del fiscal Giarrizzo con diez minutos de retraso.

—Disculpe, *dottore*, pero el tráfico...

Giarrizzo era un hombre cuarentón, macizo, de unos dos metros de altura por casi dos de anchura, que cuando hablaba con alguien gustaba de pasearse por la estancia, con la consecuencia de dar constantemente contra una silla, la hoja de una ventana o su propio escritorio. No porque le fallara la vista o estuviera distraído, sino porque el espacio normal de un despacho no le bastaba; parecía un elefante dentro de una cabina telefónica.

Cuando el comisario le hubo explicado el motivo de su visita, Giarrizzo permaneció un ratito en silencio. Después dijo:

—Me parece un poco tarde.

—¿Para qué?

—Para venir a expresarme sus dudas.

—Pero es que...

—Y aunque hubiera venido a manifestar certezas absolutas, también sería demasiado tarde.

—Pero ¿por qué, perdone?

—Porque a estas alturas ya se ha escrito lo que se tenía que escribir.

—Pero yo he venido a hablar, no a escribir.

—Da lo mismo. Llegados a este punto, ni una sola cosa cambiaría nada. Seguramente habrá novedades, y grandes, pero aflorarán en el transcurso de la vista oral. ¿Está claro?

—Clarísimo. Y yo he venido a decirle que...

Giarrizzo alzó la mano para detenerlo.

—Entre otras cosas, no creo que esta manera suya de agitar el asunto sea demasiado correcta. Usted, mientras no se demuestre lo contrario, también es un testigo.

Era cierto. Y Montalbano encajó el golpe. Se levantó un tanto molesto. Menudo papelón había hecho.

—Bueno, pues entonces...

—¿Qué hace? ¿Se va? ¿Se ha ofendido?

—No, pero...

—Siéntese —dijo el fiscal, golpeándose contra la puerta, que había quedado abierta.

El comisario se sentó.

—¿Podemos hablar en una línea puramente teórica? —propuso Giarrizzo. ¿Qué significaba línea teórica? Por si acaso, Montalbano accedió.

—De acuerdo.

—Pues entonces, en línea puramente teórica y sólo por mero academicismo, pongamos el caso de cierto comisario de la policía del Estado al que, a partir de ahora, vamos a llamar Martínez...

A Montalbano no le gustó el nombre que el fiscal quería imponerle.

—¿No podríamos llamarlo de otra manera?

—¡Pero ese es un detalle sin la menor importancia! De todos modos, si se empeña, sugiera el nombre que más le guste —replicó Giarrizzo, irritado, golpeándose contra un clasificador.

¿D'Angelantonio? ¿De Gubernatis? ¿Filippazzo? ¿Cosentino? ¿Aromatis? Los nombres que se le ocurrían no le sonaban bien. Se rindió.

—Bueno, dejemos Martínez.

—Bien, supongamos que ese tal Martínez que ha dirigido las investigaciones sobre una persona a quien llamaremos Salinas...

Pero ¿por qué Giarrizzo se empeñaba en utilizar nombres españoles?

—... ¿le parece bien Salinas?, acusado de haber disparado contra un comerciante que etc., etc., se da cuenta de que etc., etc., la investigación presenta un punto débil etc., etc.

—Perdone, ¿quién se da cuenta? —preguntó Montalbano, aturdido entre todos los etcéteras.

—Martínez, ¿no? El comerciante, al que llamaremos...

—Álvarez del Castillo —dijo rápidamente el comisario.

Giarrizzo pareció dudar.

—Demasiado largo. Dejémoslo en Álvarez. El comerciante Álvarez, aun contradiciéndose descaradamente, niega reconocer a Salinas, el autor del disparo. ¿Hasta aquí estamos de acuerdo?

—Estamos.

—Por otro lado, Salinas afirma tener una coartada que, sin embargo, no quiere revelarle a Martínez. Por consiguiente, el comisario sigue recto por su camino, convencido de que Salinas no desvela su coartada porque en realidad no la tiene. ¿Le parece exacto el cuadro?

—Exacto. Pero en este momento a mí... a Martínez lo asalta una duda: ¿y si Salinas tiene realmente una coartada y la expone en el juicio?

—¡Pero esa duda también asaltó a quienes correspondía la validación de la detención y después el envío a juicio! —dijo Giarrizzo, tropezando con una alfombra y amenazando con derrumbarse sobre el comisario, el cual temió durante unos segundos morir aplastado bajo el coloso de Rodas.

—¿Y cómo resolvieron la duda?

—Con un suplemento de investigaciones que terminaron hace tres meses.

—Pero yo no he...

—A Martínez no se le hizo el encargo porque ya había cumplido su papel. En resumen: parece que la coartada de Salinas es una mujer, su amante, con la cual, según él, se encontraba mientras alguien disparaba contra Álvarez.

—Disculpe. Pero si Lic... si Salinas tiene verdaderamente una coartada, eso significa que el juicio concluirá con su...

—¡Condena! —exclamó Giarrizzo.

—¿Por qué?

—Porque en cuanto los defensores de Licco expongan su coartada, la acusación sabrá cómo desmontarla. Además, los defensores ignoran que la acusación conoce el nombre de la mujer que debería facilitar esa coartada de última hora.

—¿Podría saber quién es?

—¿Usted? Comisario Montalbano, ¿usted qué tiene que ver? En todo caso, debería ser Martínez quien lo preguntara. —Se sentó, anotó algo en un papel, se levantó y le tendió la mano a Montalbano, quien se la estrechó

sorprendido—. Ha sido un placer verlo. Volveremos a vernos en la sala del tribunal.

Se dispuso a salir, se dio contra la puerta cerrada, la medio desquició y salió. El comisario, todavía aturdido, se inclinó para examinar la hoja que descansaba sobre el escritorio. En ella figuraba un nombre: Concetta Siragusa.

Regresó a toda prisa a Vigàta, entró en la comisaría y le dijo a Catarella al pasar por delante:

—Llama a Fazio al móvil.

Apenas había tenido tiempo de sentarse cuando sonó el teléfono:

—¿Qué hay, *dottore*?

—Deja todo lo que tengas entre manos y ven ahora mismo.

—Voy enseguida.

Ahora estaba claro que él y Fazio habían emprendido un camino equivocado.

Las investigaciones sobre la coartada de Licco no las había hecho él, sino seguramente los carabinieri por encargo de Giarrizzo. Y con la misma seguridad, los Cuffaro se habrían enterado de las investigaciones por parte de los carabinieri.

Lo cual significaba que, fuera cual fuese la actitud que él adoptara en la sala, no podría ejercer la menor influencia en la marcha del juicio.

Y por esta razón todas las presiones sufridas, la casa patas arriba, el intento de incendio, la llamada anónima, no guardaban la menor relación con el asunto de Licco. Pues entonces, ¿qué querían de él?

Fazio escuchó en absoluto silencio las conclusiones a las que había llegado el comisario después de su conversación con Giarrizzo.

—A lo mejor tiene usted razón.

—Quita el a lo mejor.

—Habrá que esperar la próxima jugada, ya que no consiguieron incendiar la casa.

Montalbano se dio un manotazo en la frente.

—¡Ya la han hecho! ¡Y olvidé decírtelo!

—¿Qué han hecho?

—Una llamada anónima. —Y se la repitió.

—El problema es que usía no sabe qué es lo que quieren que haga.

—Esperemos que, con la próxima jugada, tal como tú dices, logremos comprender algo. ¿Has averiguado algo más sobre Gurreri?

—Sí, pero...

—¿Qué hay?

—Necesito tiempo; quiero tener una prueba.

—Dímelo a pesar de todo.

—Parece que hace unos tres meses lo contrataron.

—¿Quiénes?

—Los Cuffaro. Por lo visto han cogido a Gurreri en sustitución de Licco.

—¿Desde hace unos tres meses?

—Sí, señor. ¿Es importante?

—No sabría decirte, pero esos tres meses salen por todas partes. Hace tres meses Gurreri abandona su casa; hace tres meses se descubre el nombre de la amante de Licco, la que le proporciona la coartada; hace tres meses Gurreri es contratado por los Cuffaro... en fin.

—Si no se le ofrece nada más, me voy a seguir hablando con una vecina de la mujer de Gurreri que se la tiene jurada. Había empezado a contarme una cosa cuando usted me ha llamado, y he tenido que dejarla plantada.

—¿Ya te había contado algo?

—Sí, señor. Que Concetta Siragusa, desde hace unos meses...

Montalbano se levantó de un salto con los ojos muy abiertos.

—¡¿Qué has dicho?!

Fazio se pegó un susto.

—¿Qué he dicho, *dottore*?

—¡Repítelo!

—Que Concetta Siragusa, la mujer de Gurreri...

—¡Me cago en la puta! —exclamó el comisario, volviendo a caer pesadamente en la silla.

—*Dottore*, ¡no me asuste! ¿Qué pasa?

—Espera, deja que me recupere. —Encendió un cigarrillo.

Fazio se levantó y fue a cerrar la puerta.

—Primero quiero saber una cosa —dijo Montalbano—. Me estabas contando que la vecina dice que desde hace unos meses la mujer de Gurreri... y ahí te he interrumpido. Sigue.

—Le estaba diciendo que la mujer de Gurreri, desde hace algún tiempo, parece temer hasta a su propia sombra.

—¿Sabes desde cuándo está asustada la Siragusa?

—No, señor. Pero ¿usía lo sabe?

—Desde hace tres meses, Fazio, desde hace exactamente tres meses.

—Pero ¿cómo es que usted sabe eso de Concetta Siragusa?

—No sé nada, pero me lo imagino. Y ahora te digo cómo fue la cosa. Hace tres meses, alguien de los Cuffaro se acerca a Gurreri, que es un delincuente de poca monta, y le propone unirse a la familia. A él le parece increíble, es como conseguir un contrato indefinido después de pasar años de trabajo precario.

—Perdone, pero alguien como Gurreri, que, entre otras cosas, no anda muy bien de la cabeza, ¿de qué les sirve a los Cuffaro?

—Ahora te explico. Sin embargo, los Cuffaro le imponen a Gurreri una condición bastante dura.

—¿Cuál?

—La de que su mujer Concetta Siragusa le facilite una coartada a Licco. Esa vez fue Fazio el sorprendido.

—¿Quién le ha contado que la amante de Licco es la Siragusa?

—Giarrizzo. No me ha dicho el nombre de la Siragusa; lo ha escrito en un papel que ha fingido dejar olvidado encima de la mesa.

—Pero ¿qué significa?

—Significa que a los Cuffaro les importa un carajo Gurreri, a ellos les interesa su mujer. La cual se ve obligada a aceptar por las buenas o por las malas, aunque se muera de miedo. Simultáneamente, los Cuffaro le dicen a Gurreri que es mejor que abandone su casa, que ellos le facilitarán un lugar seguro donde vivir. —Montalbano encendió otro cigarrillo y Fazio fue a abrir la ventana—. Y puesto que Gurreri se siente fuerte con el respaldo de los Cuffaro, decide vengarse de Lo Duca, para lo cual sus camaradas le echan una mano. Los directores de la operación de los caballos son los Cuffaro, no un pobre desgraciado como Gurreri. En resumen: desde hace tres meses

Licco puede aportar una coartada de la que antes no disponía, mientras que por su parte Gurreri ha conseguido la venganza que quería. Y todos fueron felices y comieron perdices.

—Y a nosotros...

—Y a nosotros que nos den. Pero te diré más.

—Dígame.

—En determinado momento, los abogados de Licco llamarán como testigo a Gurreri. Puedes apostar a que sí. De una manera u otra conseguirán que hable ante el tribunal. Y Gurreri jurará que siempre supo que su mujer era la amante de Licco y que por ese motivo se había ido de casa, indignado, harto de sus frecuentes peleas con Concetta, la cual seguía llorando por su amor encarcelado.

—Siendo así...

—¿Y cómo quieres que sea?

—... quizá es mejor que usted vuelva al despacho de Giarrizzo.

—¿Para decirle qué?

—Lo que me ha dicho a mí.

—Yo no vuelvo ni loco al despacho de Giarrizzo... En primer lugar, porque me ha dejado claro que no es correcto que vaya allí. En segundo, ¿él ha encargado las investigaciones suplementarias a los carabineros? Pues que se las arregle con ellos. Y ahora ve corriendo a seguir hablando con la vecina.

A las ocho en punto sonó el teléfono.

—*Dottori*, estaría aquí la signora Estera Manni.

¡Se había olvidado por completo! ¿Y ahora qué hacía, le decía que sí o que no?

Levantó el auricular, todavía indeciso.

—¿Salvo? Soy Rachele. ¿Te has librado del compromiso?

Montalbano advirtió en su voz una ligerísima ironía que lo irritó.

—Todavía no he terminado. —«¿Quieres hacerte la graciosa? Pues ahora cuécete en tu propio caldo».

—¿Crees que conseguirás librarte?

—Bueno, no sé si dentro de una horita... Pero a lo mejor para ti es demasiado tarde para ir a cenar.

Esperaba que contestara que, en tal caso, era mejor verse otra noche. Pero en cambio Rachele dijo:

—De acuerdo, no te preocupes; puedo cenar incluso a medianoche.

Oh, Virgen santísima, ¿y ahora cómo se pasaba una hora en el despacho sin tener nada que hacer? ¿Por qué se había hecho tanto de rogar? Por si fuera poco, le había entrado un apetito que se lo estaba comiendo vivo.

—¿Puedes esperar un momento al teléfono, Rachele?

—Claro.

Dejó el auricular sobre el escritorio, se levantó, se acercó a la ventana y fingió hablar en voz alta con alguien.

—¿Dices que no se encuentra?... ¿Que es mejor aplazarlo a mañana por la mañana?... Muy bien, de acuerdo.

Se dispuso a regresar al escritorio, pero se quedó paralizado. Delante de la puerta estaba Catarella, mirándolo con expresión preocupada y asustada.

—¿Se encuentra bien, *dottori*?

Montalbano, sin hablar, le hizo señas de que se retirara inmediatamente. Catarella desapareció.

—¿Rachele? Por suerte me he librado. ¿Dónde quieres que nos veamos?

—Donde tú quieras.

—¿Tienes coche?

—Ingrid me ha dejado el suyo.

¡Pero qué dispuesta se mostraba Ingrid a facilitar sus encuentros con Rachele!

—¿Ella no lo necesita?

—Se ha ido con un amigo que después la llevará a casa.

Montalbano le explicó dónde tenían que encontrarse. Antes de abandonar el despacho, recogió del escritorio la revista que le había entregado Mimì Augello. Podría servirle para llevar las riendas de la conversación con Rachele en caso de que adquiriera un sesgo peligroso.

Trece

El coche de Ingrid no estaba en el aparcamiento del bar de Marinella. Evidentemente, Rachele iba con retraso. Carecía de la precisión, más que sueca, suiza, de su amiga. Montalbano no sabía si esperarla fuera o dentro del bar. Se sentía un poco incómodo con aquel encuentro, no podía negarlo. El caso es que jamás le había ocurrido, a sus más de cincuenta años, verse de nuevo con una mujer que le era totalmente desconocida tras haber mantenido con ella un rápido, ¿cómo llamarlo?, eso es: ayuntamiento carnal, tal como lo habría calificado el fiscal Tommaseo. Y la verdadera razón por la que no había querido contestar a las llamadas de Rachele era que se sentía muy cohibido hablando con ella. Cohibido y un poco avergonzado de haberle mostrado a esa mujer un aspecto de sí mismo que esencialmente no le pertenecía.

¿Qué decirle? ¿Cómo tenía que comportarse? ¿Qué cara ponía?

Para darse un poco de ánimo, bajó del coche, entró en el local, se acercó a la barra y le pidió a Pino, el barman, un whisky solo.

Al terminar de bebérselo vio que Pino palidecía mientras miraba fijamente la puerta de entrada. Una estatua con la boca abierta, como un bobalicón, con un vaso en una mano y un trapo en la otra.

Montalbano se volvió.

Rachele acababa de entrar.

Era de una elegancia que daba miedo, pero su belleza asustaba todavía más.

Parecía como si su presencia hubiera aumentado de golpe el voltaje de las bombillas. Pino se había convertido en una figura de mármol: no conseguía moverse.

El comisario fue a su encuentro. Y ella se comportó como una auténtica dama.

—Hola —lo saludó sonriendo, mientras sus ojos azules brillaban por el sincero placer de verlo—. Aquí estoy.

Y no hizo ademán de besarlo ni de dejarse besar ofreciéndole una mejilla.

A Montalbano lo invadió una oleada de gratitud; en un santiamén, se sintió a sus anchas.

—¿Te apetece un aperitivo?

—Mejor no.

El comisario olvidó pagar el whisky. Pino continuaba en la misma postura de antes, fascinado. En el aparcamiento, Rachele preguntó:

—¿Has decidido adónde ir?

—Sí. A la zona marítima de Montereale.

—Está en la carretera de Fiacca, me parece. ¿Vamos con tu coche o con el de Ingrid?

—Con el de Ingrid. ¿Te molesta conducir? Yo me siento un poco cansado.

No era cierto, pero es que el whisky le había hecho efecto. ¿Cómo era posible que dos dedos de whisky le alteraran la cabeza? O a lo mejor lo mortal era la mezcla del whisky con Rachele.

Se pusieron en marcha. Rachele circulaba con seguridad; conducía rápido, por supuesto, pero mantenía una regularidad muy precisa. Tardaron diez minutos en llegar a Montereale.

—Ahora guíame tú.

De repente, por el efecto de la mezcla asesina, el comisario olvidó el camino.

—Me parece que está a la derecha.

El sendero de la derecha, de tierra, terminaba delante de una casa rural.

—Pues entonces hay que volver atrás y girar a la izquierda.

Ese tampoco era el adecuado: terminaba delante de un almacén del consorcio agrario.

—A lo mejor hay que seguir recto —dedujo Rachele.

En efecto, ese resultó finalmente el camino correcto.

Al cabo de otros diez minutos, estaban sentados ante una mesa de un restaurante donde el comisario había estado algunas veces y siempre había comido bien.

La mesa que eligieron estaba en el exterior, bajo una pérgola, justo donde empezaba la playa. El mar se encontraba a unos treinta pasos y apenas chapoteaba, señal de que no le apetecía demasiado moverse. Se veían las estrellas, pues no había ni una sola nube.

Había otra mesa ocupada por unos cincuentones, sobre uno de los cuales la contemplación de Rachele tuvo un efecto casi letal: el vino que estaba bebiendo se le atragantó y por poco muere asfixiado. Su amigo consiguió que recuperara el resuello en último extremo, propinándole unos vigorosos manotazos en la espalda.

—Aquí tienen un vino blanco que hasta puede servir de aperitivo... —le dijo Montalbano a Rachele.

—Si me acompañas.

—Pues claro. ¿Tienes apetito?

—Mientras bajaba de Montelusa a Marinella no tenía, pero ahora me ha entrado. Debe de ser el aire del mar.

—Me alegro. Te confieso que, a mí, las mujeres que no quieren comer por temor a engordar me...

Se interrumpió. ¿Cómo se le ocurría hablar con aquella confianza con Rachele? ¿Qué le estaba pasando?

—Yo nunca he seguido dietas —declaró ella—. Al menos hasta ahora no me han hecho falta, por suerte.

Un camarero sirvió el vino. Bebieron la primera copa.

—Es francamente bueno —aprobó Rachele.

Entró una pareja treintañera para elegir mesa. Pero en cuanto la mujer vio cómo su chico miraba a Rachele, lo tomó del brazo y se lo llevó al interior del local.

Volvió el camarero y, llenando las copas vacías, preguntó si querían comer.

—¿Te apetece un primer plato o los entremeses?

—¿Lo uno excluye lo otro? —preguntó Rachele a su vez.

—Aquí sirven quince clases distintas de entremeses. Que francamente te aconsejo.

—¿Quince?

—E incluso más.

—Venga esos entremeses.

—¿Y de segundo? —quiso saber el camarero.

—Lo pensaremos después —respondió Montalbano.

—¿Traigo otra botella junto con los entremeses?

—Más bien sí.

Poco después ya no hubo encima de la mesa ni espacio para una lubina.

Quisquillas, langostinos, calamares, atún ahumado, croquetas de chanquetes, erizos de mar, mejillones y almejas, pulpitos al por mayor, pulpo troceado, anchoas en escabeche con zumo de limón, sardinas en aceite, chipirones fritos, calamarcitos y sepias aliñados con naranja y trocitos de apio, anchoas con alcaparras, sardinas rellenas, *carpaccio* de pez espada...

El silencio en que comieron, intercambiando de vez en cuando una mirada de aprecio por los sabores y los aromas, fue interrumpido sólo una vez, precisamente al pasar de las anchoas con alcaparras a los chipirones, cuando Rachele preguntó:

—¿Qué pasa?

Y Montalbano contestó, sintiéndose enrojecer:

—Nada.

Se había perdido unos instantes contemplando la boca de Rachele al abrirse, el tenedor que entraba dejando momentáneamente al descubierto la intimidad del paladar rosado como el de una gata, el tenedor que salía vacío entre el brillo de los dientes, la boca que se cerraba, los labios que se movían ligera y rítmicamente mientras ella masticaba. Tenía una boca que hechizaba de sólo mirarla. Y, como un relámpago, Montalbano recordó la noche de Fiacca, cuando se extasió contemplando sus labios a la luz del fuego del cigarrillo.

Al terminar los entremeses, Rachele exclamó:

—¡Dios mío! —Y lanzó un profundo suspiro.

—¿Todo bien?

—Más que bien.

El camarero se acercó para retirar los platos.

—¿Qué pedimos de segundo?

—¿No podríamos esperar un poco? —propuso Rachele.

—Como quieras.

El camarero se alejó. Rachele permaneció en silencio. Después se llenó la copa de vino, cogió el paquete de cigarrillos y el encendedor, se levantó, bajó la escalerita de dos peldaños que conducía a la playa, se descalzó con un simple movimiento de las piernas y se encaminó hacia el mar. Al llegar a la orilla se detuvo mientras el agua le acariciaba los pies.

No le había dicho a Montalbano que la siguiera, justo exactamente igual que la noche de Fiacca. Y él se quedó en la mesa. Al cabo de unos diez minutos, la vio regresar. Antes de subir los escalones, Rachele volvió a ponerse los zapatos.

Cuando se sentó de nuevo delante de él, Montalbano tuvo la impresión de que el azul de sus ojos brillaba más de lo normal. Ella le sonrió.

Y entonces ocurrió que, desde su ojo izquierdo, una lágrima que había permanecido en suspenso empezó a bajarle por la mejilla.

—Me habrá entrado un granito de arena —dijo, mintiendo claramente.

El camarero se presentó como una pesadilla.

—¿Los señores han decidido?

—¿Qué tenéis? —preguntó Montalbano.

—Tenemos fritura de pescado, pescado a la parrilla, pez espada como más les guste, salmonetes a la liornesa...

—Yo querría sólo una ensaladita —dijo Rachele. Y dirigiéndose al comisario, añadió—: Perdona, pero es que ya no puedo más.

—Imagínate. Yo también tomaré una ensalada. Pero...

—¿Pero...? —inquirió el camarero.

—Que lleve también aceitunas verdes y negras, apio, zanahoria, alcaparras y todo lo que se le pase por la cabeza al cocinero.

—Yo también la quiero así —se apuntó Rachele.

—¿Desean otra botella?

Quedaba suficiente para otras dos copas, una por barba.

—Para mí hay bastante —contestó Rachele.

Montalbano hizo señas de que no y el camarero se retiró, quizá un poco decepcionado por lo poco que habían pedido.

—Perdóname por lo de antes —dijo Rachele—. Me he levantado y me he ido sin decirte nada. Pero... es que no quería echarme a llorar delante de ti.

Montalbano no abrió la boca.

—A veces, por desgracia muy pocas, me ocurre.

—¿Por qué dices por desgracia?

—Mira, Salvo, es muy difícil que yo llore por un disgusto o por un dolor. Todo se me queda dentro. Estoy hecha así.

—En la comisaría te vi llorar.

—Esa fue la segunda o tercera vez en mi vida. En cambio, fíjate qué raro, me entran unas ganas incontrolables de llorar en ciertos momentos de... felicidad... No; es una palabra demasiado fuerte: mejor decir cuando experimento una gran calma dentro de mí, con todos los nudos sueltos, todas las... Basta, no quiero aburrirte con la descripción de mis estados de ánimo.

Esa vez Montalbano tampoco dijo nada.

Pero se estaba preguntando cuántas Racheles distintas había en ella.

La que conoció en la comisaría era una mujer inteligente, racional, extremadamente controlada; aquella con la que estuvo en Fiacca era una mujer que había obtenido con gran lucidez lo que quería, pero capaz, al mismo tiempo, de desmandarse en un instante, perdiendo toda su lucidez y su control; la que ahora tenía delante era, por el contrario, una mujer vulnerable que le había confesado, sin decírselo abiertamente, lo desdichada que era y lo insólitos que eran para ella los momentos de serenidad, de paz consigo misma.

Pero, por otra parte, ¿qué sabía él de las mujeres? Pues mire, señorita, aquí tiene el catálogo, un catálogo que es más bien una birria: una relación antes de Livia, Livia, la veinteañera cuyo nombre ya no quería pronunciar y Rachele.

¿E Ingrid? Pero Ingrid era una cuestión aparte; en su relación, la frontera entre la amistad y otra cosa distinta era verdaderamente muy pero que muy delgada.

Claro que mujeres había conocido, y muchas, en el transcurso de las investigaciones que había realizado, pero siempre las conocía en condiciones

especiales en que las féminas tenían el máximo interés en mostrarse, ante él, distintas de lo que eran en realidad.

El camarero sirvió las ensaladas. A Montalbano le refrescó la lengua, el paladar y los pensamientos.

—¿Quieres un whisky?

—¿Por qué no?

Se lo sirvieron enseguida. Había llegado el momento de hablar del asunto que más interesaba a Rachele.

—Traía una revista, pero me la he dejado en el coche —empezó Montalbano.

—¿Qué revista?

—Una en que aparecen fotografiados los caballos de Lo Duca. Te lo comenté por teléfono.

—Ah, sí. Y creo haberte dicho que el mío tenía una mancha en forma de estrella en el costado. ¡Pobre *Súper*!

—¿De dónde te viene esta afición a los caballos?

—Me la transmitió mi padre. Seguramente no sabes que he sido campeona europea.

Montalbano se quedó de piedra.

—¿De veras?

—Sí. También he ganado dos veces el concurso en la Plaza de Siena, he ganado en Madrid y en Longchamps... Viejas glorias.

Hubo una pausa. Montalbano decidió jugar con las cartas sobre la mesa.

—¿Por qué te has empeñado tanto en verme?

Ella se sobresaltó, quizá porque no se esperaba un ataque directo. Después enderezó los hombros, y el comisario comprendió que ahora tenía delante a la Rachele de la primera vez.

—Por dos razones. La primera es estrictamente personal.

—Di.

—Como no creo que volvamos a vernos una vez que me haya ido, quería aclararte mi comportamiento en Fiacca. Para que no te quede un recuerdo deformado de mí.

—No es necesaria ninguna aclaración —repuso Montalbano, que de nuevo se sintió incómodo.

—Sí lo es. Ingrid, que me conoce muy bien, debería haberte advertido de alguna manera de que yo... no sé cómo decirlo...

—Si no sabes cómo decirlo, no lo digas.

—Cuando un hombre me gusta, me gusta de verdad, profundamente, cosa que no me sucede a menudo; y no puedo evitar... empezar con él con lo que para las demás es el punto de llegada. Eso es. No sé si me he...

—Te has explicado perfectamente.

—Después pueden darse dos casos. O bien ya no quiero volver a oír de él o bien intento tenerlo cerca de alguna manera, como amigo, amante... Cuando te dije que me habías gustado (por cierto, Ingrid me contó que te había sentado mal), bueno, cuando te dije que me habías gustado, no pensaba en lo que acababa de ocurrir entre nosotros sino en cómo estás hecho, en cómo actúas... en resumen, en ti como hombre en su conjunto. Comprendo que mi frase podía malinterpretarse. Pero no me equivoqué contigo, ya que ahora me estás regalando una velada como esta. Asunto cerrado.

—¿Y la segunda razón?

—Se refiere a los caballos robados. Pero he vuelto a pensarlo y no sé si vale la pena hablarte de ello.

—¿Por qué no?

—Porque me has dicho que no te encargas de la investigación. No quisiera contarte cosas que sólo pueden suponerte una molestia más de las que ya tienes.

—Si quieres, puedes hablarme de ello de todos modos.

—El otro día acompañé a Scisci a la cuadra, donde nos encontramos al veterinario, que había ido a hacer el control habitual.

—¿Cómo se llama?

—Mario Anzalone. Es muy bueno.

—No lo conozco. ¿Qué ocurrió?

—El veterinario, hablando con Lo Duca, dijo que no acertaba a comprender por qué habían robado a *Rudy* y no a *Rayo de luna*, el caballo que yo monté en Fiacca.

—¿Por qué?

—Porque si había un experto entre los ladrones, tendría que haber preferido a *Rayo de luna*, en primer lugar porque es muchísimo mejor y, en

segundo, porque era evidente que *Rudy* estaba enfermo y su dolencia era de difícil curación; tanto es así que el propio Anzalone, para ahorrarle la agonía, había propuesto abatirlo de un disparo.

—¿Y conoces la reacción de Lo Duca a esa propuesta?

—Sí. Adujo que la había declinado porque le tenía demasiado cariño a aquel caballo.

—¿De qué estaba enfermo *Rudy*?

—De arteritis viral, unas lesiones en las paredes de las arterias.

—En resumen, es como si los ladrones, tras haber entrado en un salón de automóviles de lujo, se hubieran llevado un vehículo muy caro y un seiscientos descacharrado.

—Más o menos.

—¿La enfermedad es infecciosa?

—Pues sí. Durante el regreso a Montelusa tuve una discusión con Scisci. Le pedí explicaciones. Él mismo me había dicho que con mucho gusto alojaría a mi caballo, ¿y me lo ponía al lado de uno que estaba enfermo?

—¿Dónde lo habías alojado las otras veces?

—En Fiacca, en las cuadras del barón Piscopo.

—¿Y Lo Duca cómo se defendió?

—Me dijo que la enfermedad de *Rudy* ya había superado la fase infecciosa. Y añadió que, aunque dadas las circunstancias fuera algo inútil, yo podía llamar al veterinario, quien seguramente me lo confirmaría.

—Pero se estaba muriendo, ¿no?

—Sí.

—Pues entonces, ¿para qué robarlo?

—Por eso quería verte. Yo también me lo he preguntado, y he llegado a una conclusión que contradice la que Scisci te dio en Fiacca.

—¿O sea?

—Que sólo querían robar y matar a mi caballo, pero como *Rudy* era casi idéntico a *Súper*, no sabían cuál era el mío y se llevaron los dos. Querían manchar la imagen de Scisci y así lo hicieron.

Era una hipótesis que ya se habían planteado en comisaría.

—¿Leíste el periódico de ayer? —añadió Rachele.

—No.

—En el *Corriere dell’Isola* dedicaban mucho espacio al robo de los dos caballos. Pero al parecer los periodistas ignoran que al mío lo han matado.

—¿Cómo se habrán enterado del robo?

—En Fiacca todos me vieron montar un caballo que no era mío. Y alguien habrá hecho preguntas. *Súper* era muy conocido en el mundo de la hípica porque había ganado muchas carreras importantes.

—¿Siempre montado por ti?

Rachele rio a su manera.

—¡Ojalá! —Después preguntó—: Tengo una curiosidad: ¿habías asistido alguna vez a una carrera o a un concurso hípico?

—La de Fiacca fue la primera.

—¿Te apasiona el fútbol?

—Cuando juega la selección nacional, veo algún partido. Pero prefiero ver las competiciones de Fórmula Uno, quizá porque nunca he sabido conducir bien un coche.

—Pues Ingrid me ha dicho que nadas mucho.

—Sí, pero no por deporte.

Se terminaron el whisky.

—¿Lo Duca ha preguntado en la jefatura de Montelusa en qué fase se encuentra la investigación?

—Sí. Le han contestado que no hay novedades. Y me temo que no las habrá.

—No está claro. ¿Tomarás otro whisky?

—No, gracias.

—¿Qué quieres hacer?

—Si no te molesta, me gustaría regresar a casa.

—¿Te ha entrado sueño?

—No, pero me apetece meterme en la cama a disfrutar un buen rato de los momentos de esta velada.

Al despedirse en el aparcamiento del bar de Marinella, a ambos les pareció natural abrazarse y besarse.

—¿Te quedas más tiempo por aquí?

—Por lo menos, tres días más. Mañana te llamo para saludarte. ¿Quieres?

—Sí.

Catorce

Abrió los ojos cuando ya era de día. Y aquella mañana no experimentó el deseo de volver a cerrarlos enseguida en señal de rechazo de la jornada. Tal vez porque había pasado una buena noche, durmiendo de un tirón desde que cerró los ojos, cosa de lo más insólita últimamente.

Permaneció tumbado contemplando el juego de luces y sombras constantemente distintas que los rayos del sol, al colarse por los listones de la persiana, proyectaban en el techo de la habitación. Un hombre que paseaba por la playa se convirtió en una figura a lo Giacometti; parecía hecho de hilos de lana trenzados.

Recordó que, de pequeño, era capaz de pasarse una hora entera con el ojo pegado a un caleidoscopio que le había comprado su tío, hechizado por el continuo cambio de formas y colores. Su tío también le compró un revólver de hojalata cuyos cartuchos eran arandelitas de papel rojo oscuro que se introducían por encima del tambor, y cada disparo hacía *chac-chac...*

Aquel recuerdo lo devolvió de golpe al tiroteo entre Galluzzo y los que estaban empeñados en quemarle la casa.

Y pensó también que era extraño que quienes querían de él algo que él desconocía hubieran dejado pasar casi veinticuatro horas sin hacer acto de presencia. ¡Y eso que parecían tener prisa! ¿Cómo es que ahora lo dejaban con las riendas descansando sobre el cuello?

Ante esa pregunta le entró la risa, porque jamás antes se le había ocurrido pensar utilizando términos relacionados con los caballos. ¿Era consecuencia de la investigación en curso o era porque todavía tenía presente la velada con Rachele? Claro que Rachele era una mujer que...

Sonó el teléfono.

Montalbano se levantó de la cama de un salto, más para huir a toda velocidad de la imagen de Rachele que por la prisa de contestar.

Eran las seis y media.

—¡Ah, *dottori, dottori!* ¡Soy Catarella!

Al comisario le entraron ganas de tomarle el pelo.

—¿Cómo ha dicho, perdone? —preguntó cambiando la voz.

—¡Soy Catarella, *dottori!*

—¿A qué doctor busca? Esto son las urgencias del veterinario.

—¡Oh, Virgen santa! Perdone, me he equivocado.

Volvió a llamar enseguida.

—¿Oiga? ¿Es el consultorio veterinario?

—No, Catarè. Soy Montalbano. Espera un momento, que te doy el número del consultorio.

—¡No, señor, no quiero el del consultorio!

—Pues entonces, ¿por qué los llamas?

—No lo sé. Perdone, *dottori*, confundido estoy. ¿Puede colgar, que empiezo otra vez?

—De acuerdo.

Llamó por tercera vez.

—*Dottori*, ¿es usía?

—Soy yo.

—¿Qué hacía, dormir?

—No; bailaba rock and roll.

—¿De veras? ¿Sabe bailar?

—Catarè, dime qué ha ocurrido.

—Un cadáver encontraron.

No fallaba. Si Catarella llamaba a primera hora de la mañana, significaba que había un muerto matutino.

—¿De macho o de hembra?

—Se trata de sexo masculino.

—¿Dónde lo encontraron?

—En la localidad de Spinoccia.

—¿Y eso dónde está?

—No lo sé, *dottori*. De todas maneras, ahora pasa a recogerlo Gallo.

—¿A quién? ¿Al muerto?

—No, señor *dottori*, a usía personalmente en persona. Gallo va con el coche y lo lleva él mismo al lugar que se encuentra en la localidad de Spinoccia.

—¿Y no podría ir Augello?

—No, señor, porqui en el momento de la llamada que le hice la mujer contestó que no estaba en casa.

—Pero ¿no tiene móvil?

—Sí, señor. Pero si trata de un tilifonillo apagado.

¡Y un cuerno Mimì había salido a las seis de la madrugada! Ese estaba durmiendo como un tronco. Y le había pedido a Beba que le cubriese las espaldas.

—¿Y Fazio dónde está?

—Ha salido hace un rato con Galluzzo hacia la susodicha localidad.

Gallo llamó a la puerta cuando él aún tenía la cara embadurnada de jabón.

—Entra, que estoy listo en cinco minutos. ¿Dónde demonios cae Spinoccia?

—En el quinto pino, *dottore*. En el campo, a unos diez kilómetros de Giardina.

—¿Sabes algo del muerto?

—Nada de nada, *dottore*. Me llamó Fazio para decirme que pasara a recogerlo y yo he venido a recogerlo.

—Pero ¿sabes cómo llegar?

—En teoría sí. He mirado en el mapa.

—Gallo, mira que estamos en un sendero, no en la pista de Monza.

—Lo sé, *dottore*, por eso voy despacio.

Y a los cinco minutos:

—¡Gallo, te he dicho que no corras!

—Voy muy despacito, *dottore*.

Ir muy despacito por un asqueroso sendero lleno de baches y corrimientos de tierra, agujeros que parecían hechos por bombas y con polvo por todas partes, para Gallo significaba no superar los ochenta.

Estaban atravesando una tierra desolada, abrasada, amarillenta, con algún que otro árbol. Era un paisaje que a Montalbano le gustaba mucho. Hacía un kilómetro que habían dejado atrás el último y minúsculo dado de una casa. Sólo se habían cruzado con un carro que desde Vigàta subía hacia Giardina y con un campesino en mula que iba en dirección contraria.

Tras pasar una curva, a cierta distancia vieron el coche de la comisaría y un pollino. El animal, que sabía muy bien que por los alrededores no había nada que comer y por eso permanecía con aire desanimado al lado del vehículo, los vio acercarse con escaso interés.

Gallo salió del sendero con un volantazo tan repentino que el comisario cayó de lado a pesar del cinturón de seguridad y sintió que la cabeza se le separaba del cuerpo. Se puso a soltar maldiciones.

—¿No podías detenerte un poco más adelante?

—Me detengo aquí, *dottore*, así dejo sitio para los demás coches cuando lleguen.

Bajaron. Entonces se dieron cuenta de que, más allá del automóvil de la comisaría, en el lado izquierdo del sendero, sentados en el suelo cerca de un par de matas de sorgo, estaban comiendo Fazio, Galluzzo y un aldeano. Este había sacado de su zurrón unos trozos de pan y queso y los había repartido. Puesto que el sol ya quemaba mucho, todos iban en mangas de camisa.

Un cuadrito idílico, campestre, una especie de *déjeuner sur l'herbe*.

En cuanto Fazio y Galluzzo vieron al comisario, se levantaron de golpe y hasta se pusieron la chaqueta. El aldeano se quedó sentado. Pero se llevó la mano a la boina en una especie de saludo militar. Debía de tener ochenta años como mínimo.

El muerto estaba únicamente cubierto por unos calzoncillos y se encontraba boca abajo, en paralelo a la carretera. Justo por debajo del hombro izquierdo se veía una herida con un poco de sangre alrededor, causada por un disparo. En el brazo derecho, un mordisco le había arrancado un trozo de carne. Sobre las dos heridas, un centenar de moscas.

El comisario se inclinó para examinar el brazo mordido.

—Un perro fue —explicó el aldeano, y se tragó el último pedazo de pan con queso. Después sacó del zurrón una botella de vino, la abrió, bebió un trago y volvió a guardarlo todo en su sitio.

—¿Lo ha descubierto usted?

—Sí, señor. Esta mañana cuando pasaba con el borrico —respondió levantándose.

—¿Cómo se llama?

—Giuseppi Contrera, y no tengo las cartas marcadas.

Se refería a que no tenía antecedentes. Pero ¿cómo había hecho para avisar a la comisaría desde aquel desierto? ¿Con una paloma mensajera?

—¿Ha llamado usted?

—No, señor. Mi hijo.

—¿Y dónde está su hijo?

—En su casa, en Giardina.

—Pero ¿estaba con usted cuando ha descubierto...?

—No, señor, no estaba conmigo. En su casa estaba. Él todavía dormía, el señoritu. Él trabaja como cuntable.

—Pero si no estaba con usted...

—¿Me permite, *dottore*? —terció Fazio—. En cuanto ha visto el muerto, el amigo Contrera ha llamado a su hijo y...

—Sí, pero ¿cómo lo ha llamado?

—Con istu —dijo el anciano, sacándose un móvil del bolsillo.

Montalbano se quedó de una pieza. El hombre vestía como un aldeano de antaño: calzones de fustán, zapatos con suelas claveteadas, camisa sin cuello y chaleco. Aquel artilugio desentonaba en sus manos callosas, que parecían un mapa geográfico en relieve de los Alpes.

—Entonces, ¿por qué no nos ha llamado directamente usted?

—En primer lugar, yo con istu sólo sé llamar a mi hijo y, en segundo, ¿cómo coño iba a saber vuestro número?

—Al señor Contrera —explicó Fazio—, el móvil se lo regaló su hijo, porque teme que su padre, dada la edad...

—Mi hijo Cosimo es un cabrón. Cuntable y cabrón. Piensa en su salud y no en la mía —declaró el aldeano.

—¿Has tomado nota de sus datos personales y su dirección? —le preguntó Montalbano a Fazio.

—Sí, *dottore*.

—Pues entonces ya puede irse —le dijo a Contrera.

El viejo hizo un saludo militar y se fue a montar el asno.

—¿Has avisado a todos?

—Ya está hecho, *dottore*.

—Esperemos que no tarden en llegar.

—*Dottore*, tardarán como mínimo media hora, siempre que todo vaya bien.

Montalbano tomó una rápida decisión.

—¡Gallo!

—A sus órdenes.

—¿Cuánto hay de aquí a Giardina?

—Con esta carretera, yo diría que un cuarto de hora.

—Pues entonces vamos a tomarnos un café allí. ¿Vosotros queréis? ¿Os traigo?

—No, señor, gracias —contestaron a coro Fazio y Galluzzo, que todavía debían de conservar en la boca el sabor del pan con queso.

—¡Te he dicho que no corras!

—Pero ¿quién corre?

En efecto, al cabo de unos diez minutos de circular a ochenta, el coche se encontró —sin saber cómo— con el morro metido en un bache tan ancho como el propio sendero y con las dos ruedas traseras casi girando en el aire.

La tarea de sacarlo, mueve tú que muevo yo, estando al volante ora Gallo, ora Montalbano, entre gritos, reniegos y una exhalación de sudor que les dejó las camisas chorreando, duró aproximadamente media hora. Por si fuera poco, el guardabarros izquierdo se había deformado y rozaba con la rueda. Al final, Gallo se vio obligado a circular despacio.

En resumen, entre una cosa y otra, volvieron a Spinoccia al cabo de más de una hora.

Estaban todos menos el fiscal Tommaseo. Montalbano se preocupó por su ausencia. Seguro que cuando apareciera, le haría perder toda la santa mañana. Además, conducía peor que un ciego, siempre chocaba contra cualquier árbol que encontraba.

—¿Hay noticias de Tommaseo? —le preguntó a Fazio.

—¡Pero si el *dottor* Tommaseo ya se ha ido!

¿En qué se había convertido, en Fangio cuando participaba la Carrera Mexicana?

—Por suerte, le había pedido al doctor Pasquano que lo trajera en su coche —añadió Fazio—; ha dado el visto bueno a la retirada del cadáver y ha dejado que Galluzzo volviera a acompañarlo a Montelusa.

La Científica acababa de efectuar la primera tanda de fotografías, y Pasquano ordenó que dieran la vuelta al cadáver. Aparentaba unos cincuenta años o quizá un poco menos. En el pecho no se veía la menor traza de la bala que lo había matado.

—¿Lo conoces? —preguntó el comisario a Fazio.

—No, señor.

El doctor Pasquano terminó de examinar el cadáver, soltando maldiciones contra las moscas que desde el muerto pasaban a su cara y viceversa.

—¿Qué me dice, doctor?

Pasquano fingió no haberlo oído. Montalbano repitió la pregunta, fingiendo a su vez creer que el médico no lo había oído. Entonces Pasquano lo miró torciendo el gesto mientras se quitaba los guantes. Estaba totalmente sudado y tenía la cara enrojecida.

—¿Qué le voy a decir? Pues que hace un día muy bueno.

—Estupendo, ¿verdad? ¿Qué me dice del muerto? —La víspera, Pasquano debía de haber perdido al póquer en el Círculo. Montalbano se armó de paciencia—. Vamos a hacer una cosa, doctor. Mientras usted habla, yo le seco el sudor, le aparto las moscas y, de vez en cuando, le beso la frente.

A Pasquano le entró la risa. Y después dijo todo seguido:

—Lo han matado de un disparo por la espalda. Y eso no hace falta que se lo diga yo. El proyectil no ha salido. Y eso tampoco hace falta que se lo diga yo. No le han disparado aquí, y eso también puede comprenderlo usted por su

cuenta, pues uno no se pone a caminar en calzoncillos ni siquiera en un cochino sendero de mierda como este. Debe de llevar muerto, y usted tiene también la suficiente experiencia para calcularlo, veinticuatro horas como mínimo. En cuanto a la mordedura del brazo, hasta un imbécil comprendería que ha sido un perro. En resumen, no hacía ninguna falta que usted me obligara a hablar y malgastar el aliento, tocándome solemnemente los cojones. ¿Me he explicado?

—Perfectamente.

—Pues entonces buenos días a toda esta amable compañía.

Dio media vuelta, subió al coche y se fue.

Vanni Arquà, el jefe de la Científica, seguía ordenando tomar rollos de fotografías inútiles. De las mil que tomaba, sólo dos o tres serían importantes. Harto, el comisario decidió marcharse. Total, ¿qué estaba haciendo allí?

—Yo me voy —le dijo a Fazio—. Nos vemos en la comisaría. ¿Vamos, Gallo?

No se despidió de Arquà, quien, por otra parte, tampoco lo había saludado al llegar. Desde luego, no se podía decir precisamente que se cayeran bien.

Con la paliza que se había pegado para sacar el coche del bache, el polvo no sólo le había manchado la ropa sino que, además, le había entrado en la camisa y se le había pegado a la piel con el sudor. En aquellas condiciones no se sentía con ánimos de pasarse el día en comisaría. Por otra parte, ya era casi mediodía.

—Llévame a Marinella —pidió a Gallo.

Mientras abría la puerta de su casa, advirtió que Adelina había terminado su trabajo y se había ido.

Fue directamente al cuarto de baño, se desnudó, se duchó, tiró la ropa sucia al cesto y después abrió el armario del dormitorio para elegir un traje limpio. Entre los pantalones había uno todavía dentro de la bolsa de plástico de la lavandería, señal de que Adelina había ido a recogerlo aquella misma mañana. Decidió ponérselo junto con una chaqueta que le gustaba, y estrenar una de las camisas que se había comprado.

Después subió al coche y se fue a la *trattoria* de Enzo.

Como todavía era temprano, en el comedor sólo había un cliente, aparte él. En la televisión estaban dando la noticia de que un pescador había

encontrado el cuerpo de un desconocido en un cañaveral de Spinoccia. Según la policía, se trataba de un crimen, porque en el cuello del hombre se habían observado señales evidentes de estrangulamiento. Al parecer, aunque no estaba confirmado, el asesino había atacado con furia bestial el cadáver, despedazándolo a mordiscos. De las investigaciones se encargaba el comisario Salvo Montalbano. Más detalles, en el siguiente informativo.

También esta vez la televisión había cumplido su misión, que era la de comunicar una noticia condimentándola con detalles y pormenores equivocados, totalmente falsos o de pura fantasía. Y la gente se lo tragaba. ¿Por qué lo hacían? ¿Para volver lo más horripilante posible un homicidio que ya lo era de por sí? Ya no bastaba con dar la noticia de una muerte, sino que había que provocar horror. Por otra parte, ¿acaso Estados Unidos no había desencadenado una guerra basándose en los embustes, las chorradas, las mistificaciones juradas y perjuradas por los hombres más importantes del país delante de las televisiones de todo el mundo? Televisiones que después habían añadido por su parte la carga de profundidad. Por cierto: ¿cómo había terminado la historia del ántrax? ¿Cómo era posible que de un día para otro ya no se oyera hablar más del asunto?

—Si el otro cliente no tiene nada en contra, ¿podrías apagar la tele?

Enzo se acercó al otro cliente, quien, mirando al comisario, declaró:

—Pueden apagarla. A mí me importa un carajo.

Era un corpulento cincuentón que se estaba zampando una triple ración de espaguetis con almejas.

Lo mismo que comió el comisario. Después pidió los consabidos salmonetes.

Al salir de la *trattoria*, consideró que no sería necesario el paseo por el muelle y por eso regresó al despacho, donde lo esperaba una montaña de papeles para firmar.

* * *

Cuando terminó buena parte de su trabajo burocrático, ya hacía rato que pasaban de las cinco. Decidió posponer lo que quedaba para el día siguiente. Dejó el bolígrafo y, simultáneamente, sonó el teléfono. Montalbano lo miró con recelo. Desde hacía algún tiempo, estaba cada vez más convencido de

que todos los teléfonos poseían un cerebro pensante autónomo. No se explicaba de ninguna otra manera que, cada vez más a menudo, las llamadas se dispararan en los momentos oportunos o en los inoportunos, nunca cuando él no estaba haciendo nada.

—¡Ah, *dottori, dottori!* Parece que está aquí la signora Estera Manni. ¿Se la paso?

—Sí. Hola, Rachele. ¿Cómo va?

—Muy bien. ¿Y a ti?

—También. ¿Dónde estás?

—En Montelusa. Pero estoy a punto de salir.

—¿Regresas a Roma? Me habías dicho...

—No, Salvo; me voy a Fiacca.

La repentina punzada de celos que sintió no estaba autorizada. Peor todavía: no estaba ni justificada. No había ninguna razón del mundo que pudiera provocarla.

—Voy con Ingrid para una liquidación —prosiguió ella.

—¿Zapatos? ¿Vestidos?

Rachele se echó a reír.

—No. Una liquidación sentimental.

Lo cual sólo significaba una cosa: que iba a darle el pasaporte a Guido.

—Pero regresamos esta misma noche. ¿Nos vemos mañana?

—Probemos.

Quince

El teléfono volvió a sonar menos de cinco minutos después.

—¡Ah, *dottori*! Parece que está el *dottori* Pasquano.

—¿Al teléfono?

—Sí, señor.

—Pásamelo.

—¿Cómo es que todavía no me ha tocado los cojones? —empezó Pasquano con la amabilidad que lo distinguía.

—¿Por qué tendría que haberlo hecho?

—Para conocer los resultados de la autopsia.

—¿De quién?

—Montalbano, esto es una señal evidente de vejez. La señal de que sus células cerebrales se desintegran cada vez a mayor velocidad. El primer síntoma es la pérdida de memoria, ¿lo sabe? ¿Todavía no le ha ocurrido que hace una cosa y, un instante después, olvida que la ha hecho?

—No, pero usted, doctor, ¿no tiene cinco años más que yo?

—Sí, pero la edad no tiene nada que ver. Hay personas que a los veinte años ya son viejas. En cualquier caso, creo que a todo el mundo le resulta evidente que, entre nosotros dos, el más agilipollado es usted.

—Gracias. ¿Querría decirme de qué autopsia se trata?

—Del muerto de esta mañana.

—¡Pues no, doctor! ¡Podía imaginar cualquier cosa, menos que usted hiciera esa autopsia tan rápido! ¿Le caía bien el muerto? Siempre deja pasar días y días antes de...

—En esta ocasión tenía un par de horas libres y me lo he quitado de encima antes de comer. A propósito de lo que ya le he dicho esta mañana, hay dos pequeñas novedades. La primera es que he extraído la bala y la he

enviado a la Científica, que, naturalmente, dará señales de vida después de la próxima elección del presidente de la República.

—¡Pero si al nuevo lo han elegido hace apenas tres meses!

—Precisamente.

Era cierto. Recordó que les había enviado las barras de hierro con que habían matado al caballo para la obtención de huellas digitales y que aún no le habían contestado.

—¿Y la segunda novedad?

—He encontrado trazas de algodón hidrófilo en el interior de la herida.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que el que le disparó no es el mismo que fue a tirarlo al campo.

—¿Puede explicarse mejor?

—Pues claro, y lo hago con mucho gusto, sobre todo en consideración a la edad.

—¿Qué edad?

—La suya, querido amigo. La vejez también conduce a esto, a cierta lentitud de comprensión.

—Doctor, ¿por qué no se va a que le ensanchen el...?

—¡Ojalá! ¡A lo mejor tendría más suerte en el póquer! Le estaba explicando que, a mi juicio, alguien disparó contra el futuro muerto y lo hirió gravemente. Un amigo, un cómplice o lo que fuera se lo llevó a casa, lo desnudó y trató de restañar la sangre que manaba de la herida. Pero el otro debió de morir poco después. Entonces el cómplice esperó a que se hiciera de noche y después lo metió en su coche y fue a descargarlo al campo, lo más lejos posible de su casa.

—Es una hipótesis verosímil.

—Gracias por haberlo comprendido sin ulteriores explicaciones.

—Oiga, doctor, ¿algún dato personal?

—Cicatriz de operación de apendicitis.

—Servirá para la identificación.

—¿De quién?

—Del muerto, ¿no?

—¡Al muerto no lo habían operado de apendicitis!

—¿Pero si usted acaba de decirlo!

—Ay, mi querido amigo, esa es sin duda otra señal de senilidad. Me ha planteado usted la pregunta de una manera tan confusa que he creído que le interesaba conocer mis datos personales.

Bromeaba, le tomaba el pelo. Se divertía poniéndolo nervioso.

—De acuerdo, doctor, aclarado el equívoco, vuelvo a hacerle la pregunta de una manera más lineal para que usted no tenga que hacer un excesivo esfuerzo mental que podría serle fatídico: el cuerpo del muerto cuya autopsia ha practicado hoy ¿presentaba señales particulares?

—Más bien diría que sí.

—¿Puede decírmelas?

—No. Es algo que prefiero poner por escrito.

—¿Cuándo recibiré su informe?

—Cuando tenga tiempo y ganas de escribirlo.

Y no hubo manera de hacerlo cambiar de idea.

Permaneció una hora más en el despacho y, después, como ni Fazio ni Augello habían dado señales de vida, regresó a Marinella.

Poco antes de acostarse, lo llamó Livia. Y también esta vez la conversación, si no volvió a terminar como el rosario de la aurora, a punto estuvo de hacerlo.

A aquellas alturas ya no se entendían hablando, ya no se comprendían; era como si las palabras que ambos iban a buscar en el mismo diccionario tuvieran dos definiciones distintas y contradictorias según las usara él o ella. Y aquel doble significado era un motivo constante de equívocos, malentendidos y discusiones.

Pero cuando estaban juntos y conseguían guardar silencio, el uno al lado del otro, las cosas cambiaban por completo. Era como si sus cuerpos empezaran primero a husmearse, a olfatearse a distancia, y después a hablar entre sí, comprendiéndose muy bien con un lenguaje mudo, hecho de pequeñas señales, como una pierna que se desplazaba unos centímetros para estar más cerca de la otra, una cabeza que se volvía apenas hacia la otra

cabeza. E inevitablemente los dos cuerpos, siempre mudos, acababan abrazándose con desesperación.

Durmió mal y hasta tuvo una pesadilla que lo despertó en mitad de la noche. Mientras la rememoraba, le entraron ganas de reír. Pero ¿cómo era posible que se hubiera pasado años y años sin pensar para nada en caballos, carreras y cuadras, y ahora hasta soñara con ellos?

Se encontraba en un hipódromo que tenía tres pistas paralelas. Lo acompañaba el jefe superior de policía Bonetti-Alderighi, impecablemente vestido de jinete. Él, en cambio, despeinado y sin afeitarse, llevaba un desastre de traje, con una manga de la chaqueta arrancada. Parecía un pobre desgraciado que pidiera limosna. La tribuna estaba llena a rebosar de gente que gritaba y se abrazaba.

—¡Augello, póngase las gafas antes de montar! —le ordenaba Bonetti-Alderighi.

—No soy Augello; soy Montalbano.

—Eso no importa, ¡póngaselas de todos modos! ¿No ve que está ciego como un topo?

—No puedo ponérmelas, las he perdido viniendo para acá porque tengo el bolsillo roto —contestaba él, avergonzado.

—¡Penalización! ¡Ha hablado en dialecto! —decía alguien a través de un altavoz.

—¿Ve la que ha armado? —lo regañaba el jefe superior.

—Perdóneme.

—Coja el caballo.

Al volverse para sujetarlo, se daba cuenta de que el caballo era de bronce y tenía las mandíbulas medio desencajadas, justamente igual que el de la RAI, los estudios de la Radiotelevisión Italiana.

—¿Cómo lo hago?

—¡Tírele de las crines!

En cuanto sus manos tocaban las crines, el caballo le metía la cabeza entre las piernas, lo levantaba, haciéndolo resbalar por su cuello, y se lo cargaba a la grupa, y él se encontraba montado al revés, con la cara hacia el culo del animal.

Oía risas desde las tribunas. Entonces, avergonzado, se daba la vuelta trabajosamente y aferraba las crines, porque el caballo, ahora convertido en un animal de carne y hueso, no estaba ensillado y ni siquiera tenía riendas.

Alguien disparaba una especie de cañonazo y el corcel salía al galope hacia la pista central.

—¡No! ¡No! —gritaba Bonetti-Alderighi.

—¡No! ¡No! —repetía la gente de la tribuna.

—¡Es la pista equivocada! —le decía a voz en grito Bonetti-Alderighi.

Todo el mundo le hacía gestos que él no distinguía; sólo veía unas confusas manchas de color, pues había perdido las gafas. Comprendía que el caballo estaba haciendo algo erróneo, pero ¿cómo le dices a un caballo que se está equivocando? Y además: ¿por qué aquella pista no era la correcta?

Lo comprendía un instante después, cuando el animal empezaba a moverse denodadamente. La pista estaba hecha de arena como la de una playa, pero fina y profunda, a tal extremo que el caballo, a cada paso, se hundía en ella. Era una pista de arena. ¿Precisamente a él tenía que ocurrirle eso? Entonces intentaba guiar al animal hacia la izquierda, para que se dirigiera a la otra pista. Pero en aquel momento descubría que las dos pistas paralelas ya no existían; había desaparecido el hipódromo con las vallas y la tribuna, e incluso la pista en que él se encontraba, porque todo se había convertido de golpe en un océano de arena.

Ahora, a cada agotador paso, el animal se hundía profundamente, y como consecuencia, a Montalbano la arena le cubría primero las piernas, después la barriga y luego incluso el pecho. Al final sentía que, debajo de él, el caballo ya no se movía, muerto, asfixiado por la arena.

Trataba de desmontar, pero la arena lo tenía apresado. Entonces comprendía que moriría en aquel desierto, y mientras rompía a llorar, a pocos pasos de él se materializaba un hombre cuyo rostro no conseguía ver por no llevar gafas.

—Tú sabes cómo salir de esta situación —le decía el hombre.

Él quería contestar, pero en cuanto abría la boca, le entraba arena y empezaba a ahogarse.

En su desesperado intento por recuperar el resuello, despertó.

Había hecho una especie de mermelada mezclando la fantasía con los acontecimientos que le habían ocurrido. Pero ¿qué significaba que corriera por una pista equivocada?

Llegó al despacho más tarde que de costumbre porque tuvo que ir al banco, pues había encontrado en el cajón de la mesita de noche una carta donde lo amenazaban con cortarle la luz por impago del último recibo. ¡Pero si él había encargado al banco el pago de aquellos recibos! Hizo una cola de casi una hora y entregó el requerimiento al empleado, que empezó a investigar, y al final resultó que el recibo se había pagado a su debido tiempo.

—Habría habido un error, *dottore*.

—¿Y yo qué tengo que hacer?

—No se preocupe; de eso nos ocupamos nosotros.

Montalbano meditaba desde hacía tiempo en volver a redactar la Constitución. Puesto que eso lo hacían puercos y perros, ¿por qué no podía hacerlo él también? El artículo primero estaría concebido de la siguiente manera: «Italia es una república precaria basada en los errores».

—¡Ah, *dottori, dottori!* ¡Esta carta acaba de enviarla ahora mismo la Científica!

Montalbano la abrió mientras se dirigía a su despacho.

Contenía unas cuantas fotografías del rostro del muerto de la localidad de Spinoccia, con los datos correspondientes a la edad, estatura, color de los ojos... No había ninguna referencia a las señas particulares.

De nada serviría pasarle las fotos a Catarella, diciéndole que buscara en el archivo de personas desaparecidas un rostro que se le pareciera. Las estaba guardando en el sobre cuando entró Mimì Augello. Volvió a sacarlas y se las mostró.

—¿Lo has visto alguna vez?

—¿Es el muerto encontrado en Spinoccia?

—Sí.

Mimì se puso las gafas. Montalbano se removió inquieto en la silla.

—En mi vida lo he visto —dijo Augello, dejando las fotografías y el sobre encima del escritorio; se guardó las gafas en el bolsillo.

—¿Me dejas probarlas?

—¿El qué?

—Las gafas.

Augello se las dio. Montalbano se las puso y todo se convirtió en una fotografía desenfocada. Se las quitó y devolvió.

—Veo mejor con las de mi padre.

—¡Pero tú no puedes pedirle a cualquier persona con gafas que te deje probarlas! Tienes que ir a un oculista, que te examinará y te prescribirá...

—Bueno, bueno. Cualquier día de estos voy. ¿Cómo es que ayer no te vi en todo el día?

—Porque estuve mañana y tarde con el asunto de ese chiquillo, Angelo Verruso.

Un niño que ni siquiera tenía seis años se había echado a llorar al volver de la escuela y no había querido comer. Al final, tras insistir largo rato, su madre consiguió que le contara que el maestro lo había obligado a entrar en un trastero para hacer «cosas feas». La madre le pidió detalles, y el pequeño le contó que el maestro se la había sacado para que él se la tocara. La señora Verruso, mujer sensata, no creía que el maestro, un cincuentón padre de familia, fuera capaz de algo semejante, pero, por otra parte, tampoco se sentía inclinada a no creer a su hijo.

Puesto que la madre era amiga de Beba, se lo comentó a esta. Y Beba a su vez se lo comentó a su marido Mimì. El cual se lo reveló a Montalbano.

—¿Qué tal ha ido?

—Pues mira, mejor tratar con un delincuente que con uno de esos críos. Nunca sabes cuándo dicen la verdad y cuándo mienten. Además, tengo que andarme con cuidado, pues no quiero perjudicar al maestro; basta con que empiece a correr la voz para que esté perdido...

—Pero ¿cuál es tu impresión?

—Que el maestro no ha hecho nada. No he oído ni una sola palabra en su contra. Además, en el trastero del que habla el niño apenas caben un cubo y dos escobas.

—Pues entonces, ¿por qué se habrá inventado toda esa historia?

—En mi opinión, para vengarse del maestro, que creo lo trata mal.

—¿Así, directamente?

—¿Por qué no? ¿Quieres conocer la última hazaña de Angelo? Hizo caca encima de un periódico, la envolvió como un paquete y la metió en el cajón de la mesa del maestro.

—¿Y por qué lo bautizaron Angelo?

—Cuando nació, los padres no sabían las que se inventaría el muy diablillo.

—¿Sigue yendo a clase?

—No; he aconsejado a la madre que lo convenza de que está enfermo.

—Has hecho bien.

—Buenos días, *dottori* —saludó Fazio entrando. Vio las fotografías del muerto—. ¿Puedo coger una? Quiero enseñarla un poco por ahí.

—Cógela. ¿Qué hiciste ayer por la tarde?

—Seguí recopilando información sobre Gurreri.

—¿Fuiste a hablar con su mujer?

—Todavía no. Pero iré durante el día.

—¿Qué has averiguado?

—*Dottore*, lo que le contó Lo Duca encaja en parte.

—¿O sea?

—Que Gurreri dejó la casa hace más de tres meses. Se enteraron todos los vecinos.

—¿Por qué?

—Le gritó a su mujer, llamándola guarra y puta, y aseguró que jamás regresaría a aquella casa.

—¿Dijo que quería vengarse de Lo Duca?

—No se lo oyeron decir. Pero tampoco pueden jurar que no lo dijera.

—¿La vecina te contó alguna otra cosa?

—La vecina no, pero don Minicuzzu sí.

—¿Y quién es don Minicuzzu?

—Uno que vende fruta y verdura frente a la casa de Gurreri y ve quién entra y quién sale.

—¿Qué te dijo?

—*Dottori*, según Minicuzzu, Licco jamás ha cruzado ese portal. Por consiguiente, ¿cómo podía ser el amante de la mujer de Gurreri?

—Pero ¿conoce bien a Licco?

—¿Bien? ¡Era a él a quien le pagaba el *pizzo*! Y me dijo también otra cosa importante. Una noche se le ocurrió pensar que no había cerrado bien la persiana metálica. Entonces se levantó de la cama, salió de casa y fue a echar un vistazo. Cuando llegó a la tienda, se abrió la puerta de Gurreri y salió Ciccio Bellavia, a quien él conocía muy bien.

¡Cómo no iba a sacar de la cloaca a Ciccio Bellavia!

—¿Y eso cuándo sucedió?

—Hace más de tres meses.

—Y por eso nuestra hipótesis funciona. Bellavia acude a casa de Gurreri y le propone un pacto. Si su mujer le proporciona la coartada a Licco diciendo que es su amante, Gurreri será contratado como empleado fijo por los Cuffaro. El tipo lo piensa un poco y después acepta, haciendo la comedia de abandonar para siempre la casa porque su mujer le pone los cuernos.

—Hay que reconocer que lo han organizado muy bien —comentó Mimì—. Pero ¿Minicuzzu está dispuesto a declarar?

—Eso ni pensarlo —contestó Fazio.

—Pues entonces es como si no hubiésemos llegado a ninguna conclusión.

—Pero hay una cosa en la que habría que ahondar —observó Montalbano.

—¿O sea?

—No sabemos nada de la mujer de Gurreri. ¿Comprendió enseguida por qué le ofrecían dinero? ¿La amenazaron, tal vez? ¿Cómo reaccionaría ante la posibilidad de ir a parar a la cárcel por perjurio? ¿Acaso es consciente de que corre ese riesgo?

—*Dottore* —respondió Fazio—, a mi juicio, Concetta Siragusa es una mujer honrada que ha tenido la desgracia de casarse con un delincuente. Sobre su comportamiento no he oído ningún comentario malicioso. Estoy seguro de que la han obligado. Entre los puñetazos, los puntapiés y los guantazos de su marido y lo que debió de decirle Ciccio Bellavia, la pobrecilla no tenía más remedio que acceder.

—¿Sabes qué te digo, Fazio? A lo mejor es una suerte que todavía no hayas podido hablar con ella.

—¿Por qué?

—Porque se nos tiene que ocurrir una idea para apretarle las tuercas.

—Podría ir yo —dijo Mimì.

—¿Y qué le cuentas?

—Que soy un abogado enviado por los Cuffaro para informarla bien acerca de lo que deberá decir en el juicio, y de esta manera, hablando y hablando...

—Mimì, ¿y si eso ya lo han hecho y ella empieza a sospechar?

—Ya, es verdad. ¡Pues entonces enviémosle una carta anónima!

—Estoy seguro de que no sabe leer ni escribir —dijo Fazio.

—En tal caso hagamos otra cosa —siguió proponiendo Mimì—. Me disfrazo de cura y...

—¿Quieres dejar de soltar chorradas? Por ahora, nadie va a ver a Concetta Siragusa. Lo pensamos un poco, y cuando se nos ocurra una buena idea... Tanta prisa no hay.

—Pero la idea del cura era buena.

Sonó el teléfono.

—¡Ah, *dottori, dottori!* ¡Ah, *dottori, dottori!*

¿Cuatro veces? Debía de ser el señor jefe superior.

—¿Es el jefe superior?

—Sí, señor *dottori*.

—Pásamelo —dijo, poniendo el altavoz.

—¿Montalbano?

—Buenos días, señor jefe superior, dígame.

—¿Podría venir a mi despacho enseguida? Disculpe la molestia, pero se trata de un asunto muy serio del cual no quiero hablar por teléfono.

El tono del jefe superior lo indujo a contestar inmediatamente que sí.

Colgó y todos se miraron.

—Si ha hablado de esa manera, debe de ser algo verdaderamente serio —dijo Mimì.

Dieciséis

En la antesala del jefe superior, tropezó inevitablemente con el *dottor* Lattes, el ceremonioso jefe del gabinete. Pero ¿cómo era posible que se pasara la vida paseando por la antesala? ¿Le sobraba el tiempo? ¿No tenía un despacho? ¿No podía rascarse los cuernos en sus aposentos? A Montalbano le atacaba los nervios el solo hecho de verlo. En cuanto reparó en él, Lattes puso la cara de quien acaba de enterarse de que ha ganado unos miles de millones en la lotería.

—¡Encantado de verlo! ¡Cuánto me alegro! ¿Qué tal, qué tal le va, queridísimo amigo?

—Muy bien, gracias.

—¿Y su señora?

—Va tirando.

—¿Y los niños?

—Crecen, gracias a la Virgen.

—Démosle siempre las gracias.

A Lattes se le había metido entre ceja y ceja que el comisario estaba casado y tenía por lo menos dos hijos. Tras un centenar de inútiles intentos de explicarle que era soltero, Montalbano se había rendido. E incluso la frase «gracias a la Virgen» era obligada con Lattes.

—El señor jefe superior me ha...

—Llame y entre, que lo espera.

Llamó y entró.

Pero se quedó perplejo en la puerta, porque vio a Vanni Arquà sentado delante del escritorio del jefe superior. ¿Qué estaba haciendo allí el jefe de la Científica? ¿Él también participaba en el encuentro? ¿Y por qué? El nivel de

antipatía que sentía hacia Arquà alcanzó su cota máxima en un abrir y cerrar de ojos.

—Entre, cierre y siéntese.

En otras ocasiones, Bonetti-Alderighi lo dejaba a propósito de pie, para que pudiera medir la distancia que había entre él, el jefe superior, y el comisario de una insignificante comisaría. Esta vez, en cambio, se comportó de otra manera. Un momento antes de que Montalbano se sentara, hasta se levantó y le tendió la mano. El comisario empezó a asustarse. ¿Qué podía haber ocurrido para que el jefe superior lo tratara con amabilidad, como si fuera una persona normal? ¿En cuestión de minutos le leería el acta de su condena a muerte? Saludó a Arquà con una ligera inclinación de la cabeza. Dadas las relaciones entre ambos, era más de lo normal.

—Montalbano, quería verlo porque hay una cuestión muy delicada que me preocupa mucho.

—Dígame, señor jefe superior.

—Pues veré, tal como usted quizá ya sepa, el doctor Pasquano practicó la autopsia del cadáver encontrado en la localidad de Spinoccia.

—Sí, lo sé. Pero el informe todavía no...

—Lo he pedido, en efecto. Lo tendré esta tarde. Pero no se trata de eso. El caso es que el doctor Pasquano envió a la Científica, con admirable diligencia, la bala recién extraída del cadáver.

—Eso también me lo ha dicho.

—Bien. Al examinarla, el *dottor* Arquà ha descubierto con asombro... Pero quizá sea mejor que siga él.

Vanni Arquà ni siquiera abrió la boca. Se limitó a sacar del bolsillo una bolsita de plástico sellada y se la entregó al comisario. El proyectil que había dentro estaba muy deformado, pero esencialmente entero.

Montalbano no le vio nada extraño.

—¿Y bien?

—Es un calibre nueve Parabellum.

—Vale, ya lo he visto —repuso, un tanto ofendido—. ¿Y qué?

—Es un calibre que únicamente utilizamos nosotros —contestó Arquà.

—No; permite que te corrija. No lo utiliza únicamente la policía. También lo emplean el Arma de Carabineros, la Guardia de Finanzas, las Fuerzas

Armadas...

—Bueno, bueno —lo interrumpió el jefe superior.

Pero el comisario fingió no haberlo oído.

—... y también todos aquellos delincuentes, y son muchos, la mayoría diría yo, que han conseguido, de la manera que sea, armas de guerra.

—Eso lo sé muy bien —replicó Arquà, con una sonrisita como para emprenderla inmediatamente a guantazos con él.

—Pues entonces, ¿dónde está el problema?

—Vayamos por orden, Montalbano —pidió el jefe superior—. Lo que usted dice es cierto, pero hay que despejar el territorio para eliminar cualquier posible sospecha.

—¿De qué?

—De que el asesino fuera uno de los nuestros. ¿Usted tuvo noticias de algún conflicto armado a lo largo del lunes pasado?

—No me consta ningún...

—Eso, como me temía, complica las cosas.

—¿Por qué?

—Porque si algún periodista se entera, ¿usted se imagina cuántas sospechas, cuántas insinuaciones, cuánto fango nos echarán encima?

—Basta con no difundirlo.

—No es tan fácil. Además, si ese hombre fue liquidado por uno de los nuestros por motivos, digámoslo así, personales, quiero saberlo. Me estremece, me duele y me repugna pensar que entre nosotros pueda haber un asesino.

En este punto, Montalbano se rebeló.

—Comprendo lo que siente, señor jefe superior. Pero ¿puedo saber por qué he sido convocado sólo yo? ¿Piensa tal vez que un asesino ha de encontrarse exclusivamente en mi comisaría y no en otro sitio?

—Porque el muerto se descubrió en una zona situada entre Vigàta y Giardina, y ambas pertenecen territorialmente a tu jurisdicción —contestó Arquà—. Por consiguiente, es lógico suponer que...

—¡No es lógico ni mucho menos! Al muerto pudieron trasladarlo allí desde Fiacca, desde Felá, desde Gallotta, desde Montelusa...

—No se altere, Montalbano —terció el jefe superior—. Lo que usted dice no tiene discusión, pero desde algún punto hay que empezar, ¿no?

—¿Y por qué se emperr... se obstinan en pensar que ha sido alguien de la policía?

—Yo no lo pienso en absoluto —aseguró el jefe superior—. Mi finalidad es demostrar de manera incontrovertible que el asesino no es un miembro de la policía. Y antes de que empiecen las voces malévolas.

Tenía razón, de eso no cabía ninguna duda.

—Pero la cosa será larga.

—Paciencia. Nos tomaremos todo el tiempo que haga falta; nadie nos persigue —dijo Bonetti-Alderighi.

—¿Cómo he de actuar?

—Debe comprobar, con mucha discreción, naturalmente, si en los cargadores de las pistolas que están a disposición de sus hombres falta algún cartucho.

Y en aquel preciso instante la tierra se abrió bajo Montalbano, sin hacer ningún ruido, y él se hundió con toda la silla. Había recordado una cosa. Pero consiguió no moverse, no sudar, no palidecer. Consiguió incluso, con un esfuerzo que le costó un año de vida, esbozar una sonrisita.

—¿Por qué sonrío?

—Porque el lunes por la mañana el inspector Galluzzo disparó contra un perro que me atacó. Galluzzo me había acompañado en coche a mi casa de Marinella, y en cuanto bajé, ese perro... Estaba también presente el inspector jefe Fazio.

—¿Lo mató? —preguntó Arquà.

—No entiendo la pregunta.

—Si lo mató, procuremos recuperarlo para extraer el proyectil, y nos cercioraremos...

—¿Qué significa ese «si»? ¿Que mis hombres no saben disparar?

—Contésteme a mí, Montalbano —dijo el jefe superior—. ¿Lo alcanzó o no?

—No; falló, y ya no pudo disparar más porque el arma se le encasquilló.

—¿Podría verla? —preguntó Arquà, más frío que el hielo.

—¿Qué cosa?

—El arma.

—¿Por qué?

—Quiero hacer una comparación.

Como Arquà hiciera la comparación efectuando un disparo con aquella pistola, estarían todos bien jodidos: él, Galluzzo y Fazio. Habría que impedirselo al precio que fuera.

—Pídela a la armería. Creo que estará allí todavía —replicó Montalbano. Entonces se levantó con el semblante pálido, las manos temblorosas, las ventanas de la nariz dilatadas y los ojos como de loco, y añadió con una voz que se le quebraba de rabia—: ¡Señor jefe superior, el *dottor* Arquà me ha ofendido hondamente!

—¡Vamos, Montalbano!

—¡Sí, señor, ofendido hondamente! ¡Y usted ha sido testigo, señor jefe superior! ¡Y yo pediré su testimonio! El doctor Arquà, con su petición, ha puesto en duda mis palabras. La pistola está a su disposición, pero él, a su vez, tendrá que ponerse a la mía.

Arquà temió de verdad que lo desafiara a duelo.

—Pero yo no pretendía... —empezó.

—Vamos, vamos Montalbano... —repitió Bonetti-Alderighi.

El comisario apretó los puños hasta que se le volvieron blancos.

—No, señor jefe superior; lo siento mucho. Me considero ofendido a muerte. Efectuaré todas las comprobaciones que usted me ha pedido. Pero si el *dottor* Arquà solicita el arma de mi inspector, usted recibirá consecuentemente mi dimisión. Con toda la publicidad consiguiente. Que tengan buenos días.

Y antes de que Bonetti-Alderighi tuviera tiempo de contestar, les volvió la espalda, abrió la puerta y salió, felicitándose del éxito de la escena, propia de un gran actor trágico. En Hollywood habría hecho carrera. Y hasta puede que le hubiera caído un Oscar.

Necesitaba una confirmación inmediata. Subió al coche y se dirigió al despacho de Pasquano.

—¿Está el doctor?

—Sí, pero está...

—Voy yo mismo.

La sala donde trabajaba Pasquano tenía una puerta con dos lunas de cristal.

Antes de entrar, miró. Pasquano se estaba lavando las manos, pero aún llevaba la bata manchada de sangre. La mesa sobre la cual practicaba las autopsias estaba vacía. Montalbano empujó la puerta. El médico lo vio y empezó a soltar maldiciones.

—¡Cagonlaputa! ¿Hasta aquí tengo que verlo? Siéntese en esta mesa, que lo atiendo ahora mismo.

Y agarró una especie de sierra para cortar huesos. Montalbano dio un paso atrás, pues con Pasquano siempre era mejor ser precavido.

—Doctor, un sí o un no y me voy.

—¿Lo jura?

—Lo juro. ¿Al muerto de Spinoccia le habían trepanado el cráneo o algo parecido?

—Sí.

—Gracias.

Y se largó corriendo. Había conseguido la confirmación que quería.

—¡Ah, *dottori!* Quería decirle que...

—Después. ¡Envíame inmediatamente a Fazio y no me pases llamadas!
¡No estoy para nadie!

Fazio se presentó enseguida.

—¿Qué hay, *dottore?*

—Entra, cierra la puerta y siéntate.

—Dígame.

—Sé quién es el muerto de Spinoccia.

—¿De veras?

—Gurreri. Y también sé quién lo mató.

—¿Quién?

—Galluzzo.

—¡Coño!

—Justamente.

—¿O sea, que el muerto sería Gurreri? ¿Y sería uno de los dos que el lunes quisieron prender fuego a su casa?

—Sí.

—¿Está seguro?

—Segurísimo. El doctor Pasquano ha encontrado las huellas de la intervención que sufrió en la cabeza, la de hace tres años.

—Pero ¿a usía quién le ha dicho que el muerto es Gurreri?

—No me lo ha dicho nadie. Ha sido una intuición.

Y le contó su reunión con el jefe superior y con Arquà.

—Eso significa que estamos metidos hasta el cuello en la mierda, *dottore* —fue la consideración final de Fazio.

—No; estamos muy cerca, pero todavía no hemos caído dentro.

—Pero si el *dottor* Arquà insiste en ver la pistola...

—No creo que lo haga; seguramente el jefe superior le dirá que lo deje correr. He montado un número terrible. Pero... Oye, las armas que hay que arreglar las enviamos a Montelusa, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿La de Galluzzo ya la han mandado reparar?

—No, señor. Todavía no. Me he dado cuenta esta mañana por casualidad. Quería entregar una pistola que también se ha encasquillado, la del agente Ferrara, pero como no estaban ni Turturici ni Manzella, que son los encargados...

—El muy cabrón de Arquà no tendrá necesidad de pedirme el arma. Puesto que le he dicho que se había encasquillado, comprobará todas las pistolas que se reciban de nuestra comisaría. Tenemos que joderlo absolutamente antes de que él nos joda a nosotros.

—¿Y cómo lo haremos?

—Se me ha ocurrido una idea. ¿Tienes todavía en tu poder la pistola de Ferrara?

—Sí, señor.

—Déjame hacer una llamada. —Levantó el auricular—. ¿Catarella? Llama al señor jefe superior y pásamelo.

Obtuvo inmediatamente la comunicación y pulsó el botón para poner el altavoz.

—Dígame, Montalbano.

—Señor jefe superior, quiero decirle en primer lugar que lamento profundamente haberme dejado llevar en su presencia por un incontrolado arrebato de nervios que...

—Me alegro de que...

—Quería informarle también de que estoy enviando al *dottor* Arquà el arma en cuestión... —eso del arma en cuestión no estaba mal— para todas las comprobaciones que él considere oportunas. Y le ruego una vez más, señor jefe superior, que se digne perdonar y aceptar mis más profundos...

—Los acepto, los acepto. Me alegro de que entre usted y Arquà todo se haya resuelto de la mejor manera. Hasta luego, Montalbano.

—Mis respetos, señor jefe superior.

Colgó.

—Pero ¿qué quiere hacer? —preguntó Fazio.

—Toma el arma de Ferrara, sácale un cartucho del cargador y escóndelo bien. Quizá nos sea útil más adelante. Después colocas bien el arma en una caja estilo regalo y se la llevas al *dottor* Arquà con todos mis respetos.

—¿Y a Ferrara qué le digo? Si no entrega la pistola encasquillada, no le darán otra.

—Pídeles también a los de la armería que te entreguen la pistola de Galluzzo, porque yo la necesito. Busca la manera de decirles que también me has dado el arma de Ferrara para que le entreguen otra a cambio. Si Manzella y Turturici me piden cuentas, diré que yo mismo quiero llevarlas a Montelusa y protestar. Lo importante es ganar tres o cuatro días.

—¿Y cómo actuamos con Galluzzo?

—Si está aquí, envíamelo.

A los cinco minutos apareció Galluzzo.

—¿Me necesita, *dottore*?

—Siéntate, asesino.

* * *

Cuando terminó de hablar con Galluzzo, miró el reloj y comprendió que ya era demasiado tarde; a aquella hora seguro que Enzo ya habría bajado la persiana metálica de la *trattoria*.

Entonces decidió, sin pérdida de tiempo, efectuar la jugada que le quedaba por hacer. Tomó la fotografía de Gurreri, se la guardó en el bolsillo, salió y subió al coche.

Via Nicotera no era una calle propiamente dicha, sino más bien una callejuela estrecha y larga del plano Lanterna. El número 38 era una edificación de mala muerte de dos plantas, con el portal cerrado. Enfrente había una tienda de fruta y verdura —debía de ser la de don Minicuzzu—, pero, dada la hora, ya estaba cerrada. La casa se había permitido el lujo de contar con portero automático. Montalbano pulsó el timbre que había junto a la placa que rezaba «Gurreri». Poco después, sin que nadie le preguntara quién era, oyó el resorte del portal al abrirse.

No había ascensor; por otra parte, la finca era pequeña. En cada piso había dos viviendas. Gurreri vivía en el segundo y último piso. La puerta estaba abierta.

—Permiso...

—Pase —contestó una vez femenina.

Un recibidor pequeñito con dos puertas, una que daba acceso al comedor y otra al dormitorio. Montalbano captó inmediatamente el tufo de una pobreza que encogía el corazón. Una treintañera mal vestida y despeinada lo esperaba de pie en el comedor. Debía de haberse casado con Gurreri muy jovencita y seguramente había sido una chica de gran belleza, pues, todavía y a pesar de todo, en su rostro y su cuerpo conservaba parte de la hermosura perdida.

—¿Qué quiere? —preguntó.

Montalbano leyó el miedo en sus ojos.

—Soy comisario, señora Gurreri. Me llamo Montalbano.

—Yo todo se lo dije a los carabinieri.

—Ya lo sé, señora. ¿Podemos sentarnos?

Se sentaron. Ella, en la punta de la silla, tensa, preparada para escapar.

—Sé que la han llamado a declarar en el caso Licco.

—Sí, señor.

—Pero yo no he venido a verla por eso.

De repente pareció un tanto aliviada. Pero el miedo seguía agazapado en el fondo de sus ojos.

—Pues entonces, ¿qué quiere?

Montalbano se encontró en una encrucijada. No se sentía con ánimos para tratarla con rudeza, pues le inspiraba demasiada lástima. Ahora que la tenía delante, estaba seguro de que a aquella pobre mujer no la habían convencido con dinero para que se declarara amante de Licco, sino a base de golpes, violencia y amenazas.

Por otra parte, con medidas parciales y amabilidad igual no conseguía nada. Quizá lo mejor fuera sobresaltarla.

—¿Cuánto tiempo hace que no ve a su marido?

—Tres meses, día más día menos.

—¿No ha vuelto a tener noticias suyas?

—No, señor.

—No tienen hijos, ¿verdad?

—No, señor.

—¿Conoce a un tal Ciccio Bellavia?

El miedo le volvió a los ojos, como a un animal. Montalbano advirtió que ahora le temblaba levemente la mano.

—Sí, señor.

—¿Ha venido aquí?

—Sí, señor.

—¿Cuántas veces?

—Dos veces. Siempre con mi marido.

—Tendría que acompañarme, señora.

—¿Ahora?

—Ahora.

—¿Adónde?

—Al depósito de cadáveres.

—¿Y eso qué es?

—El sitio adonde llevan los muertos.

—¿Y por qué?

—Tendrá que hacer un reconocimiento. —Sacó la fotografía del bolsillo

—. ¿Es su marido?

—Sí, señor. ¿Cuándo le hicieron esa foto? Pero ¿por qué tengo que ir...?

—Porque creemos que Ciccio Bellavia mató a su marido.

La mujer se levantó de golpe. Se tambaleó, el cuerpo se le balanceó adelante y atrás, y se apoyó contra la mesa.

—¡Maldito! ¡Maldito Bellavia! ¡Me había jurado que no le haría nada!

No pudo seguir. Las piernas se le doblaron y se desplomó, desmayada.

Diecisiete

—Le advierto que dispongo de muy poco tiempo. Y no adquiera la costumbre de venir a verme sin cita previa —dijo el fiscal Giarrizzo.

—Lo sé y le pido disculpas por mi irrupción.

—Tiene cinco minutos. Hable.

Montalbano miró el reloj.

—He venido para contarle el segundo fascículo, muy interesante, de las aventuras del comisario Martínez.

Giarrizzo lo miró sorprendido.

—¿Y quién es Martínez?

—¿Lo ha olvidado? ¿No recuerda al hipotético comisario del cual usted mismo me habló hipotéticamente la otra vez? ¿El que se encargaba del caso Salinas, el cobrador del *pizzo* que había disparado y herido a un comerciante, etcétera, etcétera?

Giarrizzo, sintiéndose pillado en falta, lo fulminó con la mirada. Respondió fríamente:

—Ahora me acuerdo. Dígame.

—Salinas afirmaba tener una coartada, pero no decía cuál. Usted descubrió que sus abogados señalarían en la sala que, a la hora en que Álvarez...

—¡Santo Dios! ¿Quién es Álvarez?

—El comerciante herido por Salinas. Los abogados defensores sostendrían que, a aquella hora, Salinas se encontraba en casa de una tal Dolores, que era su amante. Y llamarían a declarar al marido de Dolores y a la propia Dolores. Sin embargo, usted me dijo que la fiscalía creía poder desmontar la coartada, aunque no tenía la certeza. Sólo que el comisario Martínez ha de encargarse del caso de un asesinato y averigua que el muerto

es un tal Pepito, un delincuente de tres al cuarto contratado por la mafia y marido de Dolores.

—¿Y quién es el asesino?

—Martínez supone que lo ha liquidado un mafioso, un tal Bellavia, perdón, Sánchez. Desde hacía tiempo Martínez se planteaba una pregunta: ¿por qué Dolores le había facilitado la coartada a Salinas? Seguramente no era su amante. Entonces, ¿por qué? ¿Por dinero? ¿Por amenazas? A Martínez se le ocurre una idea luminosa. Va a casa de Dolores, le muestra una fotografía de su marido Pepito asesinado y le dice que ha sido Sánchez. En ese momento la mujer tiene una reacción inesperada gracias a la cual Martínez descubre una verdad increíble.

—¿Cuál?

—Que Dolores ha actuado por amor.

—¿A quién?

—A su marido. Insisto: parece increíble, pero es así. Pepito es un sinvergüenza, la maltrata, le pega a menudo, pero ella lo ama y lo aguanta todo. Reuniéndose a solas con ella, Sánchez le dice que o le facilita la coartada a Salinas o matan a Pepito, al que prácticamente tienen secuestrado. Cuando Dolores descubre a través de Martínez que, a pesar de que ella había aceptado el chantaje, han asesinado a Pepito de todos modos, decide vengarse y confiesa. Y eso es todo. —Miró el reloj—. He tardado cuatro minutos y medio.

—Sí, pero verás, Montalbano, Dolores le ha confesado a un hipotético comisario que...

—Pero está dispuesta a repetirlo todo a un concreto y nada hipotético fiscal. Y a este fiscal vamos a llamarlo por su propio nombre, es decir, Giarrizzo.

—Entonces la cosa cambia. Llamo a los carabinieri y los envío...

—... al patio.

—¿Qué patio?

—El de este Palacio de Justicia. La señora Siragusa, perdón, Dolores está en un coche de mi comisaría, escoltada por el inspector jefe Fazio. Martínez no ha querido dejarla sola ni un momento, ahora que ella ha hablado y teme por su vida. La señora lleva consigo una maletita con sus pocos efectos

personales. A usted, *dottor* Giarrizzo, le resultará fácil comprender que esta mujer ya no puede volver a su casa, pues la liquidarían enseguida. El comisario Martínez confía en que la señora Siragusa, perdón, Dolores será protegida como merece. Buenos días.

—Pero ¿adónde va?

—Al bar a comerme un bocadillo.

—Y de esta manera Licco estará definitivamente jodido —dijo Fazio cuando regresaron a la comisaría.

—Ya.

—¿No está contento?

—No.

—¿Por qué?

—Porque he llegado a la verdad después de muchos, demasiados errores.

—¿Qué errores?

—Te voy a decir sólo uno, ¿de acuerdo? La mafia no contrató realmente a Gurreri, tal como tú dijiste y yo le he dicho a Giarrizzo, aunque sabía que no era cierto, sino que siempre lo ha mantenido como rehén, haciéndole creer que lo había contratado. En cambio, Ciccio Bellavia lo tenía constantemente controlado y le decía lo que tenía que hacer. Y en caso de que su mujer no declarara tal como querían, a él iban a matarlo sin pérdida de tiempo.

—¿Y eso qué cambia?

—Todo, Fazio, todo. Por ejemplo, el robo de los caballos. No pudo ser Gurreri quien lo ideara; como máximo participaría. Por consiguiente, cae la hipótesis de Lo Duca en el sentido de que se trata de una venganza de su expleado. Y tanto menos pudo ser Gurreri quien telefoneó a la señora Esterman.

—Quizá fue Bellavia.

—Quizá, pero yo estoy convencido de que Bellavia también es un ejecutor. Y seguro que de las dos personas que pretendían quemarme la casa, el que disparó contra Galluzzo era Bellavia.

—Pues entonces, ¿detrás de todo estarían los Cuffaro?

—Ahora ya no me cabe duda. Augello acertaba al decir que Gurreri no tenía la cabeza tan en su sitio como para urdir un plan de esta clase, y tú acertabas al sostener que los Cuffaro querían que yo actuara de cierta manera en el juicio. Pero ellos también han cometido un error. Han despertado al perro que dormía. Y el perro, o sea yo, ha despertado y los ha mordido.

—Ah, *dottore*, olvidé preguntárselo: ¿cómo se lo tomó Galluzzo?

—Bien, en resumidas cuentas. Por otra parte, disparó en legítima defensa.

—Perdone, pero usía le dijo a la Siragusa que quien había matado a su marido era Bellavia.

—Ya, bueno, si es por eso, también se lo he dicho al fiscal Giarrizzo.

—Sí, pero nosotros sabemos que no fue él.

—¿Tantos miramientos tienes con un delincuente como Bellavia, del que sabemos que, como mínimo, lleva tres homicidios a sus espaldas? Tres y uno, cuatro.

—No es que tenga miramientos, *dottore*, pero Bellavia dirá que no ha sido él.

—¿Y quién lo creerá?

—¿Y si cuenta cómo fue verdaderamente la historia? ¿Que quien abrió fuego contra Gurreri fue un policía?

—Entonces tendrá que contar el cómo y el porqué. Tendrá que revelar que fueron a mi casa con la intención de incendiarla para influir en mi actitud en el caso Licco. En otras palabras, tendría que sacar a relucir a los Cuffaro. ¿Le conviene?

Mientras regresaba a Marinella, lo asaltó un hambre canina. En el frigorífico había un plato rebosante de *caponatina* que perfumaba el alma y un plato de espárragos silvestres, de esos tan amargos como un veneno, aliñados tan sólo con aceite y sal. En el horno encontró una barra de pan de harina de trigo. Puso la mesa de la galería y comió. La noche era de una espesa oscuridad. A escasa distancia de la orilla había una barca con el farol encendido. La miró con un suspiro de alivio, porque ahora estaba seguro de que en aquella barca no había nadie vigilándolo.

Se fue a la cama y empezó a leer uno de los libros suecos que se había comprado. El protagonista era un colega suyo, el comisario Martin Beck, cuya manera de llevar a cabo las investigaciones le gustaba mucho. Cuando apagó la luz, ya eran las cuatro de la madrugada.

Como consecuencia de ello, despertó a las nueve, pero sólo porque Adelina hizo ruido en la cocina.

—Adelì, ¿me traes un café?

—Listo lo tiene, *dutturi*.

Se lo bebió poco a poco, saboreándolo, y después encendió un cigarrillo. Se lo terminó y fue al cuarto de baño. Después, vestido y preparado para salir, se dirigió a la cocina para tomarse, como de costumbre, la segunda taza.

—Ah, *dutturi*, siempre me olvido de darle una cosa —dijo Adelina.

—¿Qué es?

—Me la dieron en la lavandería cuando fui a recoger sus pantalones. La encontraron en el bolsillo.

La asistenta tenía el bolso encima de una silla. Lo abrió, sacó algo y se lo tendió al comisario.

Era una herradura.

Mientras el café se le derramaba por la pechera, Montalbano sintió que la tierra se abría de nuevo bajo sus pies. ¡Dos veces en veinticuatro horas era francamente demasiado!

—¿Qué pasa, *dutturi*? Se ha manchado la camisa.

Montalbano no podía hablar; siguió contemplando la herradura con los ojos desorbitados, sorprendido, extrañado, perplejo, aturdido, boquiabierto.

—¡*Dutturi* no me asuste! ¿Qué tiene?

—Nada, nada —consiguió articular. Cogió un vaso, lo llenó de agua y se lo bebió de golpe—. Nada, nada —le repitió a Adelina, que continuaba mirándolo preocupada con la herradura en la mano—. Dámela —dijo mientras se desabrochaba la camisa—. Y prepárame otra cafetera.

—Pero ¿no le hará daño tanto café?

Montalbano no contestó. Se dirigió como un sonámbulo al comedor y, sin soltar la herradura, levantó el auricular y marcó el número de la comisaría.

—Aquí la comis...

—Catarella, soy Montalbano.

—¿Qué pasa, *dottori*? ¡Tiene una voz muy rara!

—Oye, esta mañana no voy al despacho. ¿Está Fazio?

—No, señor, no está.

—Cuando llegue, le dices que me llame.

Fue a abrir la cristalera, salió a la galería, se sentó, dejó la herradura en la mesa y se puso a mirarla como si fuera una cosa jamás vista en su vida. Poco a poco sintió que su cabeza volvía a funcionar.

Y lo primero que recordó fueron unas pocas palabras del doctor Pasquano.

«Montalbano, esto es una señal evidente de vejez. La señal de que sus células cerebrales se desintegran cada vez a mayor velocidad. El primer síntoma es la pérdida de memoria, ¿lo sabe? ¿Todavía no le ha ocurrido que hace una cosa y, un instante después, olvida que la ha hecho?».

Le había ocurrido. ¡Vaya si le había ocurrido! Había guardado la herradura en el bolsillo y se había olvidado de ella por completo. Pero ¿cuándo? Pero ¿dónde?

—Aquí tiene el café —dijo Adelina, dejando sobre la mesa una bandeja con la cafetera, la taza y el azúcar.

Montalbano se bebió una taza hirviente y amarga mientras contemplaba la playa desierta.

Y de repente apareció en la playa un caballo muerto, tumbado. Y se vio a sí mismo agachado delante del animal, alargando una mano y *tocando una herradura casi totalmente desprendida que colgaba sujeta únicamente por un clavo apenas hundido en el casco...*

Y después, ¿qué había sucedido?

Que algo... algo... ¡Ah, sí! Fazio, Gallo y Galluzzo salieron a la galería y él se levantó *guardándose la herradura en el bolsillo*.

Después fue a cambiarse los pantalones, que tiró a la cesta de la ropa sucia.

Luego se dio una ducha, habló con Fazio y, cuando llegaron los astronautas, el cadáver del animal ya no estaba allí. «No perdamos los

nervios, Montalbano. Hace falta otra taza de café. Bueno pues, empecemos por el principio».

Durante la cacería, el pobre caballo moribundo consigue huir a la desesperada por la arena...

¡Dios mío! ¿A ver si la verdadera pista de arena de la pesadilla era esa precisamente? ¿A ver si él había interpretado erróneamente el sueño?

... llega bajo su ventana y se desploma muerto. Pero sus verdugos tienen que hacerlo desaparecer. Se organizan con un carretón de mano y una camioneta, lo que sea. Cuando llegan poco después para recoger el cadáver, descubren que el comisario ha visto el caballo y ha bajado a la playa. Entonces se esconden y esperan el momento oportuno, que se produce cuando él y Fazio se dirigen a la cocina, que no tiene ventanas hacia la parte del mar. Envían a un hombre para explorar. El tipo los ve conversando tranquilamente en la cocina y hace señas de vía libre a los demás sin dejar de vigilarlos. Y en un abrir y cerrar de ojos, el cadáver del caballo desaparece. Pero entonces...

¿Había café para otra taza?

Ya no quedaba más en la cafetera y no tuvo el valor de pedirle a Adelina que le preparara otra. Se levantó, fue en busca de una botella de whisky y un vaso y se dispuso a regresar a la galería.

—¿A primera hora de la mañana, *dutturi*? —le reprochó la voz de Adelina, que lo miraba desde la puerta de la cocina.

Esa vez tampoco contestó. Se sirvió el whisky y empezó a beber.

Pero entonces, si lo estaban vigilando mientras examinaba el caballo, seguramente habrían visto cómo recogía la herradura y se la guardaba en el bolsillo. Lo cual significaba que...

«... que te has equivocado del todo, pero lo que se dice del todo, Montalbà. Su propósito no era condicionar tu comportamiento en el caso Licco, Montalbà. El caso Licco no tiene una mierda que ver».

Querían la herradura. Era eso lo que buscaban al registrar la casa. Incluso le habían devuelto el reloj para que comprendiera que no era cosa de ladrones.

Pero ¿por qué tenía tanta importancia aquella herradura?

La única respuesta lógica era esta: porque mientras él la tuviera en su poder, sería inútil el robo del cadáver.

Pero si para ellos era tan vital, ¿por qué no habían vuelto después del fallido intento de incendio?

Muy fácil, Montalbà. Porque Galluzzo disparó contra Gurreri y este acabó muerto. Un contratiempo. Pero seguramente volverían a presentarse, de una u otra manera.

Entonces decidió examinar de nuevo la herradura. Era normalísima, como las decenas que había visto. ¿Qué tenía de especial que ya había costado la vida de un hombre?

Levantó los ojos para contemplar el mar y un relámpago lo deslumbró. No, no había ninguna barca con alguien mirándolo con unos gemelos. La luz se había encendido en su cerebro.

Se levantó de golpe, fue corriendo al teléfono y marcó el número de Ingrid.

—¿Tiga? ¿Guién habla?

—¿Está la señora Rachele?

—Dú esbera.

—¿Diga? ¿Quién es?

—Soy Montalbano.

—¡Salvo! ¡Qué sorpresa tan agradable! ¿Sabes que estaba a punto de llamarte? Ingrid y yo habíamos pensado invitarte a cenar esta noche.

—Sí, de acuerdo, pero...

—¿Adónde quieres que vayamos?

—Venid a casa, os invito yo. Le diré a Adelina que... pero...

—¿Qué son todos esos peros?

—Dime una cosa, Rachele. Tu caballo...

—¿Sí? —preguntó ella con repentino interés.

—¿Las herraduras de tu caballo tenían algo especial?

—¿En qué sentido?

—No sé, yo de eso no entiendo; ya lo sabes... ¿Las herraduras tenían grabado algo especial, una señal cualquiera...?

—Sí. Pero ¿por qué lo preguntas?

—Una idea estúpida. ¿Qué señal es?

—En el centro de la curva, en la parte superior, hay una pequeña uve doble. Me las hace ex profeso un herrero de Roma que se llama...

—Para sus caballos, ¿Lo Duca se sirve del mismo...?

—¡Pero qué ocurrencia!

—¡Lástima! —dijo decepcionado.

Y colgó. No quería que Rachele empezara a hacer preguntas. La última pieza del rompecabezas que había comenzado a formarse en su cabeza a partir de la noche pasada en Fiacca había ido a parar a su lugar correspondiente, dándole sentido a todo el proyecto.

Le dio por cantar. ¿Quién se lo prohibía? Empezó a voz en grito con *Che gélida manina* de *La Bohème*.

—*Dutturi! Dutturi!* Pero ¿qué le pasa esta mañana? —preguntó la asistente, al tiempo que salía precipitadamente de la cocina.

—Nada, Adeli. Ah, oye. Prepara cosas buenas para esta noche. Vendrán dos personas a cenar.

Sonó el teléfono. Era Rachele.

—Se ha cortado la comunicación —dijo el comisario.

—Oye, ¿a qué hora quieres que vayamos?

—¿Os iría bien a las nueve?

—Muy bien. Hasta esta noche.

Colgó y volvió a sonar el teléfono.

—Soy Fazio.

—Ah, no; he cambiado de idea. Voy para allá. Espérame.

Se pasó todo el camino cantando; para entonces, aquellas notas y palabras ya no se le iban de la cabeza. Y cuando ya no las recordaba, volvía a empezar por el principio.

—*Se la lasci riscaldaare...*

Llegó, aparcó y pasó delante de Catarella, que se quedó como hechizado y boquiabierto al oírlo cantar.

—*Cercar che giova...* Catarè, dile a Fazio que vaya ahora mismo a mi despacho. *Se al buio non si troova...*

Entró en su despacho, se sentó en su sillón y se reclinó.

—*Ma per fortunaaaa...*

—¿Qué hay, *dottore*?

—Fazio, cierra la puerta y siéntate. —Sacó del bolsillo la herradura y la depositó encima del escritorio—. Mírala bien.

—¿Puedo cogerla?

—Sí.

Mientras Fazio la examinaba, él siguió canturreando en voz baja.

—*È una notte di luuuna...*

Fazio lo miró con expresión inquisitiva.

—Es una herradura normal y corriente.

—Precisamente, y por eso hicieron todo lo humano y lo divino para tenerla: allanaron mi casa, intentaron incendiarla, Gurreri nos dejó la...

Fazio puso los ojos como platos.

—¿Era por esta herradura por lo que...?

—Sí señor.

—¿La tenía usía?

—Sí señor. Y me había olvidado por completo.

—¡Pero es una herradura sin ninguna particularidad!

—Esa es precisamente su particularidad: la de no tener ninguna.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que el caballo que mataron no era el de Rachele Esterman. —
Y siguió cantando en voz baja—: *Vivo in poovertà mia lieta...*

Dieciocho

Mimì Augello llegó tarde, y el comisario tuvo que repetirle lo que ya le había contado a Fazio.

—En resumen —fue el único comentario de Augello—, la herradura te ha dado suerte. Te ha abierto los ojos.

Después Montalbano les reveló la idea que se le había ocurrido: fabricar una complicada trampa para saltar un foso que tendría que funcionar como un mecanismo de relojería. En caso de que su plan surtiera efecto, se les llenaría toda una red de peces.

—¿Estáis de acuerdo?

—Totalmente —contestó Mimì.

Pero Fazio se mostró un poco receloso.

—*Dottore*, la cosa tiene que ocurrir a la fuerza en la comisaría, a ese respecto no cabe la menor duda, pero en la comisaría también está Catarella.

—¿Y qué?

—*Dottore*, Catarella es capaz de mandarlo todo al carajo. Es capaz de acompañar a Prestia a mi despacho y a Lo Duca al de usted. Usía comprenderá que con él hay que ir con pies de plomo...

—Muy bien, dile que venga. Le encargaré una misión secreta. Tú haz las llamadas telefónicas que tengas que hacer y después vuelve. Tú también, Mimì, organízate.

Ambos se retiraron, y al cabo de una fracción de segundo Catarella se presentó corriendo.

—Entra, cierra la puerta con llave y siéntate.

Catarella obedeció.

—Préstame mucha atención porque he de encomendarte una misión muy delicada que nadie debe saber. No puedes comentarla con nadie.

Emocionado, Catarella empezó a removerse en la silla.

—Tienes que ir a Marinella y situarte en un edificio en obras que hay detrás de donde yo vivo, pero al otro lado de la carretera.

—Conozco el lugar de la localidad, *dottori*. Y cuando me haya situado, ¿qué hago?

—Lleva una hoja de papel y un bolígrafo. Toma nota de todos los que pasan por la playa por delante de mi casa y apunta si son hombres, mujeres o niños. Cuando oscurezca, vuelve a la comisaría con la lista. ¡Procura que nadie te vea! ¡Es una misión muy secreta! Ve ahora mismo.

Bajo el peso de aquella enorme responsabilidad y conmovido hasta las lágrimas por la confianza que el comisario estaba depositando en él, Catarella se levantó más colorado que un tomate, sin poder hablar, saludó militarmente con un taconazo y tuvo que hacer un tremendo esfuerzo para girar la llave en la cerradura y abrir la puerta, aunque finalmente consiguió salir.

—Todo arreglado —dijo Fazio, entrando poco después—. Michilino Prestia viene a las cuatro, y Lo Duca a las cuatro y media en punto. Y esta es la dirección de Bellavia. —Le tendió un papel a Montalbano, quien se lo guardó en el bolsillo—. Ahora voy a decirles a Gallo y Galluzzo lo que tienen que hacer —prosiguió—. El *dottor* Augello me ha pedido que le diga que todo está listo y que a las cuatro él estará preparado en el aparcamiento.

—Muy bien. Pues entonces, ¿sabes qué te digo? Que me voy a comer.

* * *

Picó un poco de entremeses, no quiso la pasta y se comió dos dentones haciendo un esfuerzo. Tenía la boca del estómago como si se la hubieran apretado con un puño. Y se le habían pasado las ganas de cantar. De pronto lo había asaltado la inquietud por el asunto de la tarde. ¿Saldría todo bien?

—*Dottore*, hoy no me ha dado ninguna satisfacción.

—Perdóname, Enzo, pero es que no está el día para eso.

Miró el reloj. Tendría el tiempo justo para dar un paseo hasta el faro, pero sin sentarse un ratito en la roca.

En el puesto de Catarella estaba el agente Lavaccara, un chico muy experto.

—¿Sabes lo que tienes que hacer?

—Sí, señor, Fazio me lo ha explicado.

Montalbano entró en su despacho, abrió la ventana, se fumó un cigarrillo, volvió a cerrar la ventana y se sentó en su sillón. Entonces llamaron a la puerta. Eran las cuatro y diez.

—¡Adelante!

Apareció Lavaccara.

—*Dottore*, está aquí el señor Prestia.

—Que pase.

—Buenos días, comisario —dijo Prestia al entrar.

Mientras Lavaccara cerraba la puerta y regresaba a su puesto, Montalbano se levantó y le tendió la mano.

—Siéntese. Lamento sinceramente haberlo molestado, pero usted ya sabe cómo van ciertas cosas...

Michele Prestia tenía más de cincuenta años, iba bien vestido, llevaba unas gafas de montura dorada y presentaba toda la pinta de un honrado contable. Parecía muy tranquilo.

Montalbano necesitaba ganar tiempo. Fingió seguir leyendo un documento, ora soltando una risita, ora arrugando las cejas. Después apartó el documento y miró un buen rato a Prestia sin decirle nada. Fazio había dicho que Prestia era un inútil, un muñeco de trapo en manos de Bellavia. Pero debía de tener unos nervios de acero. Al final, el comisario tomó una decisión.

—Hemos recibido una denuncia contra usted de parte de su esposa.

Prestia se sorprendió. Parpadeó. Quizá, como no las tenía todas consigo, esperaba alguna otra cosa. Abrió y cerró la boca antes de poder hablar.

—¿Mi mujer?! ¿Me ha denunciado?!

—Nos ha escrito una larga carta.

—¿Mi mujer?! —No conseguía recuperarse del asombro—. ¿Y de qué me acusa?

—Malos tratos continuados.

—¿Yo?! ¿Que yo la...?

—Señor Prestia, le aconsejo que no siga negándolo.

—¡Pero es cosa de locos! ¡Estoy perplejo! ¿Puedo ver la carta?

—No. La hemos enviado al fiscal.

—Mire, comisario, seguramente aquí hay un error. Yo...

—¿Usted es Michele Prestia?

—Sí.

—¿De cincuenta y cinco años?

—No, señor, de cincuenta y tres.

Montalbano, como asaltado por una duda repentina, arrugó la frente.

—¿Está seguro?

—¡Segurísimo!

—¡En fin! ¿Usted vive en via Lincoln, cuarenta y siete?

—No; yo vivo en via Abate Meli, treinta y dos.

—¡¿De veras?! ¿Puede enseñarme algún documento suyo, por favor?

Prestia sacó el billetero y le entregó el carnet de identidad, que Montalbano estudió cuidadosamente un buen rato. De vez en cuando levantaba los ojos, miraba a Prestia y después volvía a posarlos en el documento.

—Me parece claro que... —empezó Prestia.

—No hay nada claro. Perdona. Vuelvo enseguida.

El comisario se levantó, abandonó el despacho, cerró la puerta y fue donde Lavaccara. En el trastero estaba también Galluzzo, que lo esperaba.

—¿Ha llegado?

—Sí, señor. Lo he acompañado ahora mismo al despacho de Fazio —dijo Lavaccara.

—Galluzzo, ven conmigo.

Regresó a su despacho seguido por Galluzzo y puso un rostro contrariado. Dejó la puerta abierta.

—Lo lamento muchísimo, señor Prestia. Se trata de un caso de homonimia. Pido disculpas por las molestias que le he causado. Acompañe al inspector Galluzzo, que le dará a firmar la exoneración. Buenos días.

Le dio la mano. Prestia murmuró algo y se retiró, precedido por Galluzzo. Montalbano sintió que se transformaba en una estatua: aquel era el momento crítico. Prestia avanzó dos pasos por el pasillo y se encontró cara a cara con Lo Duca, que a su vez estaba saliendo del despacho de Fazio seguido por

este. Montalbano vio que los dos se detenían momentáneamente, paralizados. A Galluzzo se le ocurrió una salida ingeniosa y dijo con voz de policía:

—¡Bueno, Prestia! ¿Nos movemos o no?

Prestia reanudó su camino. Fazio empujó ligeramente a Lo Duca, que se había quedado petrificado. El plan estaba saliendo a la perfección.

—*Dottore*, está aquí el señor Lo Duca —anunció Fazio.

—Por favor, por favor. Fazio, tú quédate también. Siéntese, señor Lo Duca.

Lo Duca se sentó. Estaba pálido; aún no se había recuperado de haber visto salir a Prestia del despacho del comisario.

—No sé a qué viene tanta urgencia... —empezó.

—Se lo digo dentro de un momento. Pero primero he de preguntarle oficialmente: señor Lo Duca, ¿desea un abogado?

—¡No! ¿Qué necesidad tengo yo de abogados?

—Como quiera. Señor Lo Duca, lo he mandado llamar porque debo hacerle unas preguntas a propósito del robo de los caballos.

Lo Duca esbozó una tensa sonrisita.

—Ah, ¿es por eso? Pues adelante.

—La noche que hablamos en Fiacca, usted me dijo que el robo de los caballos y la muerte del animal que se suponía propiedad de la señora Esterman era una venganza de un tal Gerlando Gurreri, a quien años atrás usted había golpeado con una barra de hierro, dejándolo inválido. Por eso al caballo de la señora Esterman lo habían matado a golpes, también con una barra de hierro. Una especie de ley del talión, si no recuerdo mal.

—Sí, me parece que eso dije.

—Muy bien. ¿Quién le contó a usted que, para matar al caballo, habían utilizado barras de hierro?

Lo Duca pareció desorientarse.

—Pero... la señora Esterman, creo... o quizá otra persona. En cualquier caso, ¿qué importancia tiene eso?

—Es importante, señor Lo Duca. Porque yo a la señora Esterman no le revelé cómo habían matado a su caballo. Y no podía saberlo nadie más; yo se lo había contado a una sola persona que, sin embargo, no mantiene ningún tipo de relación con ella.

—Pero es una cuestión tan secundaria que...

—... que suscitó en mí la primera sospecha. Reconozco, que fue usted muy hábil aquella noche. Fue un juego muy sutil. No sólo mencionó el nombre de Gurreri sino que incluso expresó la duda de que el caballo muerto fuera el de la señora Esterman.

—Oiga, comisario...

—Óigame usted a mí. Tuve una segunda sospecha cuando supe por la señora Esterman que fue usted quien había insistido en acoger al caballo en su cuadra.

—¡Fue un acto de elemental educación!

—Señor Lo Duca, antes de que prosiga, debo advertirle que acabo de mantener una larga y fructífera conversación con Michele Prestia. El cual, a cambio de cierta, digamos, benevolencia para con él, me ha facilitado valiosas informaciones acerca del robo de los caballos.

¡Tocado! ¡Diana! Lo Duca palideció más, empezó a dudar, se removió en la silla. Había visto con sus propios ojos a Prestia después de que hablara con el comisario y había oído cómo un agente lo trataba con desconsideración. Por consiguiente, se tragó la mentira. Aun así intentó defenderse.

—Yo no sé lo que ese individuo pued...

—Déjeme seguir. ¿Sabe? Finalmente he encontrado lo que usted buscaba.

—¿Yo? ¿Y qué es lo que buscaba?

—Esto.

Se metió una mano en el bolsillo, sacó la herradura y la dejó encima del escritorio. Fue el golpe de gracia. Lo Duca se tambaleó de tal manera que a punto estuvo de caerse de la silla. De la boca abierta le brotó un hilo de saliva. Había comprendido que estaba acabado.

—Esta es una vulgarísima herradura sin ninguna señal particular. Se la quité yo al caballo muerto. Las herraduras del caballo de la señora Esterman tenían, en cambio, una uve doble. ¿Quién podía conocer este detalle? Por supuesto, ni Prestia ni Bellavia ni el pobre Gurreri, pero usted sí, usted lo conocía. Y avisó a sus cómplices. Entonces, aparte del cadáver, era absolutamente necesario recuperar también la herradura que yo había cogido, porque a través de ella se podía demostrar que el animal muerto no era el de la señora, tal como ustedes querían hacer creer a todo el mundo, sino el suyo,

que entre otras cosas estaba muy enfermo y destinado a ser sacrificado de un disparo. Prestia me ha contado que un caballo como el de la señora Esterman haría ganar miles de millones a los organizadores de las carreras clandestinas. No creo que lo haya hecho usted por dinero. Entonces, ¿por qué? ¿Lo estaban sometiendo a chantaje?

Lo Duca, que ya no podía hablar y estaba perlado de sudor, inclinó la cabeza para decir que sí. Después hizo acopio de todo el aliento que le quedaba y dijo:

—Querían un caballo mío para las carreras clandestinas, y puesto que yo me negaba... me mostraron una fotografía... donde estoy con un chico.

—Ya basta, señor Lo Duca. Sigo yo. Entonces, al ver que el caballo de la señora Esterman se parecía mucho a uno de los suyos condenado a morir, a usted se le ocurrió el falso robo y la cruel matanza del animal para que pareciera una venganza. Pero ¿cómo tuvo el valor de hacerlo?

Lo Duca se cubrió el rostro con las manos. Unas gruesas lágrimas le resbalaron entre los dedos.

—Estaba desesperado... Huí a Roma para no...

—Bien. Preste atención. Esto se ha acabado. Le hago una sola pregunta y quedará libre.

—¿Libre?!

—Yo no soy el encargado de las investigaciones. Usted presentó la denuncia en la jefatura superior de Montelusa, ¿no? Por consiguiente, confío en su conciencia. Actúe como considere oportuno. Pero escuche mi consejo: vaya a contárselo todo a mis compañeros de Montelusa. Ellos intentarán ocultar la historia de la fotografía; estoy seguro. Si no lo hace, se entregará atado de pies y manos a los Cuffaro, quienes lo exprimirán como un limón y después lo tirarán a la basura. La pregunta es la siguiente: ¿usted sabe dónde tiene Prestia escondido el caballo de la señora Esterman?

Aquella pregunta —Montalbano lo sabía muy bien— era el punto débil del plan. Si Prestia había hablado, tendría que haber dicho también dónde tenía escondido el caballo. Pero Lo Duca se encontraba demasiado trastornado, demasiado hundido para advertir lo extraña que era la pregunta.

—Sí —respondió.

Fazio tuvo que ayudar a Lo Duca a levantarse de la silla y lo sujetó para que llegara hasta el aparcamiento.

—¿Se siente con ánimos para conducir?

—Ss... í.

Fazio lo vio alejarse tan turbado que poco faltó para que chocara contra otro coche, y regresó al despacho del comisario.

—¿Qué dice? ¿Irá a jefatura?

—Creo que sí. Llama a Augello y pásamelo.

Mimì contestó enseguida.

—¿Estás siguiendo a Prestia?

—Sí. Se dirige hacia Siliana.

—Mimì, acabamos de enterarnos de que tiene el caballo escondido a cuatro kilómetros de Siliana, en unos establos en el campo. Seguramente habrá dejado a alguien de guardia. ¿Cuántos hombres te siguen?

—Cuatro con un todoterreno y dos con una camioneta.

—No lo pierdas, Mimì. Y cualquier cosa que ocurra, llama a Fazio. — Colgó—. ¿El coche con Gallo y Galluzzo está listo?

—Sí, señor.

—Entonces, quédate aquí en mi despacho. Avisa a Lavaccara para que te pase todas las llamadas. Vamos a converger en ti. Repíteme la dirección, que no la encuentro.

—Vía Crispi, diez. Es un despacho de la planta baja, con dos habitaciones. En la primera está el guardaespaldas. Y Bellavia, cuando no anda por ahí matando a gente, siempre está en la segunda habitación.

* * *

—Gallo, pongámonos bien de acuerdo. Mira que esta vez te lo digo en serio. No quiero sirenas ni chirrido de neumáticos. Tenemos que pillarlo por sorpresa. Y no pares delante del número diez, sino un poco antes.

—Pero ¿usía no viene con nosotros?

—No; os sigo con mi coche.

Tardaron unos diez minutos en llegar. Montalbano aparcó detrás del vehículo de servicio y bajó. Galluzzo le salió al encuentro.

—*Dottore*, Fazio me ha ordenado que le diga que coja su pistola.

—La cojo.

Abrió la guantera, sacó el arma y se la metió en el bolsillo.

—Gallo, tú quédate en la primera habitación y vigila al guardaespaldas. Tú, Galluzzo, entra conmigo en la segunda habitación. No hay salidas en la parte de atrás, así que no puede escapar. Yo entro primero. Y os lo ruego, el menor jaleo posible.

En la calle, que era corta, había unos diez automóviles aparcados. No había tiendas. Un hombre y un perro eran los únicos seres vivos a la vista.

Montalbano entró. Había un treintañero sentado detrás de un escritorio, leyendo un periódico deportivo. Alzó los ojos, vio a Montalbano y lo reconoció. Se levantó de un brinco y se abrió la chaqueta con la mano derecha para coger el revólver que llevaba remetido en el cinturón.

—No hagas tonterías —le dijo Gallo en voz baja, apuntándolo.

El hombre apoyó las manos en el escritorio. Montalbano y Galluzzo se miraron, después el comisario giró el pomo de la puerta de la segunda habitación, la abrió y entró en primer lugar, seguido de Galluzzo.

—¡Ah! —exclamó un cincuentón calvo en mangas de camisa, con rostro tenso y ojos cortantes como el filo de una navaja, posando el auricular del teléfono que sujetaba. No parecía sorprendido en absoluto.

—Soy el comisario Montalbano.

—Sí, lo conozco muy bien, comisario. ¿Y a él no me lo presenta? —preguntó con ironía, clavando los ojos en Galluzzo—. Tengo la impresión de que este señor y yo ya nos hemos visto.

—¿Usted es Francesco Bellavia?

—Sí.

—Está usted detenido. Y le advierto que cualquier cosa que diga en su defensa no será objeto de crédito.

—Esa no es la fórmula apropiada —replicó Bellavia, echándose a reír. Y añadió—: Tranquilo, Galluzzo, no diré que fui yo quien mató a Gurreri, pero tampoco diré que fuiste tú. Entonces, ¿por qué queréis detenerme?

—Por el robo de los dos caballos.

Bellavia renovó sus sonoras carcajadas.

—¡Pues ya veis el miedo que me dais! ¿Y qué pruebas tenéis?

—Lo Duca y Prestia han confesado.

—¡Menuda pareja! Uno que va con jovencitos y otro que es una media mierda. —Se levantó y le ofreció las muñecas a Galluzzo—: ¡Espósame tú, y así la farsa será completa!

Este último, sin mirar los ojos que Bellavia tenía clavados en él, lo hizo.

—¿Adónde lo llevamos?

—Al fiscal Tommaseo. Mientras vosotros vais a Montelusa, yo le anuncio vuestra llegada.

Montalbano regresó a la comisaría. Entró en su despacho.

—¿Alguna novedad, Fazio?

—Todavía nada. ¿Y usted?

—Hemos detenido a Bellavia. No ha opuesto resistencia. Voy a llamar a Tommaseo desde el despacho de Mimì.

El fiscal estaba todavía en su despacho. Protestó porque el comisario no lo había informado de nada.

—*Dottor* Tommaseo, todo ha ocurrido en pocas horas, no ha habido tiempo de...

—¿Y bajo qué acusación lo ha detenido?

—El robo de dos caballos.

—Bueno, para un personaje como Bellavia es una miserable acusación.

—*Dottor* Tommaseo, ¿sabe lo que se dice en mi pueblo? Que toda cagadita de mosca tiene importancia. Además, estoy seguro de que fue él quien mató a Gurreri. Si se le trabaja bien (pero tenga en cuenta que es muy duro) algo acabará por confesar.

Regresó a su despacho y encontró a Fazio hablando por teléfono.

—Sí... sí... Muy bien. Se lo digo ahora mismo al *dottore*. —Colgó y le dijo al comisario—: El *dottor* Augello me ha dicho que han visto a Prestia entrando en una casa con un establo anexo. Pero delante de la casa hay cuatro coches aparte del de Prestia, así que el *dottor* Augello cree que están celebrando una reunión. Como quiere evitar tiroteos, dice que es mejor esperar a que los otros se vayan.

—Hace bien.

Transcurrió más de una hora sin que hubiera ninguna llamada. Por lo visto, la reunión era larga. Montalbano no resistió.

—Llama a Mimì y pregúntale qué pasa.

Fazio habló con Augello.

—Dice que aún están reunidos y que en el interior de la casa hay por lo menos ocho personas. Conviene seguir esperando.

Montalbano consultó el reloj y se levantó de un salto. Ya eran las ocho y media.

—Oye, Fazio, yo tengo que ir sin falta a Marinella. En cuanto tengas noticias, me llamas.

* * *

Llegó corriendo, abrió la puerta cristalera y puso la mesa en la galería.

Acababa de terminar cuando llamaron a la puerta. Fue a abrir. Eran Ingrid y Rachele, cargadas con tres botellas de vino, dos de whisky y un paquete.

—Es una *cassata* —explicó Ingrid.

O sea, que la cosa iba en serio. Montalbano fue a la cocina para abrir las botellas y en esas oyó el teléfono. Seguro que era Fazio.

—¡Contestad vosotras! —pidió.

Oyó la voz de Rachele preguntando:

—¿Diga? —Y después—: Sí, es la casa del comisario Montalbano. ¿De parte de quién?

De repente, al comisario le entró una duda que lo dejó helado. Corrió al comedor. Rachele acababa de colgar.

—¿Quién era?

—No me lo ha dicho. Ha colgado. Una mujer.

No se lo tragó la tierra como las otras veces, pero sintió que el techo de la estancia se le caía encima. ¡Seguramente era Livia quien llamaba! ¿Y ahora cómo le explicaba que era una cita inocente? ¡Maldito el momento en que se le había ocurrido invitar a Ingrid y Rachele! Previó una noche amarga, hablando por teléfono. Regresó desolado a la cocina y el teléfono volvió a sonar.

—¡Voy yo! ¡Voy yo! —gritó.

Esa vez era Fazio.

—*Dottore?* Todo hecho. El *dottor* Augello ha detenido a Prestia y lo está llevando a la fiscalía. Han recuperado el caballo de la señora Esterman. Parece en excelentes condiciones. Lo han cargado en la camioneta.

—¿Adónde lo llevan?

—Al establo de un amigo del *dottor* Augello. El *dottor* Augello ha avisado también a los compañeros de Montelusa.

—Gracias, Fazio. Hemos hecho un buen trabajo.

—Es usted el que lo ha hecho bien.

Montalbano se dirigió a la galería. Se apoyó en la cristalera y les dijo a las dos mujeres:

—Cuando hayamos cenado, os contaré una cosa.

No quería estropear la comida que lo esperaba con el rollo de los abrazos, las lágrimas, las emociones y los agradecimientos.

—Vamos a ver qué nos ha preparado Adelina.

Nota

Como todas las novelas protagonizadas por el comisario Montalbano, esta también me la han inspirado dos hechos de la crónica de sucesos: el hallazgo de un caballo muerto en una playa de Catania y el robo de unos caballos de carreras de una cuadra de la provincia toscana de Grosseto.

Creo que ya es inútil repetir, pero lo hago de todos modos, que los nombres de los personajes y las situaciones en que estos se encuentran son totalmente inventados por mí y por tanto no guardan relación alguna con personas reales.

Si alguien se reconociera en ellos, significa que tiene una imaginación superior a la mía.

A. C.



ANDREA CAMILLERI nace en Porto Empedocle (Agrigento) el 6 de setiembre de 1925. Entre 1939 y 1943 Camilleri estudia en el Liceo clásico Empedocle di Agrigento donde obtiene, en la segunda mitad de 1943, el título. En 1944 se inscribe en la facultad de Letras, no continúa los estudios, sino que comienza a publicar cuentos y poesías. Se inscribe también en el Partido Comunista Italiano. Entre 1948 y 1950 estudia Dirección en la Academia de Arte Dramático Silvio d'Amico y comienza a trabajar como director y libretista. En estos años publica cuentos y poesías, ganando el «Premio St. Vincent».

En 1954 Camilleri participa con éxito a un concurso para ser funcionario en la RAI, pero no fue empleado por su condición de comunista. Sin embargo, entrará a la RAI algunos años más tarde.

Camilleri se casa en 1957 con Rosetta Dello Siesto, con quien tendrá 3 hijas y 4 nietos.

Desde muy joven el teatro se convierte en su pasión y, con tan solo diecisiete años, dirige su primera obra de teatro. Desde entonces, ha puesto en escena más de cien títulos, muchos de los cuales de Pirandello, como *Así es (si así os*

parece) [*Così è (se vi pare)*] en 1958, *Pero no es una cosa seria (Ma non è una cosa seria)* en 1964 y *El juego de las partes (Il gioco delle parti)* en 1980, por citar solo algunos.

Ha sido el primero en representar en Italia el teatro del absurdo de Beckett *Fin de partida (Finale di partita)*, en 1958, en el Teatro dei Satiri de Roma, y, luego, en la versión televisiva interpretada por Adolfo Celi y Renato Rascel; y de Adamov *Cómo hemos sido (Come siamo stati)*, en 1957; también ha dirigido obras de Ionesco, como *El nuevo inquilino (Il nuovo inquilino)* en 1959 y *Las sillas (Le sedie)* en 1976, y poesías de Maiakovski en el espectáculo «*Il trucco e l'anima*» en 1986.

Ha trabajado como autor, guionista y director de programas culturales para la radio y la televisión; también ha sido productor de algunos programas televisivos, entre los cuales, destacan un ciclo dedicado por la Rai al teatro de Eduardo y las famosas series policíacas del comisario Maigret y del teniente Sheridan. En varios momentos de su vida, ha impartido clases en el Centro Sperimentale di Cinematografia de Roma y en la Accademia Nazionale d'Arte Drammatica «Silvio D'Amico».

Sus primeras narraciones se han publicado en revistas y periódicos, como *L'Italia Socialista* y *L'Ora de Palermo*. Su primera novela, *Il corso delle cose*, es de 1967-68, pero solo se publicará diez años más tarde en la editorial Lalli. En 1980, la editorial Garzanti publica *Un filo di fumo*. Más tarde, Sellerio publica muchas de sus obras: *La strage dimenticata* (1984); *La temporada de caza (La stagione della caccia)* (1992), *La bolla di componenda* (1993); *La forma dell'acqua* (1994), que marca el debut del comisario Montalbano; *Il birraio di Preston* (1995), considerada su obra maestra; *La concesión del teléfono (La concessione del telefono)* (1999). En la editorial Sellerio también ha publicado otras novelas del ciclo de Montalbano y en la editorial Mondadori ha publicado las narraciones *Un anno con Montalbano* (1998), *Gli arancini di Montalbano* (1999) y *La paura di Montalbano* (2002), además de *La desaparición de Pató (La scomparsa di Patò)* (2000), su primera novela histórica.

Todos sus libros ocupan habitualmente el primer puesto en las principales listas de éxitos italianas. Andrea Camilleri es hoy el escritor más popular de Italia y uno de los autores más leídos de Europa.

Última revisión por UMDN: 20 de mayo de 2022

